

María Petković

POR AMOR DEL SEÑOR

**Notas para una autobiografía
1892 – 1966)**

Gaetano Passarelli

María de Jesús Crucificado Petković

POR AMOR DEL SEÑOR

*Notas para una autobiografía
(1892 – 1966)*

Gaetano Passarelli

Título original: *María Petković. Per amore del Signore.*
Note per un'autobiografia (1892-1966)
© 2003 Città Nuova Editrice
Roma, Italia

Traductor: *Fr. Saúl Zamorano, ofm*

PREMISA

Hay muchas maneras de conocer a una persona; pero la mejor, indudablemente, es la directa, cuando hay disponibilidad para “darse a conocer”.

En el caso de una persona que vivió en una época diferente de la nuestra, la manera más directa y, en ciertos casos, más completa, es la documentación autógrafa. Las memorias constituyen, sin duda, la mejor ocasión para sondear el espíritu, buscar la raíz de las emociones, entender el motivo de algunas reacciones.

En este caso, la autobiografía se puede parangonar a una ventana que deliberadamente se deja abierta para consentir escudriñar el alma.

Ya desde su juventud, María Petković fue invitada por el obispo de Dubrovnik Mons. José Marčelić, a tener un diario donde expresar los impulsos de su alma hacia el Señor. Esto porque el prelado, como hombre previsor, había comprendido que la joven no era una persona común. Y quería cerciorarse.

María había obedecido. Había escrito, pero luego quemó todo, considerando haber cumplido la obligación que se le había prescrito.

Un expediente un poco artificial para justificar su conciencia. En el fondo, su pudor había sido tan fuerte que no quería dejar huella de sí al decidirse a ingresar en un convento de clausura. Y el gesto se repitió también con las cartas que recibiera de su director espiritual y con cuanto hubiera podido ser encontrado por sus parientes.

De esta manera, no solamente se había cerrado una ventana, sino que incluso se había tratado de erigir un muro.

Pero en los primeros meses de 1940, María comenzó a escribir apuntes que llamó Notas para una autobiografía. También esta vez lo hizo para obedecer al nuevo obispo, Mons. José María Carević, y a su confesor.

Así comenzó “a describir los inmensos beneficios concedidos a un alma miserable” por el Señor.

Lo había hecho también por otra razón: había tenido que redactar una breve autobiografía para enviarla a la entonces Sagrada Congregación para los Religiosos en vistas de la aprobación de la Congregación de las Hijas de la Misericordia, que ella había fundado, y de las correspondientes Constituciones.

En febrero de 1940, sin embargo, interrumpió la redacción de estas Notas. Los empeños, en su doble calidad de fundadora y de superiora general, la habían llevado a América Latina y, ciertamente, allá no tuvo tiempo para pensar en esas Notas que, en suma, la metían en apuros.

La narración se había, pues, detenido en su primera juventud.

Pese a ello, el Señor quiso que el escrito no permaneciera incompleto y, ya de regreso definitivamente desde América Latina –veinte años después! –, el 6 de agosto de 1959, fiesta de la Transfiguración de nuestro Señor Jesucristo, María comenzó nuevamente a escribir, terminando, luego de diversas interrupciones, probablemente en diciembre de 1960.

Nació así una autobiografía que constituye una fuente importantísima para el conocimiento de su infancia, juventud y vocación, así como también de los orígenes y desarrollo de la Congregación.

La preocupación de la que escribía no fue tanto la de esbozar una historia de la Congregación –eso es materia de un escrito aparte–, sino la de explicar cómo el Señor había guiado su existencia y los acontecimientos para dar vida a una Obra de beneficencia que respondiera, ante todo, a las necesidades de su pueblo y luego a las de los pobres de cualquier lugar de la tierra.

Por eso se encuentran en esta obra los recuerdos de su juventud, sus aflicciones interiores, las dudas sobre su opción, la búsqueda del conocimiento de la voluntad del Señor –identificada después, en la obediencia al propio obispo– y las dificultades interpuestas por los familiares.

En síntesis, allí se encuentra cuanto había sido quemado en su juventud.

Esa ventana abruptamente cerrada se volvió a abrir de tal manera que es posible leer cómo la mano del Señor trazó surcos profundos en el alma de María. Y ella, como una tierra lista para la siembra, supo fecundar la semilla de su Palabra.

Asistimos, de esta manera, al itinerario de una joven que oye una invitación, se enamora, y nada ni nadie puede ya desviar su alma. Por esta obstinación es llamada a sufrir tanto física como moralmente.

No es una santa nacida tal: día tras día trata de conquistar su vida para las virtudes y, a medida que sube aquella alta montaña, el panorama se amplía y crece en ella el sentimiento de indignidad, y de incapacidad, que la hace dudar de sí, del camino emprendido, de las palabras mismas del Señor. Busca luz en su director espiritual, Mons. José Marčelić, en el santo obispo Lang y en aquellos que considera ya encaminados en las vías del Señor.

En todo el escrito no se puede prescindir de un motivo de fondo: el amor por el Señor. Este es el medio que le permite vencer todas las tentaciones, todas las dudas, todas las dificultades y las maldades que el Maligno suscita sirviéndose de las personas más impensables.

El amor por el Señor es el instrumento con el que conquista las almas, las atrae y las inflama.

Estas Notas para una autobiografía permiten, así, ver cómo la vida de María Petković haya sido un camino lleno de espinas, pero marcado siempre por las rosas rojas del Esposo celestial.

En el Archivo de la Congregación de las Hijas de la Misericordia se conserva la copia autógrafa de las Notas, que constituye un volumen en octava de 335 páginas escritas. La lengua usada es la croata. La escritura es bastante legible, mientras que a menudo la lengua y la ortografía presentan algunas dificultades, aunque es común en todos los escritos de María. La redacción de las frases es producto de un lenguaje propio, expresión, sin duda, de su personalidad y de su cultura.

No obstante, parece que María tuviese el temor constante de no ser clara, poco comprensible o, al menos de no serlo suficientemente, por lo que resulta un tanto confusa y repetitiva. Repeticiones que llegan a ser bastante pesadas en algunos episodios que se han tomado integralmente en vez de limitarse a señalarlos. Y esto no solamente en la continuación de la narración veinte años después, sino también en la exposición hecha enseguida.

Si bien María se proponga escribir con un espíritu de gran modestia y de sinceridad y, para sentirse más desapegada escoja la tercera persona, en realidad, a menudo cae en la ambigüedad del uso de la tercera y de la primera persona. Desde el punto de vista redaccional, la narración ha sido uniformada en tercera persona, aunque se han dejado en primera persona algunas expresiones –que figuran entre comillas– para no quitarle la fuerza que la autora había querido darles.

Todo el escrito, pues, no está exento de dificultades y problemas de diversa naturaleza, lo que ha desaconsejado una edición integral de las Notas.

Esta problemática ha llevado a tomar una opción editorial que permitiera aprovechar mejor una fuente tan preciosa sin cansar al lector. Por tanto, se ha respetado tanto el lenguaje como los contenidos, pero se han hecho necesarias algunas intervenciones de corrección o de simples cortes de las repeticiones tanto en las frases como en el recuerdo.

La subdivisión del trabajo en partes es redaccional, mientras que los subtítulos de los párrafos siguen los acontecimientos vividos por María Petković. Al final de cada párrafo se señalan las páginas del manuscrito original.

Puesto que la finalidad de este escrito es la de conocer al personaje tal como quiso presentarse, no se ha querido agregar algún apéndice para continuar su narración, concluida apenas seis años antes de su muerte. En cambio, se ha preferido agregar en apéndice el Testamento espiritual, vuelto a confirmar en 1960, probablemente en concomitancia con la terminación del texto de las Notas para una autobiografía.

En este escrito, el lector podrá apreciar plenamente la figura de María Petković en su dimensión humana y espiritual, de mujer y de madre espiritual, de fundadora y de superiora. No obstante, para enmarcar mejor los acontecimientos de su itinerario terrenal, se ha agregado una cronología esencial.

Que fuese casi predestinada a tener que conformarse a la vida de la Bienaventurada Virgen María, cuyo nombre llevaba, se deduce de la feliz concurrencia de muchas fechas de su existencia con festividades marianas. He aquí, en síntesis, un cuadro que ella misma hizo al comienzo de sus Notas:

Nacimiento	10 de diciembre de 1892	Ntra. Sra. de Loreto
Bautismo	22 de diciembre de 1892	
Confirmación	8 de septiembre de 1898	Natividad de María Virgen
Primera Comunión	8 de septiembre de 1903	Natividad de María Virgen
Inscripción en la Asociación		
Ntra. Sra. del Rosario	8 de septiembre de 1903	Natividad de María Virgen
Ingreso a la Asociación		
Hijas de María	8 de septiembre de 1905	Natividad de María Virgen
Consagración al Señor con el voto perpetuo de virginidad	21 de noviembre de 1906	Presentación de María en el Templo
Fundación de la Congregación	25 de marzo de 1919	Anunciación
Votos perpetuos religiosos	21 de noviembre de 1928	Presentación de María en el Templo

Y concluyó este cuadro escribiendo: “Nutría una particular devoción al Inmaculado Corazón de María. Su coloquio preferido –después del que sostenía con Nuestro Señor– era el que tenía ante la imagen del dulcísimo Corazón de María. ¡La pureza que procedía de la castidad, de la humildad y de la santidad del Corazón de María la entusiasmaba! ¡Todo por Jesús y para mayor gloria de Dios!”.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

PRÓLOGO

† En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

“En tu santísimo Nombre, Dios y Señor mío, por una orden recibida ya entonces por el difunto obispo Mons. José Marčelić y ahora, por mi actual obispo Mons. José María Carević y por mi confesor, comienzo a describir los inmensos beneficios concedidos a un alma miserable.

¡Todo sea para tu mayor gloria!

A Ti, Dios y Señor mío, consagro esta humilde obra. Cada letra contenida en ella, cada pensamiento, cada trazo de pluma, todo sea un acto de amor hacia Ti; expresión de profunda gratitud a tu Divina Majestad, acto de reconocimiento a tu Paterna misericordia y caridad. ¡Cante mi alma por siempre tu alabanza y gloria! ¡Alabado y glorificado seas por los siglos!

Te suplico: Tú mismo con tu Santo Espíritu, díctame, inspírame y dirige mi mano y mi inteligencia con todas las facultades de mi espíritu, para que escriba únicamente lo que Tú quieres que escriba, y ni una letra que Tú no quieras o que no responda a la pura verdad.

Solamente Tú, Señor, conoces todo de nosotros dos. ¡Habla, Señor, que tu sierva escribirá!”.

El difunto obispo Mons. José Marčelić conoció a María cuando ella tenía catorce años. Entonces le escribió que anotara todo de sí, es decir, cuanto hiciese y le aconteciese. Ella, sin embargo, comenzó a esbozar apuntes —siempre por obediencia— sólo a los 16 ó 17 años, continuando durante dos o tres años. Ya que todo acontecía en mayor medida entre su alma y Jesús, deseaba que permaneciera en secreto. Así, en 1911 ó 1912, quemó esos escritos, que eran como una súplica del alma, a fin de que aquella llama subiese a Jesús y del mismo modo su alma se consumiera en al ardor de amor por Jesús.

Al actuar así, pensaba dentro de sí que el acto de obediencia lo había cumplido sustancialmente, en cuanto que el obispo le había dicho que escribiera pero sin especificar que debía conservar lo que había escrito. Desgraciadamente, la conciencia le reprochaba de cuando en cuando por no haber sido del todo obediente; mejor, de no haberlo sido plenamente. Y, visto que esas mismas personas le ordenan escribir nuevamente, por el tiempo pasado, tiene dos dificultades: la de recordar poco y, después, de sentirse incómoda al escribir algo de sí misma, lo que le producía un gran sufrimiento. Reconoce que suyas son solamente las faltas con las que ha ofendido a la Bondad divina, mientras que el resto le ha llegado de la infinita bondad del Padre celestial y de la misericordiosa bondad del Sacratísimo Corazón de Jesús, que no priva de su bondad y benevolencia ni siquiera a los más grandes pecadores. Por eso, ante todo, ruega e implora a la misericordia divina que la perdone si ella, sierva pequeña, pequeña, se atreve a mencionarse a sí misma y contar las cosas de las que no es digna ni de señalar ni de pensar. Al contrario, siente haberlo hecho algunas veces al contar pequeñas cosas, forzada sobre todo por sus deberes. Hubiese querido, en efecto, que todo permaneciese escondido en el Corazón Sacratísimo de su Amado, porque era sólo para Él.

“Oh Jesús dulcísimo, ¿por qué permites que se levante el telón que escondía la intimidad de amor entre Tú, gran Dios, y esta alma? Oh Señor y Dueño absoluto, si esta

no es tu voluntad, te ruego que destruyas este escrito reservado y haz de manera que no caiga en las manos de nadie, sino que permanezca escondido en tu Corazón Sacratísimo. O bien, no permitas que yo mencione algo que no te sea grato, oh Bondad infinita. ¡Guía mi mente, mi mano y la pluma, a fin de que cumpla tu santísima Voluntad! Así sea”.

(ms, pp. 1-4)

CAPÍTULO I

LA INFANCIA

BENEFICIOS DEL SEÑOR EN EL NACIMIENTO Y EN LA INFANCIA

1892. El 10 de diciembre, festividad de la Madre de Dios de Loreto, día en el que la casa de la Bienaventurada Virgen María fue transportada a Loreto, sábado, a las 10 horas, de padres católicos practicantes –Antonio Petković Kovač y María Marinović– nació una niña.

El 22 de diciembre del mismo año de 1892 fue bautizada en la iglesia parroquial de Todos los Santos por Don Iván Šeman, párroco del pueblo de Blato. En el bautismo se le puso el nombre de María.

Era la sexta hija de sus padres; la octava por el lado paterno, ya que su padre, después de la muerte de su primera esposa –de la que había tenido dos hijas, Jelena y Kata–, se había vuelto a casar con María Marinović. Esta le dio once hijos, de los que tres varones murieron pequeños; los otros ocho crecieron para alegría de sus padres. Así, eran cuatro varones y cuatro mujeres del segundo matrimonio, más dos mujeres del primer matrimonio. Por tanto, criaron y educaron diez hijos.

Su buen padre murió el 16 de abril de 1911, cuando María tenía 18 años. Expiró el mismo día de Pascua durante la oración que había seguido silenciosamente. Al final del rosario, dijo: “Jesús, María”. Rodeado de sus amados hijos, había expirado en el beso del Señor.

Tres días antes de morir, el jueves santo, en su dormitorio, arrodillado devotamente, en una beatitud de paz y contrición, había recibido la comunión, mientras que la extremaunción, pedida por él mismo, la recibió al momento de morir.

Los hijos veían en él algo de sagrado. Si bien rico de bienes temporales, él era sencillo. Había desarrollado en sí el máximo grado de perfección de la justicia, misericordia y caridad. Tenía una fe profunda; observaba hasta en los mínimos detalles las leyes de Dios y los mandamientos de la Iglesia, especialmente los actos de caridad. Los pobres y los jornaleros eran sus verdaderos amigos; los amaba paternalmente y se ocupaba de ellos, en particular de sus labradores. Tenía cerca de setecientos, porque le pertenecía la catorceava parte de la entera isla de Korčula. En la administración de estas grandes posesiones era calmado y de pocas palabras. Había construido nueve casas para los nueve hijos vivos.

El padre había confiado a María los encargos más importantes en la administración del patrimonio, ya que los hermanos estaban ocupados en sus estudios. La Providencia la socorrió y guió en la dirección de tanto trabajo. Así, cuando su padre murió, María, apenas de 18 años, se vio obligada a asumir la conducción de la administración y los registros de contabilidad, y a asumir, junto con su madre, la dirección completa de aquellas vastas posesiones.

Su madre también era una mujer muy devota. Educó a los hijos en el temor de Dios y en el pudor; en el rigor, para evitarles a tiempo y con prudencia los daños y los peligros que hubieran podido, incluso mínimamente, turbar sus espíritus. Formó severamente a sus hijos en las virtudes, en la laboriosidad, en la sencillez, en la humildad, en la abnegación, en la penitencia y en la oración.

Así, María, después del bautismo, consideró la más grande gracia y beneficio divino el don de haber tenido como educadores, como ejemplo, a padres como los suyos. Veía particularmente en su padre la figura de un *santo viviente*.

Su padre, después del Señor, era su ideal; con gran respeto, lo amaba como una cosa sagrada, porque era bueno y caritativo para con los pobres; porque era silencioso e inmerso en sus pensamientos; sencillo y amante de la verdad, como el oro puro.

De esta manera, María creció constantemente en la escuela de las virtudes cristianas y de la caridad, donde su espíritu recibió las primeras impresiones de amor hacia Dios y hacia el prójimo.

¡Oh, de cuánta bondad y de cuántos beneficios la rodeó el Padre celestial desde su niñez, dándole como custodios y como educadores a padres tan buenos, para que la protegieran en la inocencia para Él, su purísimo Amado celestial, la educaran en la caridad para con los pobres, y para que se ejercitara en la sencillez y en la laboriosidad!

La Providencia divina quiso que se preparase de esta manera para la vida religiosa, si bien sus padres no pensaban en absoluto en esta eventualidad. No habrían querido que ella entrara en un convento, pero el Señor mismo lo había pensado y, sin contar con sus intenciones, había preparado el terreno fértil para su educación.

La casa paterna se encontraba bastante cerca de la iglesia; solamente la separaban unos pocos pasos a través de la plaza a la Galería; o, por decirlo mejor, la plaza unía la casa con la iglesia, donde el Señor la atraía y a menudo durante el día, sin ser vista, podía ir donde Él.

Así, aunque vivía en una casa acomodada, era como si estuviera en un convento. Además, en su casa, desde los primeros días de su vida hasta cuando se separó de la familia, venían a menudo, casi semanalmente y por largos períodos, frailes franciscanos, dominicos y también de otras Órdenes religiosas, y ello porque en el pasado, el difunto abuelo Francisco, estimado un hombre santo, había reservado para los Padres dos o tres habitaciones en su propia casa, a fin de que se encontrasen bien como en su propio convento¹. Así, la pequeña María crecía en el regazo de dichos Padres y, más tarde, ya adolescente, escuchaba sus palabras y observaba sus virtudes.

También la escuela confinaba con la casa paterna; mejor, en un edificio de propiedad del padre. De manera que no debía caminar por la calle sea para ir a la escuela, sea para ir a la iglesia. En todo esto ella advertía un gran beneficio del Señor, que había querido protegerla como en un verdadero colegio o convento.

El Señor, en su bondad y providencia, había concedido a María recordar todo cuanto había sucedido en torno a ella ya desde su primerísima infancia, incluso antes del cumplimiento de su primer año de edad. Recordaba, en efecto, que una vez, de apenas pocos meses, sin pañales, se encontraba en la cama de sus padres. Arrastrándose, se había acercado al borde, donde se quedó mirando a su hermana Ivica, que peinaba a la mamá, sentada cerca de la ventana. Reparando en la pequeña, la mamá lanzó un grito a Ivica: “¡Mira, la pequeña se puede caer; tómalala y ponla en la cuna!”. Pero a ella no le

¹ Una nota per explicar la razón por la que los Padres solían hospedarse en casa de sus padres. Cuando su tío, Don Marcos, hermano de su abuelo Franko (sacerdote, profesor de teología en Venecia, en Mileci, un sacerdote muy famoso y sabio), murió imprevisamente en la ciudad de Korčula, los franciscanos acompañaron sus restos hasta Blato. En aquella ocasión el abuelo les dijo que las puertas de su casa estarían siempre abiertas cada vez que fueran a Blato, para que pudieran permanecer y sentarse a la mesa como en su convento. Y como en Blato no había ningún convento, cuando llegaban iban directamente donde aquella familia. Venían a menudo sea para ayudar en la parroquia a confesar, sea para la predicación cuaresmal y también durante el año, o bien para guiar espiritualmente a la Tercera Orden, para la limosna, etc. En esta casa se les había reservado dos habitaciones, pero durante el tiempo libre y en la mesa estaban con toda la familia. En la casa del párroco no habitaban más desde el año 1915 ó 1916.

gustaba ser llevada a otra habitación y puesta en la cuna (se acostumbraba cerrar las ventanas, para que, en la oscuridad, pudiera dormirse más fácilmente). Su hermana la tomó en brazos y la llevó a la otra habitación, donde se encontraba la cuna, porque su madre no tenía a los pequeños en la propia habitación para no ser molestada cuando descansaba. Para no hacerla llorar, Ivica encargó al hermano menor que la acunara. Este, atado un cordón a la cuna, lo tiró tan fuerte que la hizo darse vuelta. Al oír el llanto, acudió su hermana Jela, volvió a colocar a la pequeña en la cuna y zurró al hermano. María, asustada, observaba, y era tanto el miedo a ser castigada, que no lloró más. Se acordaba también de su abuela Jela, de su enfermedad, de la urna y del funeral. En aquel tiempo tenía menos de tres años². Recordaba cómo la habían hecho acercarse al féretro y le habían hecho juntar sus pequeñas manos, enseñándole el *Ave María*.

Se acordaba también de otras cosas. Tal vez el Señor permitió estos recuerdos precoces para hacerle entender después que un niño, por muy pequeño que sea, ya percibe todo y tiene sensaciones: le habría sido útil cuando hubiera debido enseñar a las Hermanas cómo educar a los niños comenzando desde los primeros meses de vida.

Cuentan su madre y sus hermanas que María, desde su primera infancia, fue una niña extraordinaria. Demostró de inmediato su inteligencia. Era gentil y graciosa, de tez particularmente clara, cabellos dorados, la mirada límpida y penetrante. Había quien iba a propósito a su casa para verla. Una señora, vecina de casa, iba casi todos los días con su hijo de once años para verla y tenerla un poco en brazos.

Ya desde su más tierna infancia se había sentido atraída y llena de entusiasmo por todo lo que sabía a pobreza.

(ms, pp. 5-11)

LOS PRIMEROS SENTIMIENTOS ESPIRITUALES

En aquel tiempo, sus vecinos de casa eran familias bastante pobres (Kaštropil – Palada). Los edificios en los que habitaban fueron comprados por el padre, y demolidos. En la misma área se construyó la escuela femenina.

María pertenecía a la familia más rica de la región; sin embargo, no sentía ninguna satisfacción de poseer una casa grande y cómoda, y otras habitaciones, buena comida y muebles cómodos. Deseaba más bien tener una casita cualquiera; le gustaba la vajilla de madera, como la de aquellos vecinos pobres. Con solo cuatro años, iba donde ellos: observaba, incrédula, su pobreza y, al mismo tiempo, experimentaba un gran deseo de vivir en una casa así, y de tener solamente las pocas cosas necesarias. Quería comer la polenta junto con ellos en una única olla negra y beber de una única escudilla de madera, que servía a todos y para todo. ¡Cuánto placer experimentaba al beber un poco de agua y vinagre en aquella escudilla!

Iba de muy buena gana también a la pobre casa de la nodriza Serzuvan, cuyos hijos iban ante su puerta a pedir pan. Ella, tan pequeña, apenas de cuatro o cinco años, muy pensativa e incrédula, pese a que vivían un poco distantes, iba donde ellos a jugar en la cocina de aquella casa tan pobre, para comer con ellos la polenta, siempre de aquella única olla negra.

De los cinco a los siete años le gustaba ir donde una joven que prestaba servicios en su casa; se llamaba Ružirica³. Iba donde ella para ver el pavimento de piedra de aquella pobre casucha. Se quedaba con mucho gusto con ella porque era una joven devota, perteneciente a la Tercera Orden franciscana. Tal vez María iba donde ella porque le hablaba de Dios y le contaba la vida de los santos. Esta tenía una hermana, bastante

² La abuela paterna Jela Žuvela murió el 12 de septiembre de 1895.

³ La joven se llamaba Kata Ružir, pero habitualmente se usaba el diminutivo del apellido.

devota y santa, de nombre María, también soltera y consagrada a Dios. Ambas habían hecho voto perpetuo de virginidad (como María lo supo más tarde). La pequeña María se encontraba bien en su compañía y le agradaba su pobreza y bondad. Con el correr de los años, nunca dejó de desear para sí una cabaña y la soledad; o bien, ser sirvienta en algún convento pobre y dejar la propia herencia a algún pío instituto para niños pobres.

(ms, pp. 11-13)

LA PRIMERA CONTEMPLACIÓN DEL SEÑOR

Ella narra: “En aquel tiempo podía tener cinco o seis años. Me encontraba en casa del tío Iván en Velaluka⁴. Como tenían una hija única, Jelka, cada año querían que pasara algunos meses en casa de ellos para jugar y hacerle compañía. El tío y las tías María y Katina tenían una educación severa y refinada. La tía María era profesora, pero después que se casó ya no enseñaba más (por eso se ocupaba ella misma de la educación de su hija, y también de la mía). Teníamos nuestro pequeño horario: rezar, jugar, estudiar o ir de paseo. Rezábamos las oraciones vespertinas un poco antes de cena, de rodillas. Y después, de nuevo, mientras nos preparábamos para acostarnos, tía Katina seguía recitando con nosotros alguna otra oración.

Una tarde, mientras la tía recitaba con nosotros el *Credo*, yo ya me había acostado. Aquella noche, no sé por qué razón, tal vez por el calor o porque había alguna persona de más en aquella habitación, mi cama estaba en el corredor. Mirando hacia el cielo la cara iluminada de la luna, mientras la tía recitaba el *Credo*, me sentía tan inmersa en Dios que no lograba pronunciar en voz alta las palabras del *Credo* porque ya, como en una realidad, percibía y contemplaba al Padre celestial, el que todo abarca; y pensaba dentro de mí: ‘¿Por qué se dice “creo en Dios Padre”? ¿Acaso se puede dudar de su existencia?’. Y yo le decía así: “¡Oh Dios mío, Tú sólo ‘eres’ y nos sostienes! ¡Tú eres el Sumo!”.

En aquel instante contemplé a Dios que extendía los brazos hacia mí y al mismo tiempo encerraba en sí a mí y a todo el resto, sosteniendo y abrazando al universo, ¡tan pequeño ante Él! Los cielos, los mares, las casas; veía el conjunto de las cosas, incluida yo misma, oscilar en Él como en el aire; y, contemplando esto, vi claramente la incomparable pequeñez y la nulidad de las cosas ante Él. Al encontrarme en aquel estado no podía pronunciar las palabras del *Credo* para no ofenderlo. Cuando un niño ve a su madre que lo tiene en brazos, ¿puede decirle acaso: “Creo tener una madre”?

Entonces entendí que la fe cesa en el momento en que se torna realidad, es decir, cuando se oye y se ve. Durante esta visión y contemplación del Omnipotente Padre celestial, llegaban a mis oídos las monótonas palabras del *Credo*, mecánicamente recitadas por mi tía. Me parecían un *bla, bla, bla*; eran tan lejanas de la Majestad Divina y no llegaban hasta Él, porque provenían de una máquina muerta que hace ruido. Vi en aquel momento cuán lejana estaba de Dios su mente, como hundida en una oscuridad donde no lo veía ni lo oía. Parecía que el Señor no prestara atención a aquel balbuceo de palabras pronunciadas atolondradamente. Y no es que yo no respetase a mi tía; ¡al contrario! Para mí, ella era algo grande, como por lo demás todos los miembros de la familia y todos aquellos más grandes que yo. Tenía un cierto temor y respeto por todos; ante ellos me sentía como una pobrecilla cualquiera o una niña extraña. Aún más, ambas tías, María y Katina, eran muy devotas, Terciarias de Santo Domingo, y cada día rezaban mucho”.

⁴ Una pequeña ciudad poco distante de Blato, donde estaba el puerto. De hecho, el nombre significa “Gran Puerto”.

Entendía así que al Señor no le agradan las oraciones cuando son recitadas distraída e indignamente, solamente con la boca; cuando son pronunciadas solamente con los labios, sin ni siquiera pensar en lo que se dice: “Si habláramos de un modo semejante con una persona cualquiera, sin saber lo que decimos, en verdad que esa persona se ofendería. ¡Cuanto más la Divina Majestad! ¡Pero Él es también un Padre misericordioso y a sus hijos pobres y arrepentidos perdona su ignorancia!”.

(ms, pp. 13-17)

LA ESCUELA ELEMENTAL

En aquel tiempo no existía el jardín infantil, mientras que la escuela elemental se encontraba en un edificio de propiedad de la familia. Cuando María tuvo cuatro años y ocho meses, su hermana Ivica la llevó a la escuela elemental, La maestra la aceptó para contentar a sus padres, pero no la consideró como una alumna regular. María recordaba muy bien tanto aquel primer día de escuela, cuando la acompañaron vestida de alpaca rosada, como todo aquel primer año escolar.

La maestra era la señora Mlinarić de Korčula, mientras que la directora era la señora Cibilić. María era la benjamina de la profesora, porque era todavía tan pequeña. Durante la merienda, hacia las 10, la maestra la llamaba a leer y sacar cuentas. Ella se admiraba que los otros niños no aprendiesen, por lo que esperaba que la maestra la interrogara. Pero la maestra no la llamaba ni la interrogaba, porque sabía que todavía no era una alumna regular.

Algunas veces, María se dirigía a la maestra, preguntándole: “¿Por qué no me ha interrogado?”. La maestra respondía con un gesto, haciéndole entender que no era necesario, lo que extrañaba a la niña del momento que se consideraba una alumna como las demás.

Una vez, girando en torno al escritorio, movida por la curiosidad de ver las ilustraciones del libro apoyado sobre el escritorio, mientras las levantaba, cayeron todas por tierra. En aquel momento entró la maestra y la castigó con dos ligeros varillazos en las manos. En su interior, a María le afectó mucho el castigo y se sintió desconsolada. Con la cabeza gacha sobre el banco, lloró silenciosamente: todo le parecía triste y oscuro a su alrededor. No solamente su orgullo, sino también su delicadeza de espíritu habían sido heridos; o tal vez era solamente desagrado por haber sido humillada ante la clase. Desde entonces se retiró y permaneció silenciosa en la última banca.

El buen Dios había permitido este episodio para que aprendiese de este sufrimiento y ello le fuese útil para su futura misión, de tal manera que pudiese enseñar a sus Hijas espirituales que los niños, aunque pequeñísimos, se sienten por todo; y cómo se puede, por imprudencia, destruir el entusiasmo y la alegría de espíritu en un niño con consecuencias negativas y más duraderas que en el adulto. Por eso ella, María, en su vida cotidiana siempre prestó mucha atención y respeto hacia el espíritu infantil, dedicándose a ellos con gran amor y cuidando bien de no humillar a un niño, excepto en los casos de particular descaro o maldad. El alma de un niño es idéntica a la de un adulto, porque es la morada de la Santísima Trinidad, la cual ilumina y da mayor conocimiento y más sincera sensibilidad al alma de un niño que al alma impura de un adulto. El alma infantil es tierna como la cera; por consiguiente, se resiente y sufre más⁵.

(ms, pp. 17-18)

⁵ Este es un ejemplo para tener cuidado de no afligir a un niño.

UNA GRAVE ENFERMEDAD

Durante aquel primer año escolar, con ocasión de la festividad de San José, su padre la llevó a Velaluka para pasar un poco de tiempo en compañía de su primita Jelka. Pero al día siguiente se enfermó gravemente, con hemorragia en diversas partes del cuerpo: ojos, oídos, etc. La acostaron de inmediato. María observaba con cuánto temor y estupor todos se interrogaban, ¡incluso el médico! Para él, se trataba del primer caso en medicina concerniente a una niña de cinco años. Por lo demás, le sobrevino una enfermedad articular. Transcurrieron dos o tres meses en un grave estado de enfermedad. Apenas convaleciente la trasladaron a la casa paterna; mientras tanto estaba por terminar el año escolar. Volvió a la escuela sólo por algunos días. La directora Cibilić sostuvo que, a pesar de tantas ausencias, “la pequeña” debía ser igualmente promovida y admitida en el segundo año, mientras que la profesora, la señora Mlinarić, se opuso porque consideraba que las ausencias habían comprometido la regularidad del curso, o tal vez porque le disgustaba perder a la pequeña María, y así, riñeron: la directora llamó la atención a la profesora Mlinarić de una manera tan decidida que ésta se sintió mal⁶.

En pocos días más, la directora Cibilić sería la madrina de confirmación de María.

María pasó a segundo año; la nueva maestra se llamaba Kuničić. La clase reunía juntos a los alumnos del segundo y tercer año. La maestra llamaba bien seguido a María al pizarrón, y ella a menudo resolvía no sólo los problemas propios de su clase sino también los de tercer año. Una vez fue llamada a otra sala para resolver ciertas tareas de matemáticas incluso de cuarto y quinto año. Cuando sucedían estas cosas, María no tenía aún siete años.

En cuarto año, la maestra fue la señora Cibilić, mientras que en quinto y sexto, fue la señora Stipetić⁷.

Una vez, cuando cursaba el cuarto año, su madre la mandó junto con otra niña cerca de la casa para cuidar a su borrico. Pasando por allí, la maestra la vio. Al día siguiente, en la escuela, María no supo bien la lección. La maestra, convencida de que el día anterior estuviera jugando con el borrico, por primera vez la regañó ásperamente. La joven se sintió humillada; sin embargo, no dijo ni una sola palabra para justificarse: en los años juveniles no tenía esa costumbre.

En casa, además de estudiar, debía cuidar, vigilar, dar de comer, lavar y ocuparse de su hermanita y de sus hermanos más pequeños. Debía prestar pequeños servicios, como lavar los platos y limpiar la cocina. Le quedaba muy poco tiempo para estudiar, pero sabía aprovechar cualquier momento útil para repasar las lecciones. Así, con la ayuda del Señor, frecuentaba la escuela con mucho provecho. A los once años y medio terminó el sexto año con un óptimo resultado.

Durante el período de la escuela elemental, desde que, en el quinto año sufriera aquella grave enfermedad, sintió muy a menudo dolor a las piernas. El Señor había querido que fuese templada en el sufrimiento desde la infancia.

Para evitar que los demás se dieran cuenta de sus sufrimientos, se apartaba. Con frecuencia, mientras los otros niños saltaban alegremente, se veía obligada a permanecer recostada en el diván. Le sucedía bien seguido que en la tarde, para ir a dormir, no tenía fuerzas para subir con los propios pies al piso superior, sino que debía ser llevada en brazos (en Velaluka lo hacía Daniel).

(ms, pp. 19-22)

⁶ Eran los primeros días de septiembre de 1898.

⁷ Tuvo también a la señora Knego como suplente.

LAS AMIGAS DE INFANCIA

En los primeros años de su infancia, es decir, de los tres a los seis años, cuando no iba a Velaluka, su compañera de juegos era Jelica Bosnić.

Recordaba que uno de los sirvientes, un cierto Antonio Lepetan, o bien Francisco Glavor, la llevaba en brazos a casa de Jelica, porque aún era pequeña. A María le gustaba ir donde Jelica porque tenía tantas estampitas de santos con las que jugaban a construir la iglesia, o bien se las repartían sacándolas al azar. En particular, les gustaba bautizar a las muñecas, confeccionándoles vestidos aptos, construyendo la capilla y preparando incluso el refresco, como lo habían visto hacer para el bautismo de sus hermanos menores.

Sucesivamente, desde el tercer año adelante, su madre, fuera de la escuela y de la iglesia, no le permitía ir a ninguna parte. Así, María ya no pudo ir donde las amigas. Permitted solamente a una compañera de cuarto año, Bebica Carević, hija de una buena y estimada familia, que la visitase en su casa.

Bebica era como una pequeña santa, silenciosa y tranquila. Murió muy joven.

Una vez, mientras hojeaba con Jelica Bosnić la *Divina Comedia* de Dante, encontró una imagen terrible del infierno, donde bajo una lluvia de fuego los lujuriosos padecían penas terribles; María se sorprendió al ver cómo la lujuria pudiese ser un pecado tan grave. Ello porque no comprendía el verdadero significado de aquella palabra; pensaba que quisiese decir: buscar los mimos, las caricias, las zalamerías. Consideraba que fuese un pecado contra el sexto mandamiento, ya que en la jerga popular se usaba una expresión similar para con un niño que lloriqueaba para ser mimado por la mamá. Al pensar así, se confesaba por haber faltado al sexto mandamiento cada vez que lloraba buscando las caricias de la mamá. Pero ahora, al ver aquellas terribles penas, se había dado cuenta de que no podía tratarse de simples caricias. Entonces se dirigió a la mamá de Jelica para que le explicase qué quería decir lujuria, lujurioso⁸, pero ella no quiso pronunciarse, diciendo que no sabía.

Los padres de María eran muy severos en la protección de sus hijos. Pero María consideraba que era el Omnipotente mismo quien se servía de sus padres para cuidarlos. También la profesora, la señora Stipetić, había sido contratada en casa para educarles y hacer que María creciera con una buena compañía. En todo ello, María veía la tierna premura y un beneficio que el Señor le había concedido.

Ya a los nueve años había comenzado a leer y meditar la Pasión del Señor, los misterios del Rosario y las palabras de las oraciones; recitaba el *Ave María* con entusiasmo, como si viese ante ella a la Bienaventurada Virgen en persona (muchas veces experimentó sentimientos muy profundos). Dirigía a la Virgen las palabras, llenas de amor, de esta y otras oraciones, como si estuviese hablando con ella.

Una vez, tuvo un sueño extraordinario, con efecto de gracia. Así lo refiere ella misma: “No sé la razón por la que aquella tarde había rezado tres rosarios; uno sola y otro con la familia. Más tarde, la maestra Stipetić me invitó a rezar con ella, lo que no me negué a hacer”.

(ms, pp. 22-24)

⁸ En croata, “bludnost” significa lujuria, lascivia, fornicación, actos impuros. La expresión popular “Ne bludi se”, que usa la misma raíz “blud”, significa, en cambio: nada de mimos, no buscar las caricias, no ser zalamero.

EL SUEÑO QUE INFLUYÓ EN ELLA ESPIRITUALMENTE

En el sueño, se encontraba sobre la terraza observando el cielo. De improvviso, vio doce bellísimos ángeles de tamaño natural, parecidos a las vírgenes por las largas vestiduras blancas; entre las manos tenían lirios. Volaban hacia el oriente. Le pareció; mejor, tuvo la clara sensación que el duodécimo ángel fuese su ángel custodio y lo invocó, diciendo: “¡Oh ángel mío, ven a bendecirme!”. En eso, el duodécimo ángel volvió atrás, dirigiéndose hacia ella, y María dio un paso hacia delante para acercársele.

El ángel, acercándose, comenzó a bendecirla de una manera misteriosa, mientras que en ese momento una suave dulzura le invadió el alma y el cuerpo. Al mismo tiempo, toda la naturaleza a su alrededor se volvió blanca como la nieve. María se despertó muy emocionada, y aquel sueño quedó impreso en su espíritu.

Después de aquella bendición angélica, sus pensamientos espirituales se fortalecieron y su amor hacia Dios llegó a ser más intenso, mientras que el mundo y las cosas del mundo le llegaban a ser cada vez más ajenos.

(ms, p. 24)

CAPÍTULO II

LA JUVENTUD

DESEO DE CONSAGRARSE A DIOS

Ya desde su niñez, María se sentía llamada a vivir solamente para el Señor y a consagrarse a Dios.

A los nueve años, mientras cursaba el quinto año elemental, le vino un fuerte deseo de entrar en algún pío instituto donde se educaban muchas jóvenes.

Jela, la mayor de sus hermanas, era religiosa en Pula, en la Congregación del Sagrado Corazón, con el nombre de Sor Gertrudis. También ella, desde pequeña, había deseado entrar en un convento, a pesar de no haber visto nunca religiosas.

Su madre, antes de morir, había encomendado al padre que la dejara libre para ir. El padre, para cumplir el deseo de la madre, permitió que Jela entrara en el Colegio de las siervas o Clarisas en Split, con la esperanza de que la joven se cansara y se le pasaran ciertas ideas. Pero Jela no se quiso ir más del colegio. El padre, con la excusa de la salud y de un breve período de descanso, la llevó a casa.

En casa se sentía como un pez fuera del agua; imploraba continuamente poder volver a Split. Pero visto que el padre no cedía, escribió, en su nombre, una carta a las Hermanas del Sagrado Corazón en Italia, para que vinieran a buscarla. Y ellas prontamente vinieron. El padre se quedó sorprendido de su llegada: ¡era la primera vez que se veían religiosas en Blato! Le mostraron la carta y Jela inmediatamente lo abrazó, y le dijo: “Papá, fui yo quien hizo esto –Jela hablaba habitualmente en italiano con el padre–. Te ruego; ¡déjame ir!”. El padre, si bien con el corazón apenado y lleno de tristeza, accedió.

María, aunque tenía solamente tres años en esa época, se acordó siempre lúcidamente de Jela desde cuando estaba todavía en la cuna, de la venida de las religiosas y de la preparación del baúl con el ajuar...

Más tarde, Sor Gertrudis volvió de Italia para pedir limosna para un orfelinato, y había pasado por Blato. En aquella ocasión, un día había tomado en brazos a María y, habiéndola colocado en la baranda de la terraza, le había mostrado una casa, diciéndole: “María, ¡mira esa casa! (pero María no lograba verla). Un día volveré y abriremos un convento en esa casa y tú vendrás conmigo; allí podrás estudiar bien”.

Aquel edificio lo había dejado el tío Marcos en beneficencia pública para hacer un colegio o un orfelinato.

María se acordaba también del regreso de su hermana, una segunda vez, cuando ella cursaba el cuarto o quinto año elemental. En aquella ocasión, María había copiado para ella oraciones en lengua croata, como el *Via Crucis*, porque en Italia rezaban todas las oraciones en italiano.

En su memoria habían quedado también las últimas palabras pronunciadas por Sor Gertrudis, antes de volver a Italia: “¡Oye, no nos volveremos a ver más! ¡Hasta volvernos a ver en el paraíso!”. En efecto, no la volvió a ver más, porque murió con sólo 33 años, en olor de santidad, a mediodía de la fiesta de la Asunción, como ella misma había predicho⁹.

⁹ Jela (Sor Gertrudis) murió el 15 de agosto de 1904. María escribirá sobre la santidad de su vida religiosa y de su bienaventurada muerte más adelante.

Terminada la escuela elemental, María de no dejó de pensar y de desear vivamente obtener la gracia de poder entrar en algún colegio. Vino a saber que en Korčula las religiosas dominicas habían abierto un colegio y que los padres de algunas de sus compañeras, entre las cuales estaba también Jelica, las mandaban allá por uno o dos años para continuar sus estudios, debido a que en Blato, en aquella época, no había ni colegio ni escuela media. Dentro de sí, María estaba triste al ver a las demás ir al colegio, mientras que ella no podía. Sus compañeras ni siquiera tenían ganas de ir: el estudio no les atraía, mientras que a ella, a quien le gustaba estudiar y hubiera deseado permanecer en el Instituto para siempre, no le era permitido, si bien su padre todavía no sabía nada de su vocación. En efecto, estaba muy atenta a no revelar el asunto ni a él ni a los demás por temor de que, al conocer su deseo, menos le dieran permiso para ir al colegio. Pero su padre lo intuía y temía perderla también a ella como la hija mayor. Por otra parte, él no desistía de la decisión de no mandar a ninguna de las hijas a estudiar en los colegios por miedo de que se hicieran religiosas.

Esta situación hacía de María una pequeña víctima, pero, como amaba mucho a su padre, por amor suyo sufrió en silencio. Pero una vez hizo algo bastante placentero y él, que también la quería mucho, le dijo: “¡Pídeme lo que quieras y te lo daré!”. En aquel momento la mamá pasó cerca y María, sin hablar, con un gesto le pidió consejo sobre qué cosa pedir. (El único deseo de María era el de poder ir al convento). Y la madre, habiéndole leído en el corazón, le respondió: “¡Pídele que te deje ir al convento!”.

María, entonces, amorosamente se volvió a su padre, diciendo: “Papá, ¡déjame ir al convento!”.

El padre la miró y con profunda tristeza, le dijo: “¿Tienes realmente ganas de dejar a tu padre?”. Estas palabras hirieron su corazón, porque amaba mucho a su padre, pero volvió a intentar: “¡Déjame ir al menos por un poco de tiempo, para que pueda estudiar y educarme como las demás, a quienes sus padres han dejado ir!”.

Él, entonces le respondió: “Sí, María, pero no tienes necesidad de ser educada mejor de lo que eres; a ti el colegio no te sirve”. Replicó: “Pero soy yo quien quiere ir; ¡por favor, déjame!”. Él la miró y, conmovido, le dijo: “¿Serías capaz de irte y dejarme después que he puesto en ti mis esperanzas de consuelo y sostén?”.

Ante estas palabras, María no volvió a insistir para no entristecer posteriormente a su buen padre. Acalló el impulso y el propio dolor junto con su amor por el convento.

(ms, pp. 25-29)

LA LLEGADA A BLATO DE LAS SIERVAS DE LA CARIDAD

Después de pocos meses de aquel mismo año¹⁰, llegaron a Blato las Siervas de la Caridad para abrir su Casa con la anexión de una escuela para niños y para las jóvenes que habían cursado los estudios elementales. Se instalaron justamente en aquel edificio que tiempo antes le había indicado su hermana, Sor Gertrudis, fallecida aquel año. Pareciera que el Señor, por medio de su intercesión, hubiese hecho venir a las religiosas en su pueblo para que, en su lugar, educasen a María para Él y para la misión a la que la había destinado.

Su padre, entonces, permitió a María que fuese solamente a su escuela, pero no de habitar con ellas: debía volver regularmente a casa.

¡Con cuánta sabiduría la Providencia divina ha guiado y preparado todo para realizar su obra para la nueva Congregación!

¹⁰ El año 1904.

Con la llegada de aquel día tan deseado, su ferviente deseo por el convento fue solamente sofocado en parte.

(ms, pp. 29-30)

LOS PRIMEROS MÉTODOS EDUCATIVOS PARA SU MISIÓN

1904, 16 de octubre. Durante este día estaba prevista solamente la bendición del colegio y la inauguración del año escolar. María llegó con anticipación, antes que todos; nadie se veía aún por el lugar; se estaba terminando la limpieza.

María se puso, entonces, a observar a una postulante que con mucho cuidado cepillaba y lavaba una escalinata que, al verla, parecía ya limpia; y se preguntaba para sí: “¿Por qué pone tanta atención en limpiar escalas ya limpias?”.

El Señor, conociendo sus pensamientos, le respondió por boca de aquella postulante: “¡Él mismo nos vigila!”, dijo de improviso. Esta y otras enseñanzas quedaron impresas en el espíritu de María; y no las olvidó nunca.

Mientras esperaba, alguien abrió la puerta de un cuartito en donde se encontraba un altar con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. En aquel cuadro, que le pareció vivo, vio la mirada de Jesús que, indicando su Corazón, parecía llamarla¹¹.

María, en luto por la muerte de su hermana Jela (Sor Gertrudis), vestida de negro, iba diariamente a la escuela: una media “civil” con una duración de un trienio. Después siguió yendo para estudiar el italiano y para aprender bordado y costura. No sabía expresar un juicio sobre su propio aprendizaje; sabía solamente que las religiosas la querían.

Así, bajo la guía de la Divina Providencia, María recibió una más amplia educación en las virtudes, junto con las primeras enseñanzas en el camino de la perfección cristiana. Practicaba cotidianamente la buena lectura y escuchaba los consejos para una buena educación. Pudo observar así de cerca la vida religiosa y las costumbres de la vida monástica.

Aprendió a preparar los espectáculos y cómo llevar adelante las asociaciones católicas. Notaba la severidad y la distancia de las religiosas en las relaciones con el mundo externo; su sencillez y humildad, y el ejercicio de la pobreza hasta en los mínimos detalles, tanto de no perder ni siquiera un hilo de paja, que con cuidado era recogido para hacer fuego.

Con ellas aprendió a hacer varias cosas ordinarias, pero también las específicas del convento: tener en orden una iglesia y los ornamentos sagrados, confeccionar las hostias, enseñar a los niños y entretenerlos con juegos, diversiones y ejercicios varios.

Dado que María no tenía inclinación por los juegos alegres, las hermanas profesoras le confiaban las partes más tranquilas. Tres veces interpretó a la Bienaventurada Virgen. En una de estas ocasiones, para la festividad de la Virgen de Lourdes, en el jardín del colegio, causó tal impresión en la gente que en alta voz comenzó a implorar a la Virgen, mientras que su espíritu se elevó hasta el cielo por tan largo tiempo que no se dio cuenta de que se había repetido dos veces el himno a la Madre celestial.

(ms, pp. 30-32)

LA PRIMERA COMUNIÓN

En aquel tiempo, los niños no eran admitidos a la primera comunión antes de los doce o trece años, de modo que María tuvo que esperar sus doce años, luego que su mamá le diera su consentimiento.

¹¹ Este cuadro se encontraba en los años 60 en el refectorio de la Casa Madre de Blato.

Pero María, ya desde largo tiempo, nutría un fuerte deseo de Jesús y de conocer las cosas sagradas; por eso estaba muy contenta al saber que podía seguir las lecciones de catecismo y de la vida de Jesús directamente de Don Pedro, quien le había enseñado religión en el sexto año elemental. Los domingos preparaba a los jóvenes y las jóvenes a su primera comunión.

La alegría de María, sin embargo, duró bien poco porque su madre, de acuerdo con el propio confesor (que generalmente era el mismo de María), Don Jerko, decidió no enviarla al catecismo junto con los demás niños, sino hacerla estudiar en casa, sola. Concluyeron que bastaba enviarla solamente la última semana, para que Don Pedro la examinara. “Puedes estudiar en casa, sola”, le dijeron. Este fue un duro golpe para María, la que se sometió, pero sin saber la verdadera razón. Tal vez su mamá quería alejarla de los peligros, porque los niños, antes del catecismo, corrían por la plaza, o bien simplemente porque quería que la ayudase en las labores de la casa y en el cuidado de los pequeños, o tal vez pensaba que, en realidad, María no tuviese necesidad de asistir, sino que podía aprender muy bien sola.

En verdad, María se sentía muy triste al ver y oír a los demás niños que asistían al catecismo en la iglesia (su casa se encontraba a poquísima distancia) Cuando, después, hacia mediodía, salía para ir a comprar el pan donde Tomás, al pasar cerca de la iglesia oía las voces de los niños y del sacerdote, y se lamentaba, diciendo: “¡Qué afortunados son estos niños! ¡Si fuese pobre, yo también tendría esta suerte de asistir cada día y escuchar la enseñanza para la comunión!”. Y dirigía la mirada hacia el cielo para confiarle su propio dolor.

Un día recibió una severa llamada de atención de parte de Sor Desideria por su ausencia del catecismo. La hermana la acusaba claramente de ser soberbia porque no asistía junto con los demás. María nada dijo para justificarse; pensó solamente dentro de sí: “¡Si Sor Desideria supiese cuántas ganas tengo de ir al catecismo; cuánto sufro porque mi madre no me lo permite!”. Entristecida, le había besado el crucifijo y se había arrancado. Finalmente llegó aquella feliz y tan esperada última semana que precedía a la primera comunión.

María contaba con el hecho de poder, al menos en aquellos pocos días, escuchar las prédicas, pero su madre, el primer día, la amonestó severamente para que se hiciera interrogar de inmediato por Don Pedro. Para este fin debía sentarse en la primera fila con el objeto de hacerse notar por él (ubicarse en el primer banco delante del sacerdote era señal de que uno se sentía preparado para el examen). María sabía que a los demás niños se les había enseñado el catecismo con ejemplos prácticos, mientras que ella había estudiado las fórmulas de la doctrina y temía que este hecho la habría expuesto al ridículo, pero no se le pasó por la mente desobedecer a su mamá: para ella, la obediencia era sagrada; era como obedecer a Dios mismo.

A su llegada delante de la iglesia, de inmediato fue rodeada por los demás niños quienes la miraron de un modo extraño porque tenía en las manos el libro del catecismo. Permaneció tranquila y se fue derecho a la iglesia, a la primera fila, como le había ordenado su mamá. El sacerdote comenzó a interrogarla siguiendo el método de los ejemplos prácticos utilizados por él, mientras que María le respondía siguiendo el propio pensamiento, al que él, de tanto en tanto sonreía, como cuando le preguntó: “¿Qué se podría hacer si las mujeres tuvieran que confesarse en un santuario donde no hay confesionarios?”.

Ella respondió: “¡Se podría usar un cedazo!”.

Él sonrió; pero María le hizo entender que había estudiado del libro de catecismo, como había querido su madre, de acuerdo con el confesor, y pensaba que sería interrogada según aquel método, y le mostró el libro.

Él sonrió nuevamente, diciéndole: “Eres una niña inteligente; te daré este libro de ‘explicaciones prácticas’ y tú, en estos dos o tres días, lo repasarás, estudiándolo a fondo”.

Se sintió muy feliz porque en esos días habría podido asistir y escuchar las enseñanzas del sacerdote.

Se preparaba para la primera comunión con gran recogimiento, haciendo la novena en honor a la Bienaventurada Virgen y a San Luis, y asistiendo cada día a la misa. En la víspera, para no distraerse, no quiso cenar con los familiares, sino que solamente pidió un huevo que comió en su habitación. Aquella tarde permaneció por largo tiempo recogida en oración.

(ms, pp. 32-35)

EL DÍA TAN ESPERADO

Y llegó, para ella, el día más grande y más feliz, el 8 de septiembre¹², día de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María, el de su primera comunión.

Por la mañana, después de haber rezado, sus hermanas se preocuparon de vestirla, pero ella no estaba para nada interesada, sino que quería irse lo más pronto posible a la iglesia; esto es tan cierto, que ni siquiera se miró al espejo a pesar de haber sido preparada delante de un espejo. Antes de salir, volvió atrás para tomar un pañuelo y, por casualidad, su mirada recayó en el espejo; se quedó atónita al ver la propia figura como la de un ángel: con el velo y la guirnalda sobre la cabeza, el vestido de tul blanco transparente, punteado de estrellas bajo el cual traslucía la túnica azul, como si el cielo trasluciese bajo aquel tul blanco lleno de estrellas. Ella, desde siempre, tenía predilección por el azul y el blanco. El primero porque simbolizaba el cielo, mientras que el segundo era el símbolo místico de la castidad.

No obstante, María no sabía que habría tenido aquel vestido de esos colores. Se ve que Jesús, ese día, había querido contentarla también en estas pequeñas cosas...

En la muñeca tenía un brazaletes de oro (un don para la confirmación); en el cuello una cadenita de oro y a los costados una cinta celeste.

Vienen a la memoria las palabras del profeta, con las que el Señor presenta el alma adornada de gracia santificante y de virtudes, y, al mismo tiempo, habla a esta alma a través del profeta Ezequiel: “Te puse vestidos recamados; te adorné con joyas, puse brazaletes en tus muñecas y un collar a tu cuello. Te hiciste cada día más hermosa y llegaste al esplendor de una reina. Tu belleza era perfecta gracias al esplendor de que yo te había revestido. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Hice alianza contigo y tú fuiste mía”.

Antes de ir a la iglesia, María fue donde su querido papá y donde su mamá para tener de ellos el perdón y la bendición. Arrodillándose ante su padre, le pidió que la perdonara, pero él, conmovido y con voz insegura, le dijo: “María, hija mía, tú nunca me has afligido; ¡siempre me has obedecido!”. La bendijo y, levantándola, con lágrimas en los ojos, la besó.

La acompañaron a la iglesia donde, arrodillándose en su banco, recitó una breve y contrita oración; quiso una vez más reconciliarse y volvió a su puesto. Mientras atravesaba la iglesia oyó exclamaciones, tales como: “¡Qué bonita es!”. Pero permaneció indiferente como si la cosa no le concerniese. Se admiró solamente de su estupor, dando gracias al Señor por haberle ahorrado ciertas ilusiones. Desde el momento en que se arrodilló en su puesto no oyó y no puso atención a nada de lo que acontecía a su alrede-

¹² El año 1905.

dor. En el recogimiento y en la contrición se preparó para recibir a Aquel que con vivo deseo anhelaba su alma. Invocó la ayuda de los ángeles y de la Bienaventurada Virgen para que ella, con sus manos, le presentase a su amado Hijo.

Después de la comunión, en el divino abrazo, aprisionada por la emoción amorosa, vertió sus primeras lágrimas de amor –de amor divino– manifestando a Jesús sus dulces sentimientos. Y se extasió y llenó tanto de felicidad en Él que no oía ni veía nada de lo que acontecía a su alrededor; sólo percibió la frase de una mamá que le decía a su hija que había comulgado y que se encontraba detrás de ella, que rezara seis *Padrenuestros*. Y la voz de aquella mamá le pareció dura, material, algo que en nada se podía comparar con el estado de beatitud de que gozaba su alma: era como golpear objetos rotos uno contra otro, en comparación con dulces y misteriosas melodías celestiales; como comparar la oscuridad terrenal con los rayos del sol; aún más, compararlo con la luz paradisíaca. Es algo que no se puede describir: ¡solamente el alma que la experimenta conoce la diferencia incomparable que hay entre una voz humana y aquella divina! Permaneció largo tiempo sumergida en Dios; no se dio cuenta de que todo había terminado y que los que habían hecho la primera comunión y la gente habían salido de la iglesia. Cuando volvió en sí, se dio cuenta que se había quedado sola. Vio que ya no había nadie y que el sacristán ya estaba volviendo a poner en orden la iglesia. Entonces se retiró al fondo de la iglesia, en la pequeña banca de la familia, para terminar sus oraciones. De qué hablase a Jesús no se conservó un recuerdo preciso, sino solamente que le había hablado de su amor, de haberle ofrecido su corazón y prometido vivir para Él. Se grabaron en su mente sólo las primeras palabras que le dijo: “¡Salve, deseado de mi corazón!”.

Desde aquel día crecía y ardía en ella cada vez más la llama de amor por Jesús. Leía de buena gana la vida de los santos. De una manera particular, le entusiasmaban las palabras de Jesús contenidas en el evangelio. En su habitación había hecho un pequeño altar donde se reunían también los demás miembros de la familia para el rosario y las novenas. Aquí rezaba las oraciones vespertinas. Sobre el altar había colocado un cuadro con la imagen del Sagrado Corazón, tomado de la habitación de su mamá, ante el cual, ya antes de los diez años, dirigía a Jesús las oraciones y expresaba los propios sentimientos de amor por Él, rogándole que la ayudara a entrar en el colegio. Después, a menudo invocaba el auxilio divino con ánimo ardiente: “¡No permitas que nunca te ofenda, más bien tóname contigo!”.

(ms, pp. 35-40)

UNA ENFERMEDAD MORTAL

1906. Era el primer viernes de marzo¹³. Aquel día, después de la comunión, se entretuvo un tiempo más largo en la iglesia para orar. De improviso advirtió un cierto malestar físico. De regreso a casa encontró a su madre un poco agitada debido al mucho trabajo. Para calmarla y consolarla, dijo: “¡Mamá, ahora yo me encargo de todo!”, y fue a limpiar incluso su gran habitación. Para terminar luego, empleó mucha energía y se cansó, lo que más tarde le desencadenó la enfermedad cuyos síntomas había advertido. Por modestia, no reveló a su madre su estado físico; cuando su mamá se dio cuenta ya estaba en peligro.

María recuerda solamente que había gozado de una paz infinita en el espíritu. Experimentaba un fuerte amor por Jesús y deseaba ir donde Él, para poder hacerle compañía en el cielo y alabarlo junto con las demás vírgenes.

¹³ Se trataba del día 2 de marzo.

Dado que en casa se hospedaba, en aquel período, un predicador cuaresmal, el padre franciscano Tanasie Vezić, cuando tenía un poco de tiempo libre se turnaba con la madre y las hermanas que la cuidaban ininterrumpidamente. Él, sentado cerca de su cama, rezaba, y una vez, secándole una lágrima, le preguntó en qué estaba pensando. María, entonces, le contó su deseo de ingresar en un convento, mientras estaba muriendo sin ni siquiera haber tenido la fortuna de ver uno.

Se pensaba que estuviese por morir, al punto que llamaron también a Don Jerko para confesarla por última vez. Era la víspera de la fiesta de San José. Se confesó. Pero a distancia de una quincena de días desde la última confesión, no tenía de qué acusarse, salvo de haber sido un poco impaciente.

Los médicos acudían incluso cinco veces al día. Visto que el corazón ya comenzaba a ceder y la muerte se avecinaba, como último intento le pusieron tres inyecciones que, en vez de aliviarla, le provocaron hinchazones y dolores atroces. Sentía que el corazón le estallaba en el pecho, pero no quiso despertar a su mamá, que estaba de guardia esa noche, sino que poco a poco tomó del velador el frasquito con agua de Lourdes que Don Jerko le había dado. Puso un poco sobre los labios y sobre las hinchazones; después de eso se sintió mejor y se durmió.

A la mañana siguiente, temprano, llegaron los dos médicos creyendo encontrarla muerta. En cambio ella, sonriendo, les hizo señas de que estaba bien. Entonces, entre ellos se pusieron a decir: “¡Mira qué buen efecto le hizo la inyección que le aconsejé!”; y el otro: “¡No fue la tuya, sino la mía!”.

No sabían que sus inyecciones no habían funcionado para nada, hasta que la madre les refirió todas las dificultades de la noche.

La intercesión de la Bienaventurada Virgen María le había ayudado y, después de veintidós días, la enfermedad cesó.

(ms, pp. 40-42)

INCLINACIÓN A LA VIDA SOLITARIA

Ya desde cuando había cumplido los diez años, María no se interesaba más ni por los juegos ni por las compañeras. Era muy pensativa y, con tristeza en el corazón, se preguntaba el por qué de tanta miseria en el mundo. Leía la Pasión de Jesús. Después, a la edad de doce años, se volvió cada vez más propensa a la soledad; pero en aquella soledad no se sentía sola, porque sus pensamientos giraban siempre en torno al convento y a Dios. A menudo, para no hacerse notar por su mamá, se acurrucaba detrás de la cortina de la ventana y allí leía la Pasión de Jesús.

Los domingos, cuando su mamá acompañaba a sus hermanas de paseo, pedía y obtenía quedarse en casa con su hermanita Milka de dos o tres años. Después de los catorce años, comenzó a buscar aún más la soledad para poder leer en paz los libros espirituales que le daba Don Jerko, y los buenos libros de literatura que le proporcionaban las hermanas.

Sus hermanas y hermanos, al ver su comportamiento un poco extraño, retirado, hacían de todo para distraerla, pero a pesar de todo, María no cambiaba su conducta; al revés, se aislaba cada vez más.

De pronto descubrió dentro de sí el germen de la vanidad y del egoísmo. En la edad de la adolescencia, de los once a los catorce años, le gustaba mucho peinarse y vestir bien, pero se trataba de una vanidad pueril, no para agrandar a los demás. Usaba su cuerpo como si fuese una muñeca para ver y escoger lo que le quedaba mejor. Y su hermana la urgía a vestirse según las costumbres y el grado que correspondía a su fami-

lia. Este apremio era para María una especie de tortura y a menudo encontraba la manera de escapar a ciertas pretensiones.

(ms, pp. 43-44)

CON SU HERMANO IVÁN SE DIRIGE A BABINA

Tenía trece años cuando un día, con su hermano Iván, fue a Babina a lomo de mula. Se pusieron en camino por la mañana muy temprano, en el momento en que los primeros rayos caían y doraban el plateado rocío posado sobre las hojas. María observaba atónita aquel espectáculo: esas delicadas gotas parecían brillantes que ondeaban con la caricia del viento. Pensaba que le habría disgustado si el viento las hubiese hecho caer a tierra: se habrían mezclado con el fango y después serían absorbidas. Pero si hubieran tenido la fortuna de permanecer en las hojas, el sol las habría atraído, transportándolas a las alturas para hundirlas en el sol y desde lo alto, puras como el aire, habrían podido observar el cielo y la tierra.

En aquel momento le pareció que alguien le estuviera haciendo entender que también su vida habría podido orientarse en ese sentido. Entonces, dijo a su hermano: “Ivo, ¡mira esas gotas de rocío en las hojas! ¡Con ellas comparo mi vida! ¡Sí, mi vida se parece a ellas! Si el viento sacudiese las hojas del Espíritu, podría caer por tierra y le faltaría ese maravilloso brillo de la candidez; la vida espiritual se rompería sobre el terreno. En cambio, si permanezco firme en mi puesto, puedo ser atraída por el sol de la caridad divina, me sumergiría en Él y en Él viviría por la eternidad”.

En aquel instante le pareció oír un susurro: “Así es tu vida; tu ala pura brilla bajo el rayo del sol de la gracia divina”.

Siempre en Babina hizo largos y silenciosos paseos con Iván a la orilla del mar; en aquellas ocasiones, una vez llegados fuera del valle, a los pies de la colina, decía al hermano: “Ahora nos separamos; tú vas a aquella parte de la cima de la colina y yo a la otra”.

Su hermano la contentaba y la dejaba sola. Ella aprovechaba para sumergirse en los propios pensamientos, para observar el cielo y el mar, para contemplar a Dios al que anhelaba.

Una vez, volviendo a casa, su hermano le dijo: “Sabes María, estoy contento contigo, pero me temo que terminarás en un convento”.

(ms, pp. 44-45)

SANTA ROSA DE LIMA, SU PROTECTORA Y AMIGA ESPIRITUAL

Tenía trece años cuando sintió la necesidad de encontrar a alguien que le resolviera algunos interrogantes de carácter espiritual y hallar alguna alma que pensase como ella y tuviese sus mismos sentimientos. ¡Pero no encontró a nadie!

Mas un día, mientras ponía en orden la habitación de los Padres que se hospedaban en casa, halló sobre la mesa una breve biografía de Santa Rosa de Lima. Se puso a leerla de inmediato. Una gran alegría y emoción la invadieron al descubrir en aquella santa una virgen cuyos pensamientos eran similares a los suyos y que amaba a Aquel que también ella amaba; que tenía los mismos sentimientos que llenaban su espíritu. En ese mismo momento se arrodilló en medio de la habitación, alzó los brazos al cielo, aclamando a la querida santa como su propia amiga, mientras en su interior sintió su presencia. Comenzó a dialogar con ella, confiándole el propio dolor de no poder ingresar en un convento y servir libremente a Jesús.

Al salir de aquella habitación experimentó mucha felicidad por haber encontrado a una amiga espiritual. Desde entonces amó de una manera especial a Santa Rosa de Lima y llevó su imagen siempre consigo.

A la edad de catorce o quince años, tuvo en sus manos un libro con el título *Esposa de Jesús*, en donde encontró 52 biografías de Santas, con orientaciones sobre cómo amar a Jesús. Después recibió un libro intitulado *Cómo querer a Jesús*. La lectura de estos libros tuvo un eco profundo en su espíritu, enamorada como estaba de Jesús.

(ms, p. 46)

CAPÍTULO III

HACIA LA REALIZACIÓN DE SU VOCACIÓN

DEVOCIÓN A LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Desde la infancia siempre había nutrido una devoción especial a la Bienaventurada Virgen María. Ya a los diez años se escondía a menudo en el dormitorio de su mamá, cerrando puertas y ventanas para no ser vista.

Se arrojaba a los pies de la imagen del Corazón de María, que estaba en aquella habitación, y manifestaba los propios sentimientos de amor a la Virgen Inmaculada.

La Madre celestial parecía mirarla amorosamente desde aquella imagen, mientras María contemplaba su santa dulzura y majestuosa dignidad. Admiraba su santidad, la mansedumbre, el amor por Jesús, y la Bienaventurada Virgen le indicaba su Corazón Inmaculado.

María, en esos momentos, llena de emoción y de amor, derramaba lágrimas que le caían por las mejillas y rezaba a la Santísima Virgen para que su corazón llegase a ser similar a su Corazón, para que pudiese seguirla.

Con frecuencia hacía novenas en honor de la Bienaventurada Virgen de Pompeya. En estas ocasiones, tomaba el cuadro del muro, lo besaba cálidamente bañándolo con lágrimas; rezaba para obtener la gracia de poder ir al colegio y al convento. Con particular devoción expresaba las alabanzas, recitando, llena de entusiasmo, las letanías marianas. En cada invocación y alabanza contemplaba la majestuosa grandeza y santidad de la Bienaventurada Virgen.

(ms, pp. 47-48)

HIJA DE MARÍA

1906. El 8 de septiembre, día de la Natividad de la Santísima Virgen María, con ocasión de la visita pastoral del obispo, entró a formar parte de las Hijas de María; recibió la cinta con la medalla de la Virgen de manos de Mons. José Marčelić.

Ese día María fue escogida para hacer el discurso sobre la fundación de esta piadosa congregación y de pronunciar, ella primero, el acto de consagración ante el obispo y ante todo el coro celestial.

Fue también escogida como secretaria de la asociación, ya que se la consideraba demasiado joven para ser presidenta. De todas maneras tuvo de inmediato un papel de primer plano, naturalmente bajo la guía de las hermanas y del director mismo de la asociación, Don Pedro Franulović.

Fue elegida presidenta el 9 de diciembre de 1909. En aquel período, la asociación creció mucho, hasta alcanzar un número elevado de jóvenes inscritas, más de trescientas. Probablemente estas jóvenes, la mayoría campesinas, al ver a la cabeza de la organización a la hija de una de las primeras familias del pueblo, se consideraban honradas de formar parte de ella.

Mantuvo el encargo durante diez años, hablando a toda la asamblea. Pero, francamente eran demasiadas. La sala del edificio de Bruk no era suficiente para acogerlas a todas. Fue necesario dividir las en dos grupos: las más jóvenes se llamaron “aspirantes”,

mientras que las mayores se llamaron “Hijas de María”. Se encontró otra sala en el edificio Kaštropil y, durante un período, en la casa Santa Vicenta.

Como presidenta dirigió esta asociación durante diez años, y no solamente esta, sino también otras asociaciones católicas, hasta el año 1919, cuando el Señor le confió otros deberes, para su gloria y para la salvación de las almas.

(ms, pp. 48-49)

CONOCIMIENTO DEL OBISPO, MONS. MARČELIĆ

Era el año 1905 ó 1906, cuando el obispo Mons. José Marčelić visitó la escuela de las Siervas de la Caridad, donde María estaba haciendo un bordado de seda sobre un telar.

Él se detuvo a observarla. Quiso ver todo el diseño y le pidió levantar las hojas de papel con que estaba cubierta la parte ya bordada. Se quedó tan asombrado que antes de irse quiso saludarla. Amablemente le puso la mano sobre la cabeza, alzó los ojos al cielo y la bendijo.

Tal vez las religiosas o el párroco, Don Pedro, o bien algún otro, le habían hablado de ella, porque desde entonces el obispo comenzó a interesarse por ella. Le envió un rosario blanco y le mandaba saludos cada vez que algún sacerdote venía de Dubrovnik. Ella, muchas veces, se había preguntado extrañada cómo era que un obispo le mandaba saludos a una joven desconocida. Y pensaba que se equivocaban y que los saludos debían ser para su madre, que hospedaba en casa a los Padres y sacerdotes.

Con ocasión de la visita canónica a Blato, en 1906, María confesó al obispo su propio deseo de ingresar en un convento y de consagrar su vida a Dios.

Más tarde, hacia los quince o dieciséis años, cuando, en nombre de la asociación de las Hijas de María, comenzó ocasionalmente a escribir y enviar saludos al obispo, él aprovechó la ocasión para escribirle cartas con consejos de guía espiritual. Justamente en esa época, cuando tenía dieciséis años, le escribió ordenándole tener un diario espiritual, es decir, anotar diariamente todo lo que le sucedía, lo que hacía, lo que experimentaba y lo que pensaba.

Se acordaba bien de aquella carta: estaba escrita en una gran hoja de protocolo, llena con tres planas. La había leído cerca de la puerta del primer piso, donde estaba yendo a amasar el pan. Y se había preguntado de qué manera habría podido escribir lo que se le pedía. ¡No tenía idea!

(ms, pp. 49-51)

LA LLAMADA

Ya a la edad de diez años había comenzado a experimentar cada vez más fuertemente el sentimiento de amor hacia el Señor Jesucristo. Las palabras del evangelio la entusiasmaban, por eso seguía con mucha atención la lectura del evangelio en la iglesia, según las enseñanzas de su mamá, la que, después, en casa, a menudo interrogaba a los hijos sobre el evangelio del domingo.

No sólo, sino que en casa, el domingo durante el almuerzo, se leía y después se discutía y se explicaba un pasaje del evangelio.

María seguía estas lecturas con especial atención y su espíritu dispuesto al amor por Jesús, absorbía sus palabras. Meditaba de una manera especial sobre el discurso de las bienaventuranzas. Las palabras de Jesús a María, hermana de Lázaro –“Una sola cosa es necesaria. María ha escogido la parte mejor”–, se habían impreso en el fondo de su corazón. Sobre este pasaje del evangelio la había interrogado Don Pedro, en la escue-

la dominical, el 21 de noviembre, cuando tenía doce años.. Era la festividad de la Virgen de la Salud, o mejor, de la Presentación de María en el Templo. El Reverendo le había preguntado: “Dime, Mariita, ¿qué evangelio se leyó hoy?”. Y el pasaje había sido justamente el de Marta y María.

Su vocación, no obstante, se consolidó sobre todo con las palabras que Jesús dijo al joven: “Si quieres ser perfecto, va, vende todo lo que tienes, deja todo, reniégate a ti mismo, luego ven y sígueme”. Esta frase resonaba continuamente en sus oídos; particularmente a los catorce años había entendido y oído dentro de sí que aquellas palabras Jesús las dirigía directamente a ella de una manera afectuosa.

Observaba a sus hermanas amadas por sus propios maridos y su vida cómoda. Veía a las compañeras galantear. Se daba cuenta de cuanto bienestar se gozaba en su propia casa. Gozaba del afecto de sus hermanos, del amor especial de su papá. Un joven pretendiente se había presentado con cartas de petición de matrimonio, declarando que la habría esperado hasta que cumpliera la edad justa, aunque hubiera tenido que esperar diez años: su amor por ella era tan ardiente que la habría llevado en las palmas de sus manos como una reliquia.

Todas estas cartas, sin embargo, terminaban de inmediato en el fuego. Todas aquellas adulaciones no tocaban su corazón; al contrario, las despreciaba como si hubieran sido escritas a una persona desconocida e indiferente. A esa edad comprendió bien el mundo que se le presentaba delante.

La voz y la dulzura de Jesús, en cambio, la entusiasmaban cada vez más. Su voz le llegaba de un modo misterioso a sus oídos. “Si quieres, deja todo, ven y sígueme”. En la expresión “si quieres”, percibía el ofrecimiento de amor de parte de Jesús; entendía que Jesús la pedía como esposa, pero, al mismo tiempo, entendía ser libre para escoger consagrarse a Él para siempre o no. Justamente esta amable libertad fue lo que le permitió decidir por su propia voluntad y donarse con amor a Él. Sí, esta condición fue la que tocó y atrajo totalmente su corazón hacia Él. Y Él la conquistó; la embelesó desde la Cruz: Sus llagas la obtuvieron como esposa.

(ms, pp. 52-54)

EL VOTO PERPETUO DE AMOR

“Oh Señor, eterno amor mío, ¿cómo puedo atreverme a escribir sobre aquella santa hora de beatitud que he experimentado? Mi mano y mi espíritu tiemblan, mis ojos están llenos de lágrimas. Amor Eterno, ¡perdóname! Estoy consciente de no ser digna de decir ni siquiera una palabra a este respecto, ¡mi alma fue unida a ti para siempre!

Este conocimiento me entusiasmaba desde siempre. Aún más me exaltaba pensar en aquel día en me prometí a Ti. Tuya para siempre. Sí, cada vez este pensamiento me emociona y entusiasma. ¡Oh, cuán pequeños son el corazón y la mente humana para sostenerlo! Mucho menos la mano o la pluma pueden describirlo. Solo el alma que vive la experiencia de unión contigo, oh Amor santo, lo siente dentro de sí. Pero ahora, ayúdame, oh Señor mío!”.

Era el 21 de noviembre de 1906. Después que el Señor Jesucristo había conquistado completamente el corazón y el alma de María, a las palabras “si quieres”, oídas en el santo momento de unión con Él, en la santa comunión, respondió: “quiero”, consagrándose totalmente y para siempre al Señor su Dios. Esto aconteció el mismo día de la festividad de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María, día en que la primera virgen se presentó en el templo ofreciéndose al Señor. También María se ofreció al Señor haciendo el voto perpetuo de amor y de virginidad.

Así, María llegó a ser suya para siempre, según las palabras del profeta Ezequiel: “Hice alianza contigo y tú fuiste mía”, dice el Señor. Mientras el profeta Oseas se expresa así: “Te desposaré para siempre”.

Cuando María hizo el voto perpetuo de virginidad, en realidad no sabía en qué consistiese ni qué cosa fuese la virginidad en sí misma, porque a esa edad era del todo inocente. Pensaba que la virginidad significase amar y querer bien; es decir, que dos personas se casan para vivir juntas queriéndose bien. Después el Señor da como don los hijos para criarlos. Desde este punto de vista, ella, con el voto, había decidido no escoger a ningún pretendiente, por eso en aquella consagración a Él, le había dicho: “Te escojo solamente a Ti como mi esposo; te amaré solamente a Ti”. Y le rogaba que le permitiera trabajar por su amor.

En aquel momento fue transportada en espíritu a diversos países lejanos donde hablaba a la gente de Jesús y de su amor por nosotros.

Ahora vemos cómo el Señor escuchó su deseo porque hoy, por medio de sus hijas espirituales, que el Señor le ha dado, ella actúa en diversas partes del mundo.

“Oh Señor, ¿cómo agradecerte por todo esto? Mi alma te alaba y te bendice por todos los inmensos beneficios hechos a esta indigna alma. ¡A ti gloria y alabanza por los siglos!”.

Desde ese día, después de la promesa perpetua, María tuvo conciencia de pertenecer para siempre al Señor, al que se había consagrado prometiendo su propio amor solamente a Él. Desde entonces su espíritu, más que nunca, comenzó a experimentar como en éxtasis algo mucho más profundo que el simple sentimiento de amor de esposa hacia Cristo. Experimentaba el entusiasmo del amor también por el Padre celestial y por el Espíritu Santo; casi cada día recibía la santa comunión. Habitualmente iba a la iglesia al alba para asistir a la primera misa de la mañana, o bien, en invierno, en la oscuridad de la noche se levantaba sin hacer ruido y, con paso ligero, salía de casa para no ser oída por los familiares que todavía dormían. No veía la hora de llegar donde Jesús. En la iglesia en penumbra se sumergía en oración expresándole su amor. Y cuando recibía la santa comunión que la unía al que tanto deseaba, se extasiaba en Él. Tan fuerte era el sentimiento de amor del que desbordaba su corazón, que le parecía que le iba a estallar en el pecho. Entonces ella, apretándose el corazón, decía a Jesús: “¡Basta, basta, oh Jesús!”. Detente; de otra manera mi corazón va a estallar. Jesús, detente, si no la gente se va a dar cuenta, porque no logro sofocar la llama”.

Temía, en efecto, que le sucediese algo delante de la gente, por eso iba a arrodillarse en los lugares más escondidos. Comúnmente se arrodillaba cerca del altar de la Santa Cruz, o bien detrás a algún banco o columna. Algunas veces, para no dejarse ver por la gente, se colocaba en un escaño casi en la oscuridad con el rostro cubierto con las manos. De esta manera le parecía estar sola.

Muchas veces, no pudiendo esconderse se sintió en apuros porque la gente fijaba sus ojos en ella, como una vez, en Navidad, cuando dijo a Jesús: “¡Ay de mí, Jesús mío, la gente me observa!”. Cuando se encontraba en el banco familiar con su hermana Jákica y su mamá, trataba de escurrirse, escondiéndose detrás de una columna, o bien detrás de otras mujeres, para poder hablar muy secreta y confidencialmente con el Señor que la extasiaba y, en aquel éxtasis, las lágrimas corrían por sus mejillas. Pero, ¿por qué llorar de amor? Por el anhelo y la emoción de encontrarse ante Él para contemplarlo.

¿Pero qué corazón no se conmovería ante Aquel al cual se entusiasman los cielos y la tierra, los ángeles y los santos?

También ella, al contemplar su amor por nosotros, su pasión, su divinidad oculta en el Santísimo Sacramento, y pensando cuán poco los hombres lo aman y alaban, trataba de esconder a los ojos de los demás el propio dolor y las lágrimas derramadas por tanta emoción.

Desde el día en que se consagró a Dios, renovó cotidianamente su promesa de amor a su Señor, su voto de amor eterno.

Se acordaba de algunos episodios vividos después de la comunión. Mientras recibía a Jesús experimentaba una fuerte y viva sensación de su presencia, tanto que apelaba a todas sus energías físicas y espirituales para adorarlo.

Cuando estaba llena de amor ferviente por Él, le ofrecía todas sus facultades, las del alma y las del cuerpo, diciéndole: “Jesús; te ofrezco mi corazón para que te ame solamente a ti, Amor mío. ¡A ti, solamente a ti lo he ofrecido, a ti para siempre! Te ofrezco mis pensamientos y mi cerebro para que piense sólo en ti y en todo te contemple a ti. Te ofrezco mi lengua para que sólo de ti hable, te dé gracias y te alabe. Te ofrezco mis manos, para que trabajen sólo para ti; tómalas a tu servicio. Te ofrezco mis pies para que sólo caminen a tu encuentro y por ti viajen. Toma mi libertad, mi voluntad, mis deseos; te entrego todo: dirige tú mismo mi alma y mi vida. Soy toda tuya”.

En aquellos momentos le parecía estar inmersa en la divinidad de Cristo.

Si alguna vez tardaba en volver a casa, sus familiares la regañaban porque comulgaba todos los días; después, al ver que María no les escuchaba y se aislaba aún más, la reprendían, buscando en todos los modos disuadirla de esta costumbre, pero no lo lograron. Su madre, especialmente, la reprochaba por su comunión diaria, llamándola idiota. Quería disuadirla de esta costumbre a cualquier precio, sirviéndose también de otras personas. Daba a entender que mientras en la mañana se hacía en casa el trabajo más grande, ella tranquilamente se iba a la iglesia. Entonces María, con tal de hacerla callar, estaba dispuesta a hacer todas las labores posibles, trabajando por tres, como decían; pero no había nada que hacer. Era el temor de que María se fuese al convento lo que la hacía actuar así, porque, en efecto, estaba proyectando, a espaldas de su hija, el matrimonio con uno de los más ricos pretendientes que la había pedido en matrimonio.

Se acordaba de ataques y reproches colectivos de parte de los familiares: le decían que ya no tendría más permiso para ir todos los días a la iglesia a comulgar.

En aquellas ocasiones, María callaba. Pero cuando volvía de la iglesia se apresuraba a ordenar las habitaciones. Cerrando la puerta, con el corazón lleno de angustia porque se la quería alejar de Él, tomaba su imagen y con cálidas lágrimas la besaba, desahogando su amor desconsolado, y le decía: “¡Oh Jesús mío, sin ti no existo!. Jesús, ¡aléjame de esta casa; llévame donde nadie me encuentre, o bien llévame de esta tierra, llévame contigo!”.

Así, una vez, después de haber regresado de la iglesia, estaba haciendo las camas junto con su hermana Jakica. Esta la reprochaba porque había ido a la iglesia, mientras que en casa había tanto que hacer. María le había respondido: “Pero tú, ¿sabes lo que le dijo Jesús a Marta que se lamentaba de María? ‘Una sola cosa es necesaria; ¡María ha escogido la parte mejor, y nadie se la quitará!’”.

La hermana la miró sorprendida, aunque sin entender lo que María había querido decirle con esas palabras. Después, alguno de sus conocidos le había lanzado irónicamente la frase: “¡María ha escogido la parte mejor!”, tal vez porque Jakica había contado el hecho o tal vez ellos mismos no entendían.

Cada vez que María se quedaba sola o cuando caminaba por lugares solitarios, de inmediato acostumbraba elevarse y unirse a Jesús, manifestándole sus propios sentimientos de amor. Aprovechaba estas ocasiones porque tenía que esconderse de los familiares para no inquietarlos. Pero una vez le sucedió que mientras caminaba por los corredores (comúnmente, al saberse sola, hablaba con Jesús), levantó la cabeza, los ojos y los brazos hacia el cielo, exclamando: “¡Oh Amor inmenso, mi alma te es fiel!”, y estando en aquel momento casi en éxtasis, no se dio cuenta que su mamá estaba ahí.

María se disgustó mucho, porque se había sentido descubierta en algo íntimo.

Por eso buscaba en todos los modos permanecer sola o ir a algún lugar para desahogar su amor por Jesús. Cuando los suyos debían ir de paseo o a las reuniones, se ofrecía de inmediato para quedarse en casa. Después de hacer todos los quehaceres, se arrodillaba ante la imagen de Jesús. Estos eran, para ella, momentos paradisíacos.

¿Quién puede describir los diálogos de su alma con Jesús?, ¿su amor?, ¿sus gritos de auxilio para que la llevase lejos, donde poder estar sola con Él? O bien, irse a algún remoto convento de clausura, donde se habría retirado cambiando nombre y apellido para que nadie más la encontrase.

¡Con cuánto ardor y con cuántas lágrimas se dirigía en aquellos momentos a la Bienaventurada Virgen María para que la escuchase!

Por las tardes, cuando los suyos se acostaban, o bien, por las noches, mientras todos dormían, tenía todo el tiempo para ella. Entonces, sin ser estorbada, podía entregarse al amor, a Jesús, a la meditación. Habitualmente, después de cena, una vez que todo estaba en orden, los suyos se quedaban un poco juntos, quien para conversar, quien para leer y quien para trabajar. María, en cambio, deseaba a todos las buenas noches, retirándose en su propia habitación. Pensaban, tal vez, que fuese a dormir, pero ella, en realidad, no pensaba en el sueño sino en apartarse en privado con su Amado Divino.

Una vez, en su casa se encontró el Padre Vice Bodlović, quien había entendido bien la situación y, a la pregunta de los suyos sobre por qué María se iba a acostar tan pronto, él primero le había lanzado una mirada interrogadora y después, sonriendo, había respondido: “Pero ella no se va a dormir”. Habiendo intuido su pensamiento, María lo interrumpió en el acto. Y él, algunos días después, le había susurrado al oído: “María, ¡tú serás una segunda Catalina de Siena!”.

María lo había mirado y se había preguntado si él conocía su deseo de ingresar en un convento para servir a Jesús, pero no le dijo nada; ocultaba todo en su corazón, como le había hecho notar el obispo en una carta: “La Bienaventurada Virgen conservaba todas estas cosas en su corazón”.

Cuando se acercaba la hora en que todos se iban a dormir, debiendo pasar delante de su habitación, para que no se dieran cuenta de que aún no se había acostado, rápidamente, con los vestidos puestos, se metía debajo de las cubiertas hasta que todos se retiraban; después, lentamente se levantaba para continuar la oración, el coloquio con Jesús y la lectura de libros espirituales.

(ms, pp. 54-63)

LA VOZ DE JESÚS DESDE LA CRUZ

Tenía quince años. Una noche, mientras todos dormían, alrededor de la medianoche se verificó un acontecimiento importante en su vida, verdadera causa de tanto entusiasmo, pero también de dolor, porque pensó no haber correspondido en aquella circunstancia al amor de Jesús.

Ella misma cuenta: “Si sólo pienso en aquel acontecimiento los ojos se me llenan de lágrimas por la beatitud provocada en aquel momento. Mientras escribo, la mano

me tiembla porque no puede y no sabe describirlo. Las palabras humanas no son capaces. El Señor mismo me ayude, y su gracia quiere que yo hable de esto, aunque consciente de no ser digna, y que eso no sea para mi mayor condenación; en tal caso, oh Señor, oh Misericordia, no permitas que lo escriba, o bien, Señor, ¡amablemente perdóname!

Era una noche silenciosa; todos dormían, mientras yo, arrodillada cerca de mi velador, rezaba teniendo en las manos el crucifijo. Contemplaba el sacrificio y el dolor de Jesús en la cruz, como el inocente que sufre especialmente a causa de la indiferencia, de la ingratitud y de los pecados de los hombres, que no comprenden su amor. En ese momento, mi alma, a causa de todo ello, junto con Jesús padecía y, en el dolor, las lágrimas silenciosamente surcaban mi rostro. De improviso, Jesús se me apareció lleno de un indescriptible amor, mientras que en ese mismo momento oí una voz desde la cruz que traspasó mi espíritu y me embelesó toda la vida. Nunca más pude olvidarla.

Jesús habló a mi alma desde la cruz y dijo: ‘¡Ámame, hija!’.

¿Quién podría describir tales paradisíacas y misteriosas palabras de aquel momento? Palabras que penetraron en mi espíritu y recorrieron todos mis sentidos, que al instante se inflamaron; el corazón comenzó a latir más fuerte como si quisiese rebasar los límites. Ante mis ojos llenos de lágrimas como un arrollo, en todo mi alrededor brilló una luz rojiza, una fuerza de amor divino se apoderó dulcemente de mi alma y, tremulante en el corazón y en los labios, respondí: ‘Sí, lo quiero. Te amaré, oh Amor del paraíso. ¡Solamente a ti amaré con todo el corazón y con todas las fuerzas de mi espíritu y de mi cuerpo! ¡Te amo, te amo, Amor mío!’”.

Y María continuó manifestando en el amor los gritos de su alma.

He aquí, pues, el secreto por el que siempre lloraba, porque pensaba no haber correspondido al amor por Jesús y no haberle sido fiel como hubiera debido ser.

“¡Oh Rey y Juez mío, tú sabes que a pesar de todo yo te he amado y siempre he deseado amarte solamente a ti. Desgraciadamente, la debilidad del corazón humano sale a la superficie. Perdóname, perdóname, oh único amor mío; perdona a esta miserable criatura; no me castigues quitándome aquel poco de amor, ya que del más grande no es digna y mi corazón no resistiría. Pero si Tú, por tu gracia y misericordia, quisieras concedérmela en mayor medida, oh, sí, para mí sería el paraíso, aunque el corazón debiese romperse, aunque me encontrase en medio del fuego!

¡Oh Jesús mío, haz de mí lo que quieras; redúceme en pedazos, castígame incluso con las penas eternas si tu justicia lo exige; pero una sola cosa te pido: no me prives de tu amor, oh Jesús. No me prives del amor; déjame el amor que hará que yo sufra, estando cerca de ti, oh Vida y entusiasmo de mi alma, oh vida de esta indigna alma!”.

(ms, pp. 64-66)

UNA VISIÓN

Sus familiares cuentan que María, incluso en la mesa, estaba frecuentemente como ausente. Ella misma se acordaba de una tarde, cuando tenía catorce años, mientras estaba con los suyos en la mesa. Pensaba en el que iba a recibir en la mañana siguiente en la santa comunión mientras se iba a unir a Él. En ese momento fue presa de la exaltación: no logrando permanecer en la mesa, salió a la terraza. Era una noche límpida. Las estrellas brillaban en el cielo.

María levantó los ojos y los brazos hacia el cielo, invocando al cielo mismo que le ayudara a prepararse para la santa comunión. Pensaba en el hecho que el mismo Om-

nipotente, que había creado un universo tan inmenso y las estrellas, habría descendido a ella a la mañana siguiente. De repente vio el cielo abrirse y en el cielo a una inmensa luz brillante, y en medio de aquella luz apareció una innumerable fila de santas vírgenes, vestidas con resplandecientes hábitos blancos. Sus cuerpos y los vestidos que las envolvían eran transparentes como la luz misma en la que se encontraban. Estaban alineadas en un círculo de varios planos: ella podía observar solamente una mitad de aquel círculo. Circundaban el trono de Dios y estaban inclinadas con el rostro vuelto hacia María, en dirección a la tierra, y la saludaban amablemente con las manos, haciéndole señas de llamarla y esperarla. Ella, con los brazos abiertos, rogaba, a su vez, que la tomaran y la llevaran con ellas a Jesús.

María nunca supo explicar si se trató de una verdadera visión o de alguna otra cosa. De todas maneras, esta visión se imprimió en su alma. Y cuando, tiempo después, vio un cuadro, se acordó que se asemejaba mucho a aquella visión.

“¡Oh amor del paraíso, yo te amo!”.

(ms, pp. 66-68)

DESEO DE SOLEDAD

María tuvo que reprimir mucho su entusiasmo y su ardor de amor por Jesús, por miedo a ser observada por los demás, en particular por sus familiares, por eso siempre andaba en busca de ocasiones para estar sola, para dar rienda suelta a su amor por Dios, que tanto más la inflamaba cuanto más debía esconderlo.

De los 14 a los 17 años iba habitualmente fuera del pueblo con su hermanito Miljenko, que entonces tenía entre cuatro y siete años. Él no la distraía ni de sus pensamientos ni de la lectura. Si, en cambio, salía con su hermana Jakica, programaban de inmediato lo que harían durante el paseo: rezar el rosario, leer un libro espiritual y estudiar una lección de italiano. Así, una vez, mientras paseaba con su hermana, dos jóvenes pidieron permiso para acompañarlas. Uno de ellos era el pretendiente de su hermana, su actual marido, mientras que el otro era un primo lejano que quería casarse con María, pero nunca se atrevió a hablarle directamente de ello.

María les hizo ver que ya tenían un programa al que atenerse durante el paseo, porque en casa les esperaba un trabajo bien diferente. Les dijo: “Debemos rezar el rosario, hacer la lectura espiritual y estudiar la lección de italiano. Si quieren rezar con nosotras, quédense; de lo contrario, nada de conversaciones”.

A este punto, los dos jóvenes preguntaron a María el motivo de su modo de vivir tan retirado. Ella no respondió directamente, pero mientras iban de camino les habló de Dios y del convento con tanto entusiasmo que ellos exclamaron: “¡Ah, si fuera tan bonito, también nosotros nos iríamos a un convento, pero a nuestro parecer, un convento así no existe, a menos que tú fundes uno!”.

Desde entonces, nunca más se atrevieron a acercarse a María ni durante los paseos ni en otras circunstancias, porque María evitaba incluso a las amigas y a las primas para poder estar más tiempo en compañía de Dios, su Único Amor.

(ms, pp. 68-69)

LAS VACACIONES EN BABINA

María fue durante varios años a Babina, permaneciendo allí un par de meses, mayormente para poder aislarse y comulgar con el Señor. Iba de buena gana también dos o tres veces al año cuando tenía trece años hasta cuando cumplió los veintisiete, cuando entró al convento.

Las primeras veces fue con su padre. Él, comúnmente llevaba consigo a María por la que sentía un particular afecto. Durante el viaje su padre estaba callado porque rezaba el rosario, así no interfería en los pensamientos de María. También durante la permanencia en Babina, habitualmente era silencioso; pero a veces le leía algo a María, mientras ella se le sentaba a su lado y hacía labores de punto.

En Babina fue donde, por la primera vez, pudo ver u observar de cerca la gran bondad y piedad de su padre para con las pobres familias del lugar, que justamente él con su difunto tío Don Marcos habían instalado allí, construyéndoles pequeñas casas. Apenas llegaba, lo primero que hacía era enviar a cada familia, a través de María, alguna ayuda. Pero María pensaba que fuese justo preparar primero el almuerzo a su padre y después pensar en aquella gente. En cambio su papá pensaba primero en los pobres.

Cada día reunía a todos los niños y les distribuía galletas. Al atardecer, desde el balcón de la casa, llamaba a todos: “¡Oigan!, queridos amigos, vengan a rezar el rosario”. Y todos acudían, tanto que llenaban la casa. Él, con la corona en la mano, rezaba devotamente, luego se quedaba para conversar o enseñarles algo.

En esos momentos, María veía a su padre como Jesús cuando instruía en la mesa a los pobres pescadores. La segunda y tercera vez que estuvieron en Babina, cuando tenía 14 ó 15 años, en el momento de regresar a casa, María pidió a su padre que la dejara por algunos días más. Encontró excusas, tales como dejar la casa en orden, lavar la ropa, etc. Su padre la observaba maravillado y, aunque no permitiese nunca a los hijos quedarse solos en ese lugar, le había dado permiso, dejando de lado su habitual severidad.

María, al encontrarse sola, exultaba de gozo, tanto que no sabía, al principio, por dónde comenzar. Le parecía ser la patrona del cielo, del mar, del tiempo... pero sobre todo de poseer a su Amado. Desde la ventana, mirando al cielo, de inmediato le dirigió su súplica: “Ven; ahora nadie nos molestará; ven, oh Deseado de mi corazón, para que me entregue totalmente a ti; para que pueda hablarte tanto, porque me derrito de amor por ti; ¡no existo sin ti!”.

Y llena de felicidad entonaba un canto como cuando el esposo va en viaje de nupcias con su esposa.

Así, en los años siguientes siguió yendo a Babina, a veces con sus hermanos y hermanas, a veces con alguna joven designada por su familia, y a veces era contentísima de encontrarse sola durante semanas enteras, y sólo venía alguna jovencita para dormir.

(ms, pp. 69-71)

SU EMPEÑO POR LOS NIÑOS DE BABINA

Durante su estadía en Babina, todo el tiempo que le quedaba después de haber terminado los quehaceres de la casa, lo dedicaba a la oración, al coloquio con Dios, a la lectura espiritual y al estudio. Después, desde los 15 años, enseñó todos los días el catecismo a aquellos pobres niños; mientras que desde los 24 años les hacía clases de la escuela elemental. A los 25 años, preparó en un solo breve período de tiempo a tres cursos juntos, teniendo incluso de cuatro a cinco horas de clases al día. Generalmente había una veintena de niños desde los siete a los doce años.

Preparaba a esos niños también para la primera confesión y comunión. Esos pobrecillos, hasta 1915, nunca habían asistido a una misa excepto cuando, muy pequeños, sus padres los habían llevado a Blato para bautizarlos. Se maravillaban de todo, en particular de los libros, pero en poco tiempo, dos meses máximo, aprendían todo lo que comúnmente se estudiaba en tres o cuatro años en la escuela elemental. Hay que decir

que aquellos niños, hasta 1915, vivían en una degradación espiritual peor que los pequeños paganos de Africa.

Estos niños se quedaban muy sorprendidos al ver una estampa con la figura de Jesús, de que María les hablaba: era tanta su alegría que cualquiera, al verlos tan asombrados en torno a aquella estampa, se habría conmovido.

Y después que María (ellos la llamaban señorita María) permitió a uno de ellos, a petición propia, de llevarlo a su casa hasta la mañana siguiente para hacerle ver a sus propios padres, todos fueron juntos a su casita; después, al llegar la noche, cuando tuvieron que volver cada uno a su propia casa, miraron con tristeza hacia aquella casa afortunada donde ahora se encontraba la estampa que representaba al Niño Jesús. Al día siguiente, todos juntos, en procesión, acompañaron aquella sagrada imagen del Niño Jesús hasta la escuela. El afortunado muchacho que la llevaba, se comportó con tal dignidad que era como un sacerdote cuando llevaba el Santísimo Sacramento.

Luego, cuando María les contó que en Blato había una casa grande (iglesia) donde Jesús se encontraba verdaderamente vivo, tuvieron un gran deseo de ir.

María les explicó el por qué de la permanencia de Jesús en el Santísimo Sacramento: porque de otra manera la gente mortal no hubiera podido admirar directamente su Majestad y esplendor, así como no se puede mirar directamente con los propios ojos la inmensa luz del sol. Les contó cómo las filas invisibles de los ángeles lo adoraban y cantaban “¡Santo!”.

A estas palabras, los niños se mostraron dispuestos a ir silenciosamente a adorar a Jesús presente en la iglesia. En efecto, cuando María llevó a doce de ellos para la primera comunión y confesión parecían otros tantos ángeles llenos de devoción. Esto es tan cierto que, apenas hubo terminado la liturgia durante la cual se acercaron con la máxima devoción y recogimiento a la eucaristía, el párroco, Don Pedro Franulović, llamó a María a la sacristía y le dijo que, según él, la cosa mejor era que llevara de inmediato a esos niños a Babina para que no se distrajeran junto con los demás, que no se habían comportado de manera ejemplar en la iglesia. Así, ella, después de almuerzo, volvió a acompañar a los niños de Prigradica a Babina en una barca.

María les había enseñado también que Dios se encuentra en todo lugar, tanto en el bosque como en el campo; que Él constantemente nos observa y nos escucha.

Las mamás de esos muchachos se conmovían al ver rezar a sus propios hijos cuando creían que nadie los veía. Una de ellas contaba: “He visto al pequeño Donko, de diez años, en el pastizal, arrodillarse con los ojos y los brazos levantados hacia el cielo y rezar: ‘¡Oh Dios mío!, la señorita María me ha dicho que tú eres omnipresente, que nos ves y nos escuchas; ¡mírame también a mí y escucha lo que te pido!’”.

Otra mamá había escuchado a su hijo rezar de la misma manera, siempre vuelto hacia el cielo: “¡Oh Dios mío, que estás en el cielo y en todo lugar, si yo pudiera verte!”.

Y otra, habiendo oído a su hijo hablar en la cocina, y no viendo a nadie, aguzó el oído y lo escuchó decir, arrodillado detrás de la puerta: “¡Oh Dios mío, haz que algún fraile me acepte en su convento para instruirme un poco y poder servirte, porque quiero ser fraile!”.

Estos niños tenían cada día una tarea, es decir, debían escribir en ambos lados de la pequeña pizarra sus pensamientos. Recordaba María: “¡Oh, si hubiese podido copiar y conservar todo lo que expresaban aquellas almas inocentes y no corrompidas!”.

Después, cuando los más grandes, de tercer año escolar, habían aprendido a escribir bien, les distribuía hojas de papel y cuadernos. Así, había conservado una carta escrita por el pequeño Jure, quien deseaba ser sacerdote y este deseo lo expresaba en

forma de tarea, diciendo que estaba triste porque había oído decir que la señorita María quería retirarse en un convento, por eso también él quería ir.

(ms, pp. 71-75)

LA VIDA ESPIRITUAL EN LA SOLEDAD

He aquí cómo distribuía su jornada cuando se encontraba sola en Babina y en Brna: en verano, habitualmente y muy de mañana, lo primero que hacía era ir a pasear en el bosque. Si había alguien, simulando un paseo, se apresuraba en llegar a un lugar que ella conocía, sabiendo que no sería vista. Allí, maravillada, con su mirada abarcaba y admiraba en un instante el universo entero, cielo y mar, como si todo estuviera encerrado dentro de su alma para alabar y glorificar a su Creador. Con el rostro en tierra, se inclinaba para saludar y adorar al Omnipotente y manifestaba sus propios sentimientos de amor y de alabanza.

En vista de que en aquel lugar, un poco distante y abandonado, no había ni una iglesia ni nunca una misa, ella, en aquel bosque, espiritualmente ofrecía al Omnipotente no una sino todas las misas que en ese momento se estarían celebrando en la tierra. Habitualmente colocaba ante sí una imagen de Jesús o una cruz, apoyándola en la roca, mientras que el bosque mismo, con sus pinos y flores servían de marco a aquel altar. El sol de la mañana, con sus rayos dorados, iluminaba los árboles y flores como si fuesen candelas, en lugar del órgano estaban los pájaros con sus cantos. Y su alma, como por encanto, repetía los versos del poeta: “Mi templo es aquella maravillosa bóveda celestial; los montes y las llanuras son mi altar...”. ¡Quién podría describir tal oración y ofrecimiento espiritual...! La mano no es capaz.

Ella, en espíritu, se presentaba así ante el Omnipotente, respetuosa y contrita, se postraba con el rostro en tierra y mientras recitaba “Yo confieso...”, con lágrimas de arrepentimiento y de dolor, imploraba largamente: “¡Señor, ten piedad!”, pidiendo al Señor el perdón para sí misma y para la humanidad ingrata; tan abundantes eran sus lágrimas que regaban el terreno; alternaba su postración en tierra con el hecho de dirigirse hacia el cielo con ojos llenos de lágrimas; imploraba al Padre celestial: “¡Piedad, Señor, ten piedad!”.

Aquel “Yo confieso” y el “Señor, ten piedad”, duraba al menos un cuarto de hora.

El “Gloria” y el “Credo”, en medio de aquella naturaleza maravillosa, le levantaban el alma hacia el trono de Dios y en su gloria se extasiaba; en particular, con las palabras: “Te damos gracias por tu inmensa gloria...”, “Tú que estás sentado a la derecha del Padre...”, “Jesucristo, Rey de la gloria...”, “Sólo tú eres santo”, “Sólo tú Señor, en la gloria de Dios Padre...”.

Después, el “Credo” se transformaba en un éxtasis, porque su alma, con sólo pronunciar esas palabras, ya contemplaba al Padre todopoderoso. ¿Y cómo expresar lo que experimentaba cuando decía: “en Jesucristo”? Bastaba pronunciar aquel santo nombre y su alma caía en éxtasis; y, en ese éxtasis besaba su imagen; o bien, en signo de profunda gratitud de espíritu, se inclinaba a besar la tierra a la que ÉL, desde el seno del Padre, descendió y, en espíritu, le daba la bienvenida abrazándolo o besando sus santas manos, traspasadas por los clavos. “Por nuestra causa fue crucificado”. Al solo pensamiento de esta verdad, los ojos se le llenaban de cálidas lágrimas; el corazón le latía en el pecho con tal fuerza que le parecía iba a explotar de dolor. Mientras que cuando pensaba en el “Subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre”, su alma se consolaba con la plenitud de la beatitud en Él.

Luego, en cuanto al ofertorio, María ofrecía todas las misas celebradas en aquel momento en el mundo entero, ofreciéndolas al Padre celestial por el perdón de los pecados propios y de todo el mundo.

Al “Santo,...” junto con toda la naturaleza, exclamaba: “Santo,... el cielo y la tierra están llenos de tu gloria...”.

A la elevación se inclinaba profundamente ante el Señor, que en ese momento descendía realmente del cielo en la santa hostia, para ser alimento de los hombres. Adoraba a la Víctima sacratísima, Cristo crucificado en la cruz, su sacratísima, dulcísima sangre, ofreciéndola al Padre celestial por los pecados del mundo.

Al “Padre nuestro, que estás en el cielo”, su espíritu se elevaba hasta el Padre celestial, deteniéndose por largo rato en este pensamiento.

“Santificado sea tu Nombre...”, “Venga a nosotros tu Reino...”; en éxtasis, por largo tiempo repetía estas palabras y oraba.

En fin, pensando en el momento de la comunión, los ojos se le llenaban de lágrimas y ¿quién podría describir con qué deseo y con cuánto entusiasmo su alma lo invocaba y se unía a Él en espíritu? Habitualmente se quedaba en el bosque en oración durante unas dos horas. Si acaso no podía ir, lo hacía en su habitación. Luego, si estaba sola, preparaba y tomaba un café, arreglaba la casa, y después, muy contenta, se ubicaba cerca de la ventana, desde la que se veía el mar y el horizonte, y leía libros espirituales o estudiaba hasta las 10,30 hrs. Desde esa hora hasta mediodía hacía clases escolares y de catecismo a los niños apenas llegaban de sus pastoreos.

Casi lo mismo ocurría por la tarde hasta la noche. Si no la acompañaba alguna joven, en una media hora se preparaba el almuerzo, mientras que para la cena, las vecinas de casa le llevaban verdura cocida. Antes del caer de la tarde daba otro paseo por la orilla del mar, leyendo o meditando cosas espirituales. Si estaban sus hermanos o hermanas, apartándose un poco, caminaba sola. Al regreso, junto con los habitantes de Babina, recitaba el rosario. Comúnmente se reunían unas treinta personas, a las que María leía algún ejemplo o alguna enseñanza. En cambio los domingos, venían hacia las 10,00 hrs., y, después del rosario, explicaba el evangelio.

Siempre en Babina escribió el diario que le había ordenado el obispo, bajo la forma de contemplación y de diálogo del alma con Dios, con el Amado de su alma. Ese escrito se asemeja bien poco a un diario. Algunas veces escribía durante dos horas seguidas sin detenerse. De su corazón se deslizaban palabras de amor hacia Dios. Aquí se cumplió el salmo 44: “Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey; mi lengua es ágil pluma de escribano”.

Este escribir era, por lo demás, como un “poema de amor de un alma” expuesta en una prosa sencilla, segura de que nadie lo habría de leer.

Este diario, en verdad, estaba escrito exclusivamente para su Rey, según el mismo salmo: “Mis obras son para el rey”.

“Qué diferente, qué bello y cuánto más fácil es escribir cuando se sabe que lo que escribes lo verá solamente el Señor, ante quien todo es abierto y conocido. Al contrario, si se sabe que alguien lo leerá, uno está como impedido y se le dificulta mucho escribir. Pero yo he rogado al Señor para que, en su bondad, haga en modo que también este escrito desaparezca o sea quemado antes que alguien pueda leerlo, o al menos lo lea solamente quien debe; pero estoy convencida de que también esa persona, después de haberlo leído, dirá que no sirve para nada”.

Cuando María regresó de Babina a Blato, tomó ese cuaderno –tal vez eran dos–, y por miedo de que cayese en manos ajenas, y convencida de haber cumplido al menos

en parte la orden del obispo que le había dicho de escribir, pero sin precisar si debía conservarlo, lo tomó y, con cierta devoción, lo quemó.

“Creo que fue en 1913, a la edad de 20 años, cuando quería entrar en un convento de clausura; en caso de que no lo lograra, entonces me habría escapado al desierto”.

Arrodillada, lo quemó todo, pidiendo al Señor que aceptara aquellas manifestaciones y aspiraciones como incienso en su presencia.

En aquel período, siempre con la idea de irse a un convento de clausura donde presentarse como sirvienta, en el anonimato, o bien retirarse al desierto sin dejar rastros de sí, no salvó ni siquiera las santas cartas escritas por el obispo. Las tomó y, junto con los otros escritos, las quemó. Esto se repitió en 1917, también otra vez, encontrándose en peligro de muerte por la epidemia de “española” de 1918.

Este es su recuerdo: “Esta pobre alma lo quemó todo; escapaba, lloraba, deseaba huir del mundo y esconderse para estar sola con su propia miseria y tristeza a causa de los pecados propios y del mundo; deseaba estar escondida para poder libremente manifestar su propio amor y dialogar con su Dios al que anhelaba. Desgraciadamente, las cosas ocurrieron de una manera diversa. Pero, consciente de no ser digna de una gracia semejante, es decir, de vivir escondida en algún lugar y de estar a solas con Jesús, aceptó sumisamente esa situación. De una gracia semejante pueden ser dignas aquellas santas almas en las que el Señor se complace porque encuentra en ellas consuelo; pero no esta miserable que tanto la ofendió. Y ahora, como una exiliada en este valle de lágrimas, cada día gime en busca de un poco de soledad para llorar y dolerse porque peca, en vez de ser una consolación para su Señor crucificado.

Ahora, mientras me visto en la mañana, ya sé que me distraigo en las múltiples labores obligatorias y de responsabilidad; en particular, la responsabilidad de las almas que se me han confiado; sé que aquel día debo permanecer sobre el escenario de la vida cotidiana hacia adonde todos fijan su mirada.

En estos momentos vuelve a aflorar el antiguo deseo de ser una anónima sirvienta en un convento de clausura; me imagino a mí misma en un rincón atenta a lavar platos, en el puesto de una sierva. No sé si esto es solamente una fijación mía, o bien la tentación que se burla de mí. O bien, ahora me doy cuenta de que el Señor tiene en cuenta mi deseo y amablemente accederá. Tal vez tomará en consideración este deseo de ser su sierva incógnita, según sus planes; porque a sus ojos nuestros deseos se convierten en hechos. Así, yo me imagino a mí misma como una sierva escondida en Él.

Perdóname, Señor, este análisis mío, porque no soy digna de nombrarte. Perdona, como se perdona al niño que balbucea lo que se le viene a la cabeza; perdona, como se perdona a quien ha perdido su tesoro y no hace otra cosa que pensar en ello y lamentarse”.

(ms, pp. 75-83)

LAS PRUEBAS Y TENTACIONES DEL MUNDO

El Señor sapientísimo ha permitido que esta pobre alma fuese probada de varias maneras.

De los quince a los veintiún años, María sufrió mucho por la incomprensión de sus padres que le impedían entrar en un convento. En particular, su madre llegó incluso a perseguirla a causa de su rechazo de tantas excelentes propuestas de matrimonio. En efecto, en aquel lapso de tiempo, unos nueve serios y ricos pretendientes la pidieron en matrimonio. A siete de estos pretendientes no fue difícil rechazarlos, ya que nunca se habían atrevido a declararse personalmente; le enviaban cartas de amor en forma de

poemas, llenos de seductoras promesas de placer; en caso de rechazo, no habría habido vida para ellos, decían.

María echaba las cartas al fuego porque no sabía si había que responder aun en caso de rechazo. Pero una vez, cuando recibió una de esas cartas estaba presente su hermano Iván. Este intuyó de qué se trataba, y cuando ella estaba por echarla al fuego, le tomó la mano impidiéndoselo. Y le dijo que su comportamiento era equivocado: aunque no aceptara, tenía el deber de responder y agradecer.

Ella, dócilmente, obedeció: respondió a ese y a otros fuera del pueblo, diciendo que habían llegado tarde, ¡porque ya se había comprometido! (Naturalmente quería decir, sin especificarlo, que se había comprometido con Jesús). A los del lugar, en cambio, escribió que no tenía intención de casarse.

Un día, uno de los pretendientes —un médico— fue a su casa, pero María no quiso ni siquiera entrar en el salón donde su madre lo había hecho sentar. Entonces él, saliendo, vio a María que preparaba la mesa para la cena; le pidió permiso para saludarla, preguntándole si había esperanza de un encuentro entre ellos. Ella respondió que no, y agregó: “En caso que, como médico, me tuviera que encontrar en un hospital como enfermera, ¡finja no conocerme!”. El joven tal vez creyó que era una broma y se fue muy triste.

Algunos se sirvieron incluso de la intervención del obispo para que los recomendara y dijese alguna palabra para convencerla, seguros de que ella, como persona devota, habría escuchado el consejo del obispo. Más tarde, el obispo le contó cómo les había respondido: “¡Dejen en paz a esa joven!”.

Y otro se había dirigido al párroco, Don Pedro Franulović. Este, al no estar en conocimiento de su firme propósito de consagrarse a Dios, le hizo saber de la petición del sujeto. María no pensaba que el párroco pudiese hacerse intérprete de la intención del joven y con firmeza le rogó que no volviera a hablarle de esas cosas y de hacer saber a los eventuales pretendientes que no quería saber nada de eso.

De esta manera fue fácil cortar con los siete; pero con otros dos fue duro, bastante duro. La pobre María tuvo que sufrir un buen poco y llorar amargamente: esas peticiones le obstaculizaban el camino hacia el convento. En efecto, muchos se habían interpuesto, a comenzar por su madre, y luego sus cuñados, tutores, etc.; todos hacían lo posible para convencerla, para confundirle las ideas, para tenderle una trampa. La pobrecita, en estas condiciones, era como un pajarillo perseguido; lloraba y gemía amargamente por el hecho de que no la dejaban en paz, para emprender libremente el vuelo hacia el cielo, bajo las nubes, en la alta montaña, donde, en la quietud, habría podido cantar su himno de amor a Dios, su verdadero amor. Ellos, en cambio, querían atarla para siempre con promesas de falsas abundancias y placeres.

Sin más, uno de estos últimos pretendientes, para obtener su consentimiento, se apresuró a construir una casa nueva, y todos le hacían notar la belleza de aquella casa, pero ella respondía con indiferencia: “¡Qué me importa!”.

Y no terminó allí; el sujeto tenía dos hermanos bastante ricos y sin hijos; por eso, sirviéndose siempre de su madre, le prometieron dejar todo en herencia a ella, que incluso habría podido escoger la ciudad donde vivir.

Su madre le suplicaba que no tirara por la ventana la posibilidad de ser rica y feliz con aquel buen joven. Pero visto que María no la escuchaba, comenzó a reprenderla, hablando incluso contra su vocación y la vida monástica. Todo esto era difícil de soportar para María, porque le hería el corazón. Una vez, no pudiendo ya soportar el regaño de su madre, le dijo: “Y bien; si ese sujeto es tan bueno, adóptenlo ustedes y quédense con él; déjenme a mí ir por mi camino, porque de esta manera no obtendrán nada; me quitan la vida: ¡así no puedo vivir!”.

La joven comenzó a adelgazar y decaer. Algunos se preguntaban qué le había pasado. ¡Tal vez estaba muy enamorada! Otros, en cambio, decían: “¡No, no es eso; es porque no la dejan irse al convento y la pobrecita se consume!”.

Entonces, los hermanos y los cuñados hicieron lo posible para demostrarle su afecto: quisieron hacerla viajar para que se distrajera y se despertara en ella algún interés por la vida mundana.

Una tarde, después de cena, María se retiró a su habitación mientras que todos se quedaron para discutir sobre lo que había que hacer para distraerla, sobre cómo deberían comportarse ante ella: tal vez estar dispuestos a acceder a su deseo de irse al convento; y concluyeron que, en general, las cosas prohibidas que más se quieren si no se prohíben interesan menos. Una sirvienta, presente en esta conversación, contó todo después a María, la que se convenció de que fuese el mismo Señor en hacerle saber estas cosas por medio de aquella sirvienta, para que supiese a qué atenerse. La sirvienta le dijo que aquella tarde todos habían llorado por el hecho que María seguramente se iría al convento.

A la mañana siguiente, cuando volvió a casa después de la comunión, encontró a su hermana Jakica en lágrimas; ya no lograba tener la cosa escondida. A la pregunta de María sobre lo que le ocurría, le confesó haber sabido que se iría al convento. María la consoló diciéndole que dejara de lado el tema, y la tranquilizó.

Después se encontró con su hermano Iván. Lo vio triste. Le dijo que no se casaría y que juntos habrían podido vivir trabajando por la humanidad. Le decía que habría hecho de ella la “Reina de Italia”, prometiéndole una vida como verdadera reina; que habría construido colegios para instruir a los niños huérfanos, porque él conocía bien el ferviente pensamiento que ella nutría por los huérfanos. Él, en verdad, quería mucho a María y ella le correspondía, porque también él era desprendido de las vanidades de este mundo y pensaba más bien en cómo contribuir a la instrucción y necesidades de la gente pobre.

María sintió lo difícil que es contradecir y entristecer a quien se quiere mucho.

Su hermano Frano y su hermana Jakica, en tanto, quisieron llevarla consigo en un viaje. María no sabía el motivo de dicho viaje, pero no se sorprendió, ya que tenían permiso para un viaje al año. Habitualmente María aprovechaba esta ocasión para detenerse en algún convento; pero esta vez era con compañía, por eso se hospedaron en el hotel Trokoli, en Split. Sin que sospechase que todo estaba bien organizado para distraerla del pensamiento del convento y para convencerla de ir donde V., cuyos hermanos querían hacerle ver sus riquezas. Cuando, en el hotel, estaba sentada a la mesa junto con su hermano y su hermana, he aquí que se presentó V. Creyó que se tratase de una casualidad y nada más. Todos le prestaban atención, pero ella, inmersa en sus propios pensamientos, no sospechaba de sus intenciones; pidió, entonces, volver a casa, cuando de improviso llegó de Sinj un automóvil enviado por el hermano de V. para recogerlos. De inmediato se rebeló, pero no pudo escapar y tuvo que ir con ellos porque le dieron a entender que el hermano de aquel señor se habría sentido ofendido si hubiese rechazado la invitación después que había enviado el vehículo desde tan lejos.

A María no le agradó que V. viajase con ellos en el mismo vehículo, y al oído le preguntó a su hermano el motivo. Le respondió: “En el fondo, el automóvil es de su hermano y él viene con nosotros para hacerle una visita”. Cuando llegaron a casa de aquel señor, fueron acogidos con mucha cortesía. Todos, atareados, prestaban mucha atención a María, mientras que ella pensaba dentro de sí que tal vez no sabían que había rechazado al hermano, o bien el hecho de que no les interesaba más.

En tanto, prepararon la carroza para un paseo. María estaba convencida de que irían todos juntos; en cambio, cuál no fue su sorpresa al ver que los demás se quedaban y, cuando les dijo que subieran, respondieron con una sonrisa, diciendo al cochero que partiera. A este punto, María se dio cuenta que se encontraba sola con V.; atemorizada, preguntó a dónde se dirigían. Él la tranquilizó diciéndole que iban a visitar la hacienda del hermano. Durante el trayecto le mostraba todo, pero ella no prestaba ninguna atención, no vio nada; le parecía encontrarse en exilio, en un lugar extraño. Miraba hacia el cielo pensando en Aquel al que anhelaba su alma. El sujeto se dio cuenta de su desinterés y trató de implicarla mostrándole los prados y las colinas del hermano, las casas, los caballos, como queriendo decirle: mira, todo esto será tuyo; basta que quieras. Pero a María no le interesaba nada; se acordaba solamente de los numerosos y bellísimos caballos que había (tal vez porque le agradaba montar a caballo para un paseo o para ir a Babina. Tenían una yegua blanca que le obedecía y entendía sus órdenes).

Al regreso todos le preguntaron si le había gustado lo que había visto, y ella respondió: “Sí, solamente los caballos”. Se sorprendieron mucho al constatar que nada había alegrado su corazón, por eso, a la mañana siguiente (o dos días después), con su hermano y su hermana, regresaron a casa.

Pero las pruebas, a causa del pretendiente, el tal V., aún no habían terminado cuando se le presentó otro, un cierto T., sobrino del marido de su hermana Kata.

María creía que habría sido fácil rechazarlo, como había hecho con los demás, pero no fue así. Tuvo que luchar contra su cuñado, su hermana Kata y contra todos sus parientes.

Cuando vino a casa de su madre para pedirla como esposa, María sonrió mostrándose indiferente, como si el hecho no le concerniese. Dios hizo que, al verla, no tuviera la valentía de pronunciar una sola palabra, como él mismo lo contó después a sus familiares. Volvió una segunda y una tercera vez, y cada vez sucedió lo mismo: al verla, sacudido por una fuerte emoción, no lograba hablarle, mientras que ella, con desenvoltura, lo saludaba preguntándole por su tía Kata, le enviaba saludos y, rápidamente se despedía con la excusa de tener que hacer. Él, pobrecito, se quedaba con la boca abierta y se iba triste.

María creía que así lo había liquidado, pero el padre de T. y su hermana Kata no cesaban de pedirle que fuera a acompañar a su hermana, que se había enfermado a causa de su negativa a casarse con aquel sobrino de su marido. Ambos, es decir, su hermana y su marido, no tenían hijos y tenían la intención de dejar todos sus bienes a María, con la condición que se casara con su sobrino.

María insistió ante su madre para que enviara en su lugar a su hermano Iván; la madre así lo hizo, pero ellos enviaron de vuelta al hermano, haciendo saber que querían solamente a María y a nadie más. Iván contó cómo el padre de aquel joven, que estaba enfermo, decía: “¡Envíenme a ese ángel, a esa amable paloma blanca para que yo pueda verla y escuchar su voz!”.

Así, por las súplicas de su hermana y de su mamá, tuvo que ir. A su llegada, todos gentilmente se prodigaban a su alrededor, en particular el cuñado. Todos rivalizaban en demostrarle su afecto. Incluso en la mesa le dieron el puesto de honor, pero ella no puso atención; se sentía una extraña.

Se sirvieron incluso de una señora de Korčula para que tratara de conquistar a María como fuese y hacer que se enamorara de aquel joven. María, a su vez, no entendía la razón de la presencia en casa de aquella señora; no sabía lo que quería de ella; pero se dio cuenta de las estupideces que hacía, poniéndola en apuros a cada instante. Creyó que era un poco boba y no prestó atención a sus intrigas. Se compadecía sola-

mente del padre del joven, que estaba enfermo, y cada cierto tiempo, cuando él se lo pedía, le leía algo y lo dejaba bastante contento.

María no se interesaba por nada; deseaba y pedía ir de cuando en cuando sola o con una joven a dar un paseo hasta el cementerio, pero su hermana y aquella señora no le permitían ir sola, sino en su compañía. Igualmente María se apartaba de ellas yendo algún paso más adelante, teniendo de la mano a la pequeña Ivica, de solo cinco o seis años. Se sumergía en sus pensamientos ya que sus conversaciones la aburrían.

Una vez, durante un paseo, María se alejó un poco de ellas; cansada, se sentó sobre una piedra, mientras una zarza y los árboles la ocultaban de su vista. En un cierto momento escuchó a esa señora decirle a su hermana Kata: “Yo, por mi parte, he hecho lo posible por hacer que se enamore de él; pero ella hace como que no entiende y no se muestre interesada; ¡o tal vez, no quiere entender!”. Así María comprendió las intenciones de aquella señora y de inmediato experimentó por ella un poco de antipatía.

La joven rogó de corazón al Señor que la liberara y la apartara de esta situación. Y rápidamente volvió a casa. La volvieron a llamar una vez más, pero ella no quiso ir. Pero ellos encontraron otro camino. Se apoyaron en la enfermedad de su hermana Kata, que estaba muy mal; presa de la tristeza se había dejado llevar por una fijación, por eso todos lloraban y rogaban a María que fuera al menos por un poco de tiempo, ya que su hermana preguntaba solamente por ella. Esta fue y encontró a su hermana en un grave estado de depresión. Apretó fuertemente la mano de María, no la dejó, y por la tristeza que la oprimía, no logró hablarle. ¡Qué pena para María ver a su hermana en aquel estado y pensar que quizás era ella la verdadera causa de aquella enfermedad, por su negativa a casarse con su sobrino! Por eso se quedó con ella.

Su hermana no tenía hijos, por lo que estaba triste por su marido, que era bastante rico. Ella quería, en efecto, adoptar a aquel sobrino en caso de que se casara con María.

Ella intuyó el dolor del cuñado, quien, con miradas llenas de lágrimas, en silencio le suplicaba que tuviera piedad de su hermana y de él, y también de aquel Lázaro (el enfermo, el padre del pretendiente) que, en ese caso, habría tenido un último consuelo.

María, mirando a su alrededor, sufrió mucho pero logró sofocar el propio dolor; no pudo, como hubiera querido, volver rápidamente a casa, dejando sola a su hermana en esas condiciones. Por eso se preocupó de que su hermana recuperase la normalidad y juntas fueron a Brna, donde la hermana mejoró rápidamente, habiendo recuperado un poco de esperanza. Le mostraron todos los bienes que habrían sido suyos, todo arreglado a su gusto. Le hicieron ver hasta una bellísima habitación, lista para ella, con ángeles pintados en el cielo raso, porque sabían que le gustaban los ángeles. No faltaban los dulces de todo tipo y sabor; en la terraza con vista al mar, por la tarde se bebía cerveza comiendo salame y queso. El cuñado la acosaba a preguntas que acababan siempre con: “¿Te gusta? ¿Te encuentras bien aquí?”.

Fueron pruebas tremendas; nada atraía su espíritu, pero no podía expresarlo exteriormente y decir con decisión a la hermana que no pensara en ello de ninguna manera; temía darle un feo golpe.

Algunas veces, muy de mañana iba a pasear por el bosque para confiar sus penas al Señor. Pensaban que lo hiciera por razones de salud o por el puro placer de pasear de madrugada y gozar del perfume del bosque y del canto melodioso de los pájaros, por eso no la molestaban. Ella, en cambio, se postraba en tierra y con cálidas lágrimas invocaba al Señor para que tuviese piedad de ella y la liberara de esa situación. Incluso de noche, cuando los demás dormían, se levantaba para invocar al Señor que la liberara de aquella casa y del mundo.

Y encontró una manera de volver finalmente a casa.

Transcurrido un poco de tiempo, vino de nuevo su cuñado decidido a pedirla en matrimonio para su sobrino. Aquel día María estaba sola en casa. A la hora del almuerzo, el cuñado temeroso y conmovido, teniéndola por la mano, comenzó a hablarle: “Querida María, he venido en nombre de T., que se deshace por ti, a pedirte como su esposa; él, por intermedio mío, te hace saber que no está interesado en la riqueza, ni la tuya ni la mía, sino solamente en ti; se declara dispuesto a todo, hasta a mendigar un pedazo de pan por el mundo; ya nada le interesa, y esto es tan cierto que no tiene intención de casarse con ninguna otra, a menos que se vea obligado por nosotros; tan grande es su tristeza”. Después, llorando, continuó: “María, en tus manos está mi vida y la de tu hermana, que está obsesionada y afligida por tu causa. Mira; no tenemos hijos; ¡tú serías nuestra alegría y nuestra heredera!”. Y siguió hablándole hasta que, vencido por la emoción y las lágrimas, se detuvo.

María, que apreciaba a su cuñado, al verlo tan estremecido vaciló en manifestarle su propio y decidido propósito, pero tenía miedo de decírselo de una sola vez, por eso le dijo mansamente: “Francisquito, estas son cosas serias; déjame un par de días para pensarlo; te daré mi respuesta por escrito”.

A este punto, ¿qué podía hacer, pobrecita? Ya estaba firme en su decisión; aún más, estaba ligada por el voto perpetuo y día tras día esperaba el mejor momento para irse a algún convento, pero al no ser mayor de edad, no podía hacerlo sin el permiso del tutor. Y, mira tú, los tutores eran justamente este cuñado y otro. Comprendió, pues, que éste podía vengarse negándole el permiso: si hasta ahora no le habían dado el permiso, cuántas trampas más grandes e impedimentos se podían prever en el futuro. Se hundió en una tristeza de ánimo y de corazón; se sintió sola, sin ninguna ayuda, como si también Jesús la hubiese abandonado.

Bajo el peso de tales pensamientos se apoyó en la pared. Se encontraba en el estudio de casa, adonde había ido a propósito para escribir aquella respuesta negativa, pero no sabía de qué manera expresarse. En ese estado de profunda aflicción, golpeaba la cabeza contra la muralla, deseando desaparecer en ese momento: no soportaba la idea de ser causa de ruina para la vida de otros. Estaba consciente de “tener” que dar una respuesta decisiva y, por consiguiente, la espada habría atravesado los corazones de sus seres queridos. Pero se sentó y escribió su respuesta: no tenía intención de casarse¹⁴.

Estas, para María, fueron pruebas bastante duras; otras más le esperaban.

(ms, pp. 83-99)

INOCENCIA Y PRUEBAS

María consideró haber recibido una gracia grande de la Providencia divina por el hecho de haberla conservado en la inocencia con respecto a la castidad; a tal punto que no sabía nada, ni siquiera de los naturales procesos de la procreación. Se informó de ello no antes de los 36 años por libros ilustrados que trataban de la salud. La misericordia divina permitió así que transcurriera su juventud en plena tranquilidad, en la pureza, como una niña ignorante de todo. Esto es tan cierto que ni siquiera la lectura de novelas influía negativamente en ella, ya que las cosas perversas no las conocía de ninguna manera.

¹⁴ “No sé sabe cuanto tiempo también el cuñado Francisco sufrió de depresión, enfermándose también del corazón; en el espacio de tres o cuatro años, murió a la edad de 45 años. Después también su hermana se enfermó. Durante ese tiempo María se encontraba en su nuevo convento. Se pusieron de acuerdo y llevaron a la hermana enferma donde ella. ¡Qué pena para María al verla! Pero, con la ayuda de Dios, la hermana se mejoró y se calmó. Siempre triste en su viudez, se sentía sola, pero menos cuando ocasionalmente transcurría algunas semanas con María en el convento. Le hizo de madrina en la vestición religiosa”.

La misericordia divina la preservó también de la más mínima influencia de las personas del otro sexo, de cualquier edad, hombre o mujer; ¡para ella era lo mismo! Pero, confiada, hablaba con todos como lo hace un niño.

Sólo cuando era mayor se dio cuenta de cuantos peligros había corrido, si el Señor no la hubiese protegido.

Una vez, a los 26 años, el Señor la protegió y la salvó de una manera evidente, si bien ella, entonces, no comprendió de qué la había salvado Dios. Sólo mucho más tarde, –¡a los 44 años! – fue consciente de lo malo que le habría podido ocurrir por culpa de su ignorancia y de la falta de información sobre el particular, y por culpa de su gran confianza en una cierta persona.

Algunas veces, en cambio, experimentó algo, pero sin entender el sentido, y no tuvo tentaciones carnales hasta los 35 años. Pero desde los 35 años, el Señor permitió algunas dificultades, algunas agitaciones, sin que ningún deseo pecaminoso mellara su espíritu.

Dos veces, sin embargo, en su vida, el Señor permitió pruebas sentimentales, por las que lloró mucho ante el Señor. El Señor mismo la consoló y la abrazó junto a su Corazón, pero ella nunca dejó de llorar, pensando en su propio pecado y en la infidelidad con que lo había ofendido.

La primera aflicción inconsolable en absoluto, el primer dolor, lo experimentó a los 17 años después de un sueño, al que atribuyó un verdadero sentido de ofensa y de infidelidad al Señor. Creía que no había sido decidida, más bien indecisa, por respeto humano, en rechazar a la persona que, en el sueño, la había besado. A causa de este sueño nunca dejó de llorar ante el Señor; como también por su otra infantil inclinación afectuosa hacia un anciano religioso en quien veía a un verdadero padre.

El Señor, sin embargo, quiso que esa persona tuviera una cierta prudencia con María... en suma, le era antipática, por eso en cada trabajo por la Congregación, regularmente, con palabras, la despreciaba. Ella, a este propósito, agradeció al Señor Dios por haberla escuchado en las múltiples plegarias con las que le pedía, si a causa de su fragilidad hubiese osado amar a alguna criatura de un amor particular, que la alejase inmediatamente de ella; o bien, que tal amada persona, en cambio de afecto, le reservase solamente persecuciones, antipatía y desprecio.

¡El Señor la escuchó! Pero ella, igualmente, lloró siempre por causa de aquel afecto particular, en verdad infantil, hacia aquella persona, por cuanto había ofendido al Corazón de Jesús. No obstante, María no manifestó nunca exteriormente su inclinación hacia aquella persona; y tampoco aquella persona nunca, en ninguna ocasión, le dio ni siquiera una estampa.

Otra vez, antes de que entrara en el convento, le sucedió una cosa parecida pero en sentido contrario, porque una persona se enamoró perdidamente de ella, lo que ella rechazó porque no buscaba el amor terreno sino sólo el exclusivamente espiritual. Dios mismo la salvó de aquella persona quien, sin embargo, quedó fuertemente golpeada; al ser rechazada, imaginó una venganza, una trampa, comenzando a perseguir a María, quien, contra la voluntad de dicha persona, había entrado al convento. Entonces, esa persona, un religioso, se puso a escribir y causó mucha molestia a la Congregación.

A causa de estos dos hechos, el Señor permitió que María, en los asuntos de la Congregación, tuviera que sufrir mayormente precisamente por culpa de estas dos personas.

María empleó todas sus fuerzas para sofocar desde el principio los sentimientos de amor, rogando con lágrimas a su Señor que perdonase a la pecadora.

(ms, pp. 99-104)

LA MUERTE DE SU PADRE

El 16 de abril de 1911 falleció Antonio, su amadísimo padre. A todos los hijos, pero especialmente a María, incluso después de su muerte, la memoria del padre quedó como algo sagrado. María veía en él a la criatura ideal; después de Jesús, lo amaba más que cualquiera otra cosa en el mundo.

Antonio estaba por morir cuando ella tenía 15 años. Sus hijos no lograban consolarse ni aceptar que su padre tuviese que morir y rezaron implorando al Señor que lo hiciera vivir otro poco. Él, moribundo, les consolaba y, llamándolos a su lado para bendecirlos, como el justo Jacob, les hizo las últimas admoniciones y recomendaciones. Sin embargo, el Señor escuchó sus oraciones y le dejó con vida.

Desde entonces, María lo atendió amorosamente. Aún más, su padre quería que fuese precisamente ella a atenderlo; la llamaba solamente a ella. Y cuando se encontraba en la escuela con las religiosas, esperaba hasta que volviera para que le prestara algún servicio. Los otros hijos se ofrecían de buena gana, lo que habría sido para ellos un placer, pero él esperaba a María, porque con ella se sentía más libre. Pese a que nunca era el primero en pedir, María lo conocía y, apenas él preguntaba dónde estaba, ella entendía que quería algo y corría donde él.

Ya de regreso de la escuela, le preguntaba: “Papá, ¿me buscaba?”.

“Sí, hija mía”.

“¿Necesita algo?”

“Sí, hija”.

“Diga, papá”.

“Quisiera irme a la cama”.

“Se la preparo...”.

“Si no te es difícil”.

Tenía una gran consideración y estima por sus propios hijos. Nunca les imponía algo como una orden, sino pidiendo. Nunca los reprendía gritando; bastaba una mirada. Todo esto influyó fuertemente en sus hijos. Por este motivo, cuando todavía era una niña –tenía cerca de 9 años–, una vez se dirigió a su hermana Kata y le preguntó: “¿Cómo es eso que cuando me equivoco, con una sola mirada de papá no puedo ni siquiera comer bien durante dos días seguidos; en cambio, si mamá me regaña no me aflige, sino que la cosa se me hace odiosa? ¿Cómo es eso?”¹⁵.

(ms, pp. 105-106)

AMOR POR LA POBREZA

Como se ha dicho, ya desde su más tierna infancia su espíritu sencillo estaba inclinado a la pobreza y a la sencillez. Cualquier persona pobre, cualquier niño pobre, era el más próximo, era “suyo” como un verdadero hermano, como un hijo de sus entrañas. Sus pensamientos eran mayormente para ellos. Lloraba al ver que nadie se ocupaba de ellos; lloraba al verlos sufrir tanto; lloraba al ver que eran tratados con injusticia. A menudo iba donde ellos y, después de la muerte de su amado padre, pensaba solamente en ellos; cada día visitaba a algunos de ellos llevando lo que podía en alimento y ayuda.

Al observar su miseria, su abandono, su ignorancia y sufrimiento, se apenaba muchísimo. Mientras le contaban su triste historia, su abandono, ella, sentada en un piso, o en la cabecera de su lecho de enfermos, se conmovía profundamente.

¹⁵ Siguen dos páginas en blanco (cf. ms, pp. 107-108).

Al ver sus pobres niños mal vestidos, sin educación, su corazón sufría, herido por sus miradas, como si fueran hijos suyos, que se presentaban a ella en su miseria y abandono.

Después, en casa, pensaba continuamente en ellos y en cómo podía ayudarlos. A veces, desde lo hondo de su espíritu lanzaba algún suspiro, o bien, cantaba: “Hijos míos, mis huerfanitos...”. Su hermano Iván, al oírla, le preguntaba: “¿Qué pensamientos son esos, María?”. Ella respondía: “¡Pienso en esos queridos niños huérfanos!”; pero el resto se lo escondía muy dentro, para no traicionarse y no afligirlo. En ese tiempo tenía 17 ó 18 años.

Al visitar a los pobres, trataba de ayudarlos de alguna manera; los consolaba en el Señor, diciéndoles que el Señor no los había abandonado, sino que se servía de su pobreza como un camino fácil de salvación. Como el pobre Lázaro que, de una manera serena había aceptado todo, incluyendo pobreza y dolores, para ser después elevado a la gloria del cielo, reposando en el seno de Dios; el rico, en cambio, perecerá en el fuego eterno.

Les hablaba de Lázaro y Tobías, con cuyo ejemplo soportar todavía este breve período de vida, con paciencia y confiando en la sabia voluntad de Dios; pensando en nuestro amabilísimo Salvador, por medio de cuya pasión, crucifixión y muerte en la cruz nos espera en el paraíso; por eso, con los propios sufrimientos podían demostrarle a Él su propio amor y el arrepentimiento por haberlo ofendido. Así los consolaba y ellos, contritos, soportaban la enfermedad y morían en paz.

Entre tantos ejemplos conmovedores, he aquí uno: un día, María supo de una joven enferma, casi moribunda, que no quería absolutamente oír hablar ni de sacerdotes ni de confesión. Todo lo que su madre le ofrecía, ella se lo tiraba a la cara. María comprendió que era un caso difícil: quien sabe qué tipo de sufrimientos ocasionaban un comportamiento semejante.

La joven, después de haber terminado su propio trabajo en casa, sin que su mamá se diera cuenta, se apresuró a ir donde aquella pobrecita, llevándole un poco de comida substanciosa. Llegada a la puerta de aquel tugurio, llamó, pero nadie respondió. Entró, y a la pregunta: “¿No hay nadie?”, detrás de una pared de madera ennegrecida por el humo, respondió una voz ronca. Se acercó un poco y allí dentro, en una oscuridad sepulcral, yacía la “bella Mara”, como la llamaban. Estaba pálida como la muerte y consumida como una hoja seca. Respondió: “¡No, no hay nadie; estoy sola como una miserable bellaca!”.

A la pregunta dónde estaba su madre, respondió: “No hay nadie; todos me han abandonado, incluso mi madre. Creen que estoy tuberculosa y tienen miedo del contagio. Mi madre viene hacia las 11 a cocinarme algo y luego se va de nuevo al campo. Cuando viene no sabe y no tiene nada que darme salvo un poco de arroz. Yo estoy débil, medio muerta; entonces le tiro todo a la cara a mi madre sin piedad”. Y estallando en un llanto deshecho, imploró: “¿Dónde está la gente? ¿Dónde está la caridad? ¿Dónde están los curas que predicán la caridad? Ya no creo en nada; que nadie se atreva a venir a confesarme; más bien, que me den de comer y sanaré. Mi madre se avergüenza de pedir un poco de caldo o de leche; dice que si te dan una vez, no te darán otra”.

María escuchó y comprendió la gravedad del abandono en que se encontraba la mujer. La consoló y reconfortó con un poco de leche y bizcochos y con un sorbo de vino.

Le preguntó desde cuándo estaba enferma y Mara le contó su historia, que habría conmovido a cualquiera. Y todo solamente porque era pobre. Continuó: “Ahora vivo en

el abandono; me estoy muriendo; en mis sufrimientos pido ayuda, pero nadie responde. En las largas noches, con ansias aguardo la mañana esperando que alguien me traiga algo para empaparme los labios ardientes, para reconfortarme y aliviar mis dolores, pero pasan las horas y nadie se ve”.

María, con la cabeza inclinada, escuchaba profundamente conmovida. Terminado el relato y visto que María la comprendía y la compadecía, la muchacha se consoló un poco, dando así a la joven la ocasión de hablarle de esta vida que es sólo pasajera en un valle de lágrimas. Y agregó: “Bienaventurado el que soporta todo con serenidad; a éste, como al pobre Lázaro, le espera el gozo en el cielo; mientras ¡ay! de los ricos, porque una cuerda entrará más fácilmente por el ojo de una aguja que ellos en el reino de los cielos. Por eso, también tú serás bienaventurada si aceptas tus sufrimientos de corazón y los soportas con paciencia. Todos debemos sufrir por nuestros pecados, o aquí o en el más allá, en el purgatorio. Si no nos arrepentimos y seguimos pecando, entonces no espera el castigo eterno”. Y le dio una estampa que representaba a las ánimas del purgatorio; le hizo notar sus penas sufridas en paz con el único deseo de gozar lo más pronto posible de la luz del rostro de Dios. Puso esta y otra estampa con la imagen de Jesús junto a una enferma, con una mano que indicaba el cielo, como queriendo decir: “¡Mira, un poco más y estarás en el gozo conmigo!”.

Puso ambas imágenes cerca de la mujer, que escuchaba y observaba. ¡La gracia divina había comenzado su obra! Entre tanto llegó su hijito, un verdadero ángel; la enferma sollozó: “¿Quién le dará de comer a mi hijo y lo educará cuando me muera?”.

El niño era hijo ilegítimo, habido de un padre rico a quien sus padres no le habían permitido casarse con ella porque era pobre. Si bien él deseaba verla a ella y al niño, no se lo permitían, ni siquiera sabiendo que la mujer estaba por morir; ¡y todo esto solamente porque se trataba de una joven pobre!

María se estremeció ante la idea de la suerte que esperaba a aquel niño. Hubiera querido tranquilizar a la mamá diciéndole que ella misma se habría hecho cargo de él, pero no podía a causa de su propia madre; y trató de consolarla diciéndole que el Todopoderoso proveería, y que también ella, por su parte, habría hecho lo posible.

Después de haberle asegurado que volvería por la tarde (era casi mediodía), María tomó al niño de la mano, lo llevó consigo para mostrarle dónde vivía y poder enviarle un poco de caldo a la enferma. Por la tarde volvió donde ella llevándole un poco de alimentos y de dinero.

Le habló de María Magdalena, de cuánta penitencia hiciera, de cuánto amó a Jesús y cómo estuvo al pie de la Cruz llorando por sus propios pecados.

La enferma se conmovió y pidió confesarse. A la mañana siguiente fue el sacerdote, la confesó y le dio la comunión.

A la tarde siguiente, María volvió y, al acercarse a la puerta, oyó que la moribunda decía: “Saluden de mi parte a la señorita María, saluden a aquel ángel de Dios; díganle que mi alma la bendice y que muero en paz”.

El día del funeral llovía, como si también el cielo hubiese querido participar en el dolor. María se sentía mal, en cama, y lloraba reflexionando seriamente sobre las miserias de tanta gente pobre. Su espíritu se resentía por las muchas injusticias que se cometían en el mundo de parte de hombres sin piedad, que acumulan para ellos, mientras que muchos otros padecen hambre y miseria. Por eso protestaba con su propia familia, porque se gastaba en lo superfluo, mientras que los pobres vivían en la estrechez, si bien en su casa se ahorraba y se vivía muy sobriamente.

Una vez, cuando sus padres, como de costumbre, invitaron a almorzar al predicador cuaresmal, al párroco y a alguna otra personalidad para honrar al huésped, María,

al ver la abundancia de comida y el celo por preparar todo de la mejor manera posible, se quedó espantada: era una injusticia para con sus queridos pobres.

La mamá le había preguntado qué era lo que no andaba bien, y ella le había respondido: “Si los invitados fueran gente pobre ciertamente que no se habrían preocupado y tanto menos habrían trabajado”. Incluso en la mesa no ocultó su desaprobación y, al final, su madre reveló todo a los ilustres huéspedes. ¡Tenía entonces apenas 17 años!

Al igual que su difunto padre, María no simpatizaba con los ricos; no los tenía en gran consideración: tomaba mucho más en cuenta a los pobres; aún más, los quería, los consideraba como hijos de sus entrañas. No era libre para ir donde ellos; no podía ni visitarlos ni ayudarlos abiertamente sino a escondidas; temía que su madre la regañase. Le prohibía frecuentarlos, no siempre explícitamente; pero cuando se lo prohibía claramente –“¡No debes ir!”–, María no se atrevía a contradecirla para no pecar de desobediencia.

Pero en una ocasión, se atrevió a enfrentar a su madre diciéndole con lágrimas en los ojos que ya no podía soportar tal situación, ni poder vivir en familia, visto que no podía dedicarse a los pobres y ayudarles. Esto aconteció cuando María estaba en viaje para huir a un convento de clausura. De esto se hablará más adelante.

Una pobre mujer había muerto sin auxilio y sin sacramentos. Había sucedido así: María estaba visitando a algunos enfermos pobres; cuando iba de camino le informaron sobre otra pobre mujer enferma (mamá del pobre Slavko). Era el atardecer y la joven, según las exigencias de su madre, debía volver a casa para preparar la cena; aunque temerosa, había decidido visitar brevemente a aquella pobrecita.

Cuando llegó cerca de la choza, que se parecía más a una gruta que a una casa, llamó; trató de abrir la puerta pero no pudo. Entre tanto llegó el pequeño Slavko y le confirmó que allí dentro estaba su madre enferma. Volvieron a probar empujando con todas sus fuerzas; ¿y qué espectáculo se presentó a sus ojos? Detrás de la puerta, por el suelo, yacía la mujer, casi desnuda, que había perdido los sentidos por la debilidad.

María la levantó y vio que estaba viva. La mujer recobró los sentidos y dijo que tenía hambre: “¡Si pudiera tener un poco de caldo y un pedazo de carne, seguramente me mejoraría!”.

María quiso saber de qué sufría y ella le contó que para saciar el hambre de ella misma y del hijo, un hombre la había sorprendido recogiendo verdura en su huerta. Este había tomado un bastón y le había golpeado la espalda, tanto que desde entonces ya no podía caminar; después le había sobrevenido la disentería. Por consiguiente, ya no tenía fuerzas para arrastrarse fuera de la casa y estaba sola, abandonada, sin alimentos y sin ningún tipo de ayuda, y poco a poco se estaba muriendo. Por medio de una jovencita que le ayudaba en la distribución de las ayudas a los pobres, María le había enviado varias veces alguna cosa, pero no estaba al tanto de su real estado de abandono. Pero ahora, María tenía ante sí el egoísmo y la falta de piedad en toda su gravedad, lo que la hizo pensar en la tremenda condenación que el Salvador pronunciará el último día: “Tuve hambre y no me dieron de comer; estuve enfermo y no me visitaron; ¡váyanse, malditos, al fuego eterno!”, y sufrió mucho en su interior. Sintió no tener ya nada con que reconfortar a la enferma, pero prometió enviarle algo esa misma tarde. Y al verla tan débil, le preguntó desde cuánto tiempo que no se confesaba. En su lugar respondió el hijo: “Hace nueve años; ella me dijo que desde cuando yo nací no anduvo nunca más por los caminos de Dios”.

María comprendió que el Señor mismo había hablado por boca de aquel pobre hijo ilegítimo, y comenzó a hablarle de la necesidad de convertirse. Le prometió que

volvería temprano por la mañana para ordenar un poco la casa y cuidarla, porque estaba medio desnuda, envuelta en harapos, y que habría hecho venir al sacerdote para que la confesara. La enferma replicó: “Cuando me mejore iré yo sola a la iglesia para confesarme; por ahora sólo quiero comer para no morirme”. María le respondió: “Usted está muy débil y podría morir esta misma noche; por eso, conviértase a Dios, rece por su perdón, arrepíentase de sus pecados. Le mandaré caldo y mañana le traeré carne y lo necesario para la comunión”.

Muy apenada dejó a aquella pobrecita con el propósito de mandarle de inmediato algo de comer. Al salir afuera se dio cuenta de que se había hecho tarde; la noche ya estaba encima y tuvo miedo de su madre. Ya intuía que no habría tenido ninguna posibilidad ni de volver ni de mandarle algo esa noche. Por este motivo, se dirigió a la joven que la acompañaba ese día: “Escucha, Vica, ese poco de alimento que te di para mañana, por favor, cocínalo y llévaselo a la enferma. Ven pronto mañana por la mañana y me ayudarás a limpiar esa choza y yo llevaré lo necesario. Luego llamaremos al sacerdote para que la confiese”.

A la mañana siguiente, María volvió rápidamente de la iglesia, y estaba por ir donde aquella pobrecita cuando se presentó el hijo de ella, pasándole una llave.

“¿Y tu madre?”, le preguntó María.

“Está muerta”, respondió.

Como ese muchacho era débil de mente, tanto que lo llamaban “Slavko el loco”, María no le creyó y nuevamente le preguntó: “¿Quién te ha dicho que está muerta?”.

Yo la llamaba y no me respondía; hice venir a la vecina y me dijo que mi madre estaba muerta”.

En ese momento, un dolor profundo se apoderó del espíritu de María, que estalló en lágrimas y así, llorando, volvió a su casa. Se dirigió por el corredor hacia la habitación donde había muerto su amado padre y, con las manos alzadas, rezó en alta voz: “¡Oh Dios mío, ya no puedo soportar más estas prohibiciones; si no me permiten ayudar a quien sufre, entonces tómame contigo, o bien llévame lejos de esta casa!”.

Y después dio a entender a su madre que ella tenía la culpa de lo que había ocurrido, porque la tarde anterior, por miedo, no había podido volver personalmente ni había podido enviar a alguien en su lugar. Luego tomó de la mano a aquel pobre niño y se apresuró a ir a verificar si era verdad o no lo que había dicho. En ese momento, María llevaba un normal vestido de color azul, pero si hubiera podido, habría querido vestirse de luto. Con la llave, que le pareció enviada por el mismo Dios, abrió la puerta y encontró a la mujer muerta tendida sobre la cama, con el pecho desnudo y los brazos abiertos en forma de cruz. Visto que María había ido donde aquella miserable, algunas vecinas se asomaron. María las amonestó por su falta de caridad, por haber dejado en el abandono a la pobrecita, y les ordenó que, por lo menos ahora, que estaba muerta, la vistiesen con alguna ropa que tenía en el baúl, mientras que ella se habría preocupado del funeral.

(ms, pp. 109-122)

EN LUCHA CONSIGO MISMA POR SU DOBLE VOCACIÓN

Casos de este tipo sucedían a menudo; el período de guerra era particularmente difícil y desesperado. La habitual miseria, el hambre y todos los demás inconvenientes se agravaron con la guerra. Los padres de familia estaban en el frente; no había nadie para procurar alimentos y cuidar de los enfermos. Su miseria desgarraba el corazón de María, impotente para ayudarles.

Tuvo que combatir una dura lucha en su interior: por una parte, la vocación por la vida de clausura; por la otra, la vocación de dedicarse a los pobres.

Vencieron los pobres; por ellos María renunció a la clausura. Jesús le exigía el sacrificio y ella renunció a su propia inclinación. Pero la opción no estuvo exenta de sufrimiento.

En efecto, ¿cómo contener el deseo del convento, de la soledad, aquel deseo particularmente fuerte de un aislamiento total, por el que día tras día se moría de ganas, donde poder vivir escondida y llorar por la ceguera y por los pecados de la humanidad; donde poder manifestar el ardor de su amor por Dios?

¿Cómo renunciar a su paraíso tan deseado? ¿Renunciar a la soledad y permanecer en medio de este mundo que, para ella, no era otra cosa que un exilio? Y besando a Cristo en la cruz, repetía llorosa: “¡Oh, yo no puedo; no puedo vivir de otra manera sino junto a ti y amarte solamente a ti!”.

Al mismo tiempo, dentro de su espíritu y a sus oídos llegaban los suspiros y gemidos de los pobres huérfanos y de las viudas de guerra, de los niños y de la juventud abandonada; los sufrimientos y la soledad de los enfermos en sus casas y en los hospitales, donde morían sin el consuelo de los sacramentos.

En esta lucha, durante las noches pasaba horas y horas en oración; y de día, cuando se encontraba sola por algunos minutos, sobre todo después de la comunión, lloraba en los brazos de Jesús.

En aquellos santos momentos, después de la comunión, oía claramente la dulce voz de Él: “Hijita, ¡sacrificate por mí! ¡Mira cuánto he amado a los hombres hasta dar mi sangre por ellos! ¡Dejé el cielo; vine a esta tierra ocultándome bajo los despojos humanos para indicar a los hombres el camino y la vida!”.

Y, mostrándole el propio Corazón: “¡Mira este Corazón, que tanto ama a los hombres!”. María hacía preguntas a Jesús para saber lo que quería de una miserable como ella. Y Jesús, como en una reseña, le hizo ver a un grupo de vírgenes dispuestas a sacrificarse por su amor. En espíritu la transportaba y la guiaba por los distintos lugares donde se veía a sí misma ante grupos de jóvenes y de niños a los que hablaba del amor de Jesús, del paraíso y de la otra vida.

Ella se estremecía como saliendo de un sueño, se hacía el signo de la cruz y rogaba a Jesús que alejase de ella tales visiones y voces íntimas, temerosa de que todo eso fuese solamente una imaginación, un engaño del espíritu. Llorando rogaba al Señor que la liberase, pero todo se repetía y la lucha continuaba¹⁶.

(ms, pp. 122-124)

LA CASA. EL GRANERO EN LLAMAS

La guerra continuaba y causaba una miseria cada vez más profunda: escaseaban los alimentos y aumentaba el número de los pobres cada vez más hambrientos. Pero en la familia de María había reservas en abundancia: mérito de su madre que, con gran sabiduría y espíritu de sacrificio, había sabido ahorrar y conservar a escondidas en otra de sus casas y en los sótanos.

Su madre distribuía a los necesitados, pero un poco cada vez; María, sin el permiso de la mamá, podía hacer bien poco y no raras veces era regañada respecto a los pobres. No quería ni siquiera que de vez en cuando María fuese a Babina, dado que en casa siempre había mucho que hacer; y cuando sus hermanos y hermanas protestaban porque no la dejaba ir sola, respondía: “No me gusta que vaya, pero lo prefiero así porque, de lo contrario, nos vaciará la casa a causa de los pobres”.

¹⁶ Siguen dos páginas en blanco (cf. ms, pp. 125-126).

Una vez, en efecto, mientras María amasaba y extendía la masa para toda la semana, vinieron algunos pobres a pedir limosna. Entre ellos había una mujer de Smokvica que pedía un poco de harina blanca para su hijo enfermo. María pidió permiso a su madre, quien se lo negó, convencida de que aquella mujer no tenía necesidad. La mujer suplicaba pero la madre no hizo caso ni de su súplica ni de la de María.

La muchacha, al ver semejante injusticia, estalló en lágrimas. Allí estaban guardados tantos sacos de harina blanca, mientras que tantos enfermos y menesterosos imploraban ayuda...

Con los ojos húmedos y los brazos levantados hacia el cielo, se puso a rezar: “Dios mío, ya no puedo soportar más, no puedo ver a los pobres que suplican sin obtener nada, mientras que aquí hay alimentos y no puedo darlos; ciertamente que también tu Corazón sufre a causa de ciertas cosas; por eso, si no puedo compartir este alimento con los pobres, ¡que arda la casa junto con todas las reservas que hay adentro!”.

Entre tanto, llegó su prima Petrica y la encontró llorando. María le confió su propio dolor.

Después de algunos días, María partió a Split y allí, transcurridos unos diez días, supo que se había incendiado la casa con todas las reservas de víveres que contenía (unos 25 a 30 quintales de cereales). Aquel edificio era de tres pisos; el primer piso y el segundo estaban destinados para depósito, mientras que el tercero estaba arrendado a dos profesores de Knego, que en esos días se encontraban de vacaciones y se habían llevado la llave del departamento. Y en este asunto siguió siendo un misterio la causa del incendio.

Cuando María lo supo, no se sorprendió para nada y le fue del todo indiferente.

Otra vez, en 1915, una mañana, volviendo a casa después de la misa y de la comunión, oyó a su madre que se lamentaba porque durante la noche los ladrones se habían llevado del sótano de una segunda casa todos los víveres que allí había (sacos de trigo y carne seca ahumada). La guerra arreciaba y María no se inquietó, sino que con mucha calma replicó: “¡Esos pobres robaron por necesidad; si les hubiésemos dado voluntariamente, no habrían robado!”.

En 1916, la guerra no daba signos de aplacarse y todos sufrían las consecuencias, en particular los pobres y los niños indefensos. Un día vinieron ante su casa dos niñas (Katica y Franica Bosnić Markun, de cuatro y seis años de edad), huérfanas de ambos padres. Su abuela, no pudiendo proveer, no soportaba oír sus lamentos; descorazonada y sin piedad, también ella las abandonó.

Cuando María las vio temblando de frío, mojadas por la lluvia, se sintió mal, las hizo entrar y las llevó a la cocina para que las viera su madre, quien le permitió que les diera una limosna y un poco de comida.

María le preguntó, entonces, a su madre: “¿Por qué no dejamos aquí a estas dos niñas, ya que están solas?”.

La madre la miró mal: “¿Acaso estás loca? ¿Qué hacemos con estas niñas?”, y seguía con los reproches por una semejante petición.

María, disgustada, acompañó a las niñas al portón y las siguió con la mirada llena de lágrimas. Levantó la vista al cielo e invocó: “¡Padre mío celestial, ayúdame a encontrar una manera y una casa donde acoger y acomodar a estas dos y a otras pobres huerfanitas, haciéndoles de madre!” Luego entró en la casa y, retirándose en su habitación, siguió pensando en el asunto, hablando con el Señor. Y el Señor comenzó a hablarle con una voz interior misteriosa y a pedirle que se preocupara de los huérfanos y abriera un orfanato.

(ms, pp. 127-130)

LA “VOZ”

El deseo de irse a un convento y de huir lejos no cesó nunca en ella. Pero, por otra parte, la “voz” cada vez más insistente la acosaba para que dejase de lado los propios deseos y, por amor de Jesús, permaneciese en el lugar para la salvación de los niños abandonados y de la juventud.

Nunca supo describir aquella “voz”: era algo totalmente espiritual, bastante grande, pero no como la voz que le dijo desde la cruz: ¡Hijita, ámame!”, porque habían sido palabras fuertes y claras, y al instante habían penetrado y le habían traspasado el alma. Esta “voz”, en cambio, era como una brisa que descendía del cielo y penetraba en su espíritu, y mientras le decía las cosas al mismo tiempo se las mostraba.

“Oh Señor, no sé expresarme con palabras y mucho menos escribiendo; temo no explicarme bien; por eso, ahora mismo, te suplico humildemente: sírvete tú mismo de mi pluma mientras escribo, para que pueda expresarme debidamente.

He aquí cómo Jesús habló a mi alma y, no sólo, sino que al mismo tiempo que hablaba, como en una reseña me mostraba todo aquello de lo que hablaba y lo que quería de mí. Me mostró el amor por Él de los santos en el cielo, mientras que en la tierra no existe un tal entusiasta amor celestial; y decía: ‘¡Quiero y busco almas que, junto contigo, unidas en un único espíritu de mi Amor, amen a este mismo Amor (señalándose a sí mismo), el verdadero Amor! ¡Busco almas dispuestas a vivir solo para mí, a vivir y trabajar por Amor de mí, a amar y sacrificarse permaneciendo ininterrumpidamente inmersas en mi Amor!’.

En ese mismo instante le mostró una bella imagen de tales almas, todas en un éxtasis espiritual, con los ojos, el corazón, la mente y con todas las facultades de su espíritu, en éxtasis, vueltas hacia el cielo gozando en la contemplación del Divino Amor. Y afectuosamente siguió no sólo hablando sino también mostrándole todo a su alma como en una escena real: ‘En la tierra, en una comunidad semejante, encontraría mi complacencia; descendería en medio de ellos; ¡encontraría mi consuelo y la alegría! ¡Ustedes deberían empeñarse en dar conocer mi Amor!’.

En ese momento le mostró una imagen particularmente nítida de numerosos niños abandonados: la imagen de tantas almas privadas del conocimiento de su Amor.

La imagen de aquellas almas, de aquel grupo de almas fervientes de amor por Jesús y que Él le mostró, era una imagen de otro pequeño paraíso; era como un reflejo del paraíso real y, al mismo tiempo, unido a aquel inmenso y verdadero paraíso celestial.

María conservó siempre esta imagen impresa en su alma y dijo contemplarla en su fundación, aunque con el temor de haberse engañado.

Al comienzo, a María le gustó una idea semejante, pero inmediatamente después, mirándose a sí misma, le pareció imposible, por lo que siguió combatiéndola. Así, una vez Jesús se hizo sentir de una manera más fuerte sobre el particular. Entonces, ella tuvo la valentía de replicar al Señor: ‘¡Jesús, ¿por qué no le hablas directamente al obispo sobre esto? Yo, miserable, ¿qué puedo hacer? Si el obispo tuviera que hablarme sobre esto, entendería que se trata realmente de tu voluntad y que es tu voz la que me habla. Entonces aceptaré y obedeceré al obispo, segura de tus palabras: ‘Quien los escucha a ustedes, a mí me escucha’”.

En un abrir y cerrar de ojos el obispo comenzó a proponerle cuanto el Señor ya le había pedido; no obstante la dejaba libre de decidir por sí misma¹⁷.

(ms, pp. 131-134)

¹⁷ “Las cartas sobre este asunto, junto con otras, las quemó; pero una cosa era cierta: él la disuadía de la idea de la clausura; más bien la animaba a permanecer en su lugar y a sacrificarse fundando un Instituto para ayudar a las clases menos pudientes”.

CAPÍTULO IV

LA ORIENTACIÓN

DE 1907 A 1927:

COMIENZO DE SU ACTIVIDAD PARA LA GLORIA DE DIOS

María siguió activa con sus pocas fuerzas, porque no sabía ni de qué manera, ni cuando, ni si el Señor habría puesto en ejecución lo que le había indicado; al contrario, de cuando en cuando pensaba que sólo había sido un bonito sueño a ojos abiertos. Así, sola, poco a poco, como en medio de un desierto, había trabajado para Él, por las almas, por los necesitados y abandonados¹⁸.

Cada domingo daba dos o tres charlas, dos de las cuales a las Hijas de María, una a las aspirantes y la segunda a las Hijas de María, que contaba con cerca de 300 inscritas.

Luego, siguiendo la “voz”, había ofrecido su contribución para instituir la Asociación “Compañía del Buen Pastor”. Aquí había reunido a la flor y nata de las almas piadosas, escogidas entre las Hijas de María, jóvenes de los 18 a los 23-24 años.

Un día invitó a 22 de ellas a su casa y en el comedor les habló de la misión de esta Asociación, que debía seguir actuando según el ejemplo del Buen Pastor, es decir, trabajar por la salvación de las almas, visitar a los enfermos, preocuparse de que los niños fuesen bautizados y preparados para la comunión, convertir a los pecadores, pero sobre todo preocuparse de dar a Jesús la satisfacción por las ofensas recibidas. Ellas, todas, habían adherido a esta llamada.

Desde entonces, María daba charlas regularmente e impartía directivas, reuniéndolas en la escuela femenina ubicada en la propiedad de su familia. Durante estas charlas, a menudo se entusiasmaba hasta el punto de ponerse a llorar ella y las que la escuchaban.

Cuando entró a formar parte de las Terciarias franciscanas, lo hizo solamente con la finalidad de poder hablarle a esas buenas personas, almas de buena voluntad que no tenían guía; quería hablarles de Dios y de su Amor. Así, las reunía una o dos veces al mes en la sala de la Confraternidad de Todos los Santos.

Fundó también la Asociación de madres católicas. No quiso estar sola y pidió el apoyo de Madre Flaviana, porque pensaba justamente que las mamás no confiarían fácilmente en ella, visto que apenas tenía 23 años.

Sea como fuere, la verdadera guía de estas asociaciones era ella. Solamente más tarde había pedido al obispo que designara un sacerdote que las instruyera al menos una vez al mes. El obispo le había respondido: “¡No, hija mía!. Es mejor que lo hagas tú sola como sabes y hasta que puedas”. Pero ella, al cabo de uno o dos años, había pedido al Padre V. que al menos una vez al mes les diera una conferencia. El se empeñó actuando a su manera.

Después, cuando María entró al convento en Blato, se retiró completamente de su obligación de guía de tales asociaciones. El Padre continuó solo hasta que los inscritos se dispersaron. María se afligió muchísimo pensando en las almas, pero aprendió la lección por no haber seguido el consejo del obispo. La suya, empero, no había sido una

¹⁸ Por esto había comenzado a trabajar desde cuando tenía 16 años de edad.

desobediencia; pensaba solamente que fuese mejor y más sabio ser apoyada por un sacerdote que estar sola.

(ms, pp. 135-137)

EMPEÑO POR LA CONSTRUCCIÓN DEL INSTITUTO

Además, al ver que las Siervas de la Caridad no disponían de espacio suficiente para reunir cerca de ellas a una juventud tan numerosa y, según su deseo, también a los niños necesitados, María, impulsada por una fuerza interior, fundó, junto con Madre Flaviana, el Comité Femenino, dedicado a recoger las ofrendas para construir un nuevo colegio en Blato. Era el año 1913.

Existen todavía páginas y documentos que hablan de este comité y de sus actividades. Siendo joven, incluso la más joven de los miembros del Comité (tenía solamente 21 años de edad) y debiendo convocar las asambleas en su nombre, María se dirigió a una profesora, una cierta señora Knego, para que asumiese la presidencia “pro forma”, mientras que ella se ocuparía de todo.

La señora Knego M. aceptó y María comenzó los trabajos: convocaba las sesiones en su casa e invitaba a participar al párroco, Don Šeman y su vice, Don Pedro, al alcalde, a los eclesiásticos y a la dirección pública de beneficencia. Todos aceptaban y participaban excepto el párroco a causa de su salud y de su edad avanzada. Por respeto a él, entonces, algunas veces las sesiones se celebraban en su casa. En cuanto todos estaban presentes, se preguntaba quién presidiría la sesión y de inmediato todas las miradas se dirigían a María, y decían: “¿Quién sino ella, que nos ha convocado?”.

La existencia y actividad de este comité cesó con la guerra y con la huida de María a Split en busca de un convento de clausura, en 1914, donde, sin embargo, la detuvieron, cuando tenía 22 años de edad.

(ms, pp. 138-139)

LA HUIDA DEL MUNDO

Al escuchar y observar las cosas desagradables de este mundo, María se afligía muchísimo; en particular, sufría al ver tantos niños abandonados y huérfanos de guerra.

Luego, al ver que sola podía hacer bien poco, se despertó en ella el antiguo y nunca apagado deseo de encerrarse en un convento de clausura. Examinaba el mapa para ubicar el desierto donde ir.

Mentalmente había previsto llevar consigo solamente lo indispensable, porque ella, débil, sola no habría podido llevar tantas cosas (excepto un crucifijo, una imagen de Jesús, el evangelio, una hachita, una frazada, fósforos y una ollita para cocinar un poco de verdura silvestre, un vestido de lana y algunos pañuelos). Quemó todos los documentos personales, incluso las cartas que le había escrito el obispo, de manera que nadie se acordara de ella.

Reveló su intención solamente a un padre jesuita, en confesión. Él le desaconsejó semejante empresa, haciéndole ver los peligros consiguientes en daño de su alma y para la castidad, en cuanto que el desierto no es bueno para una mujer. Entonces, decidió huir a algún convento de clausura, de partir muy secretamente, ya que sus familiares no la dejaban irse libremente. Pero antes se dirigió a su cuñado alcalde, quien, después de la muerte del padre, era su segundo tutor. Le dijo que quería confiarle una decisión rogándole que se comprometiese ante los familiares de dejarla irse en paz a un convento.

Si la querían bien, no debían atormentarla, porque no habrían obtenido otra cosa que se debilitara más; pero aunque débil, en secreto se iría a un convento de clausura.

Primeramente el cuñado trató de hacerla desistir; le preguntó si sabía qué era y cómo se vivía en un convento; si sabía que no había tantos ideales ni santos y que allí iban solamente personas desilusionadas, por lo que allí dentro encontraría cualquier tipo de mal.

María rebatió: “Pero yo no voy por las personas o a un determinado convento, porque todavía no tengo ninguno en vista; voy a cualquier convento donde, oculta en soledad y en lágrimas, podré servir a Dios; donde podré llorar por este mundo; porque no me atraen ni las personas ni su modo de vivir en el convento, sino Dios. Iré a cualquier convento donde el Señor me lleve; no sé a cuál y no me interesa. Iré donde llegue; donde, según la voluntad de Dios, me lleve mi barca”.

El cuñado le pidió, entonces, permiso para confiar el asunto a su mujer Ivica para pedirle consejo. María aceptó, pero él no se lo dijo solamente a Ivica, sino que, por la tarde, en secreto, también lo contó a sus hermanos, quienes se entristecieron hasta las lágrimas y le rogaron que se quedara con la familia al menos otros cinco o seis años, porque sabían que serían llamados a las armas en vista de la guerra ya anunciada. Dos de ellos estaban estudiando; dos hermanas ya se habían casado, la tercera estaba por casarse y la pequeña Milka estaba enferma, de manera que sobre la mamá y sobre María recaía el peso de la conducción práctica y administrativa del patrimonio familiar.

A veces la madre organizaba almuerzos especiales a los que invitaba a algunos huéspedes con la única finalidad de persuadir a María de que desistiera de su decisión. Una vez, su cuñado Joaquín dijo que María estaba hecha para vivir y actuar en el mundo y subrayó el bien que podría hacer a la humanidad teniendo sus propios hijos y convertirlos en verdaderos hombres.

María había respondido: “Ya hay demasiados niños inteligentes y abandonados, que no tienen quien los eduque y les muestre la vida; en cambio, podrían ser preparados para asumir compromisos a favor de la humanidad”. Y prosiguió: “Estos me llaman para que les haga las veces de madre. ¡No estoy llamada a sacrificarme como madre de cinco o seis hijos, sino de centenares, de millares de niños abandonados!”.

En efecto, el Señor hizo que llegara a ser la madre de innumerables hijos e hijas, según lo que dice el profeta: “Él hace que la que no ha dado a luz hijos sea en su casa como una madre gozosa de muchos hijos”.

María estaba decidida a escapar a un convento de clausura, pero antes quiso manifestar su intención al párroco, Don Franulović, diciéndole que ya no podía soportar permanecer en el mundo, por lo que se iba a un convento de clausura. Él la aconsejó con estas palabras: “No te vayas a un convento de clausura, sino quédate aquí, en Blato. Vamos a comprar la casa del difunto señor Prospe (donde ahora se encuentra la Casa Madre) en la que podrás abrir un convento, ser la superiora y trabajar por todos los niños y jóvenes necesitadas”. Dijo estas palabras no con un tono decidido y serio, sino más bien sonriendo; pero, sin más, ¡fue profético!

María, pues, ya con la intención de irse secretamente lejos, al convento de clausura de las Clarisas, se las ingenió para obtener la cédula de identidad. Pero lo vino a saber Joaquín, su cuñado y tutor, quien se las arregló para que la autoridad judicial vigilara el puerto de Prigradica y el de Velaluka.

El Señor permitió que María llegara a saberlo de una manera completamente casual. En efecto, se encontraba en la terraza superior cuando Joaquín había ido donde

su madre tranquilizándola porque todo estaba bajo control. Así, se dio cuenta de que sus planes se habían echado a perder; pero no sabía que hubiera podido ir personalmente donde el juez y pedirle permiso, exponiéndole sus propias razones, por lo que se quedó a la espera de otra buena ocasión.

Entre tanto, María, encontrándose en una aflicción continua, comenzó a debilitarse y su corazón no resistió, tanto que en una ocasión pensaron que estuviese por morir debido a una insuficiencia cardíaca. Los médicos no estaban de acuerdo en el diagnóstico. Uno decía que se debía a la fatiga por el exceso de trabajo en la contabilidad, porque había que presentar el balance anual a la Corte. Otro decía que se debería a algún tipo de fuerte sufrimiento interior. Un tercero, en fin, dijo que se trataba de pólipos nasales que le impedían la respiración. Entonces su madre decidió llevarla a Split cuando fuera a inscribir a su hijo menor Miljenko en la Enseñanza Secundaria. Pero había que esperar el término de las vacaciones.

Mientras tanto, María quería terminar un encaje a crochet para un gran mantel de altar, en el que ya había bordado dos grandes ángeles arrodillados ante la custodia con los símbolos eucarísticos. Deseaba mucho terminarlo antes de morir (se sentía bastante débil), o bien antes de entrar en la clausura: quería dejarlo en don a Jesús sacramentado con centenares de besos que le daba mientras lo bordaba, de manera que Jesús, viendo el mantel, se acordase de la pobre María.

(ms, pp. 145-153)

EN EL CONVENTO DE CLAUSURA

María pensaba aprovechar una buena ocasión cuando su madre fuera a Split, para huir a un convento de clausura. Mientras esperaba, arregló bien todas sus cosas: entregó el testamento al párroco, Don Franulović, para que lo conservase en la caja de fondos de la parroquia. En el testamento, entre otras cosas, decía: “Dejo todos mis bienes para la construcción de un colegio para niños pobres y abandonados en Blato, donde, durante el período escolar, puedan estudiar y comer, mientras que los huérfanos pueden vivir allí”.

Con su mamá y su hermano Miljenko partió a Split. Su madre la llevó de inmediato donde el médico especialista, Dr. Račić, quien, luego de examinarla, dijo: “Pero qué pólipos y pólipos... la nariz está sanísima. Su joven sufre terriblemente; su corazón ya no tiene fuerzas, está muy débil”, y explicó cómo estaban las cosas, añadiendo: “¡Si no le conceden lo que desea, tengan la seguridad de que no vivirá más de dos meses!”.

Tanto María como su madre, mirándolo, cada una por su cuenta, se preguntaba cómo podía conocer sus grandes aflicciones interiores.

El médico prosiguió: “Si hubiese padecido todas las penas posibles y si todo el mundo se le hubiese venido encima, no estaría reducida en estas condiciones”.

La mamá se turbó mucho y volvió al albergue muy pensativa. En el hotel Trokoli, donde alojaban, María le dijo: “Vea que ya no puedo más; no sigan atormentándome con sus prohibiciones; dejen que me vaya en paz a un convento, ahora mismo, ya que me encuentro a mitad de camino. ¡Si no me dejan ir por las buenas, me iré igualmente y no me volverán a ver más!”.

María tenía consigo una cierta suma de dinero, suficiente para el viaje, porque cada hija podía disponer de dinero en el banco, dejado por su padre, junto con Bonos del Tesoro, austríacos.

La mamá comprendió su decisión de irse, se sintió perdida, sin nadie que la ayudase a detenerla por la fuerza; se puso a llorar golpeando fuertemente la cabeza contra el respaldo de la cama.

¿Qué podía hacer María en ese momento? No sabía cómo consolar a su madre sin decirle otra cosa que se iría; ¡pero eso no podía hacerlo! Se acordó que en Split se encontraba el Padre Vice Bodlović, que conocía bien a ambas. Le pidió que fuera al hotel donde la mamá que lloraba y gemía, para tranquilizarla y consolarla, ya que ella quería aprovechar la ocasión para ir a un convento de clausura.

El Padre Vice trató de disuadirla, diciéndole que habría sido mejor ir donde las Hermanas Dominicas, que la querían bien y sólo la esperaban; y que no fuera a buscar un convento de clausura en un lugar que no conocía. Le respondió que no podía hacer lo que decía, por eso quería irse. Después lo invitó a seguirla al albergue para consolar a su madre en el momento del adiós; pero cuando llegaron, la madre no estaba. El hotelero les informó que había ido a casa de la familia K. para pedir ayuda con el fin de disuadir a María de su intención. Los miembros de dicha familia le suplicaron que tuviera piedad de su madre; que se quedara al menos un par de meses en Split, el tiempo útil para recuperar sus fuerzas; habría podido aprovechar el tiempo quedándose con las Hermanas.

El obispo Palunka, donde la había llevado su madre, dijo sin rodeos: “¡Dejen que la joven se vaya en paz, si es lo que desea!”. La madre trató de explicarle que la joven era débil y bastante sensible para una vida tan rígida como la de clausura. Este replicó que Jesús mismo da fuerzas al alma y se puso a contar un bonito ejemplo de una niña, condesa, que, aunque débil y sensible, se había ido a un convento de “enterradas vivas”. La madre, a este punto, se arrepintió de haber acudido a él y se apresuró a irse. Así, con la tristeza en el corazón, la acompañó y recomendó a las Siervas de la Caridad.

María, por su parte, para tranquilizarla, tuvo que prometer que durante dos meses se quedaría tranquila con ellas; así, con espíritu de sacrificio, se sometió al querer de su madre.

Las Siervas de la Caridad le reservaron una bonita habitación y encargaron a Sor Ermelinda que le hiciera compañía. La llevaba cada día afuera a pasear; o bien, a caminar con ella por la terraza. En el refectorio de los colegiales tenía una mesa reservada. A petición suya, tuvo una profesora de italiano y otra de alemán.

Era una comedia por ambas partes, porque María fingía no descubrir su vocación, por tanto vestía de una manera llamativa (vestido y sombrero blanco con violetas); y, de parte de ellas, las Hermanas fingían no saber nada, mientras que habían sido advertidas secretamente tanto por su madre como por su padre espiritual.

María transcurría gran parte del tiempo en la capilla o en su habitación, sola con sus pensamientos, llorando ante el Señor, preguntándole el motivo de este castigo. Pero la Bondad Omnisciente y la Divina Providencia actuaban y María, en aquel breve período de tiempo, aprendió muchas cosas y se preparó mejor, no solo espiritualmente, para su futura misión, pese a que luchase contra sí misma.

En ese lugar, por primera vez, le fue profetizado el nombre que tendría como religiosa.

En efecto, un día María atravesaba el patio donde se encontraban algunas Hermanas en recreación. En aquel instante, la Madre vicaria preguntó a sor Magdalena, de la que decían que era profetiza: “Diga, Sor Magdalena, usted que es profetiza, ¿qué será de esta señorita María?”.

Respondió: “¡Será una santa religiosa!”.

“¿Y cómo se llamará?”.

“¡Se llamará Sor María Crucificada!”

María contuvo la emoción, sonrió pensando dentro de sí: “¿Y si así fuera?”, y, rápidamente, se fue.

En ese lugar, el Señor siguió revelando a María su voluntad, haciéndole entender cuán necesario era que se empeñara por los pobres y los marginados, y pidiéndole que se sacrificara por su amor.

Decidió, una vez más, dirigirse a Mons. Marčelić para tener su consejo, escribiéndole que ya no podía contener más su vocación por la clausura y que se estaba preparando para el viaje hacia un convento; pero, al mismo tiempo, era perseguida por una voz interior que le pedía sacrificarse quedándose en el mundo, alejándose de los suyos, como él mismo le había escrito.

Y concluía: “Pero, vea usted que no puede hacer nada por ayudarme; por eso, desolada al ver la ceguera y las injusticias del mundo y tanta miseria, quiero irme a algún lugar solitario, donde, en silencio, pueda llorar y dar la debida satisfacción al Señor”.

En espera de la respuesta, hizo una novena al Sagrado Corazón y encomendó a Sor Ermelinda que rezase por sus intenciones. En aquella ocasión confió a la Madre vicaria su propia vocación y la lucha consigo misma, diciéndole: “Si hubiera dos Marías, una la dejaría en medio de la gente para trabajar y sacrificarse por los necesitados; mientras que la otra la llevaría lejos a un convento de clausura, donde nadie la encontraría”.

A la mañana siguiente del término de la novena, llegó la carta del obispo Marčelić, que decía: “¿Tú, qué irías a hacer en un convento de clausura? ¿Qué quisieras hacer por la gloria de Dios y para ayudar a los necesitados? No tendrías la libertad para actuar; a lo sumo, quizá podrías poner o levantar la mesa, desperdiciando, así, sin un motivo específico, el tiempo precioso de tu vida y las capacidades que Dios te ha dado; en el convento de clausura tendrías una vida breve, como la de tu difunta hermana Sor Gertrudis. Tú dices que no puedes soportar tanta miseria, corrupción y engreimiento del mundo, y estás sufriendo porque no puedes ayudar; por eso quieres irte para poder llorar por estas miserias. Pero no está bien escapar y dejar la casa mientras está en llamas; ¡llorar por eso no es de héroes! Al contrario, hay que trabajar con todas las fuerzas posibles para apagar las llamas y salvar lo que se pueda. Te aconsejo, pues, que vuelvas y te comprometas por tu pueblo en la educación de los jóvenes. Con el tiempo podrás abrir una casa religiosa; pero cada cosa a su tiempo”.

En estas palabras, María vio la voluntad del Señor e inmediatamente volvió a casa —era el otoño de 1914— para empeñarse, permaneciendo en espera de ulteriores directivas de lo alto.

(ms, pp. 154-161)

“POSTRADISTE”

El 17 de septiembre de 1917, María recibió una carta del obispo Marčelić, en la que le decía: “Todo está en tu buena voluntad; en eso debes ser completamente libre; debes decidir tú sola, libremente; luego estarás más tranquila y tendrás mayor mérito ante Dios. ¡Todo será solamente tuyo! Dios nos ama, respetando nuestra libertad; lo que hacemos espontáneamente le agrada más. Te digo lo que pienso y lo que deseo, pero la mía no es la última palabra. ¡Es necesario que decidas tú misma! Yo, por mi parte, quiero que te quedes con ellas, en el colegio de las Siervas de la Caridad, y ello por varios motivos.

Te quedarías allí como una buena levadura; podrías hacer el bien por tu pueblo y, con el tiempo, fundar una Congregación religiosa, tomando a tu cargo la educación

de las niñas más necesitadas; en Blato hay que hacer surgir los estratos más bajos de la sociedad; los bienes que posees quedarían en Blato, es decir, a sus habitantes.

Si después abren el comedor popular, podrías entrar donde ellas [las Siervas de la Caridad] como ayudante. De esta manera, quizá tu madre te daría permiso más fácilmente... y después, cuando cumplas 24 años, con la mayoría de edad, podrás decidir sola, libremente. Pero tendrás que actuar con valentía. ¡Reflexionar sola ante Dios... y decidir! Es necesario que todo sea obra tuya”.

María aceptó y acató este consejo como un verdadero signo de la voluntad de Dios, porque en el obispo veía y escuchaba la voz del mismo Dios.

Decidió, pues, ir a habitar con las Siervas de la Caridad como pupila (en su pensionado), en calidad de ayudante en el comedor popular, donde, por lo demás, ya prestaba servicios en la administración, y diariamente hacía largas caminatas a pie para la distribución de bonos a la gente, lo que la cansaba mucho. Pensó que por esta razón, quizá su madre la dejaría ir de buena gana, al saber que no se iría para hacerse monja. Con esta estratagema, como persona libre, habría podido empeñarse libremente en las obras de caridad. Esta era una manera también para facilitar poco a poco el desprendimientos de los suyos para partir después con más facilidad y seguir la llamada de Dios.

Pero su mamá se opuso fuertemente, tanto más porque se encontraba sola: de sus hermanos, uno estaba en la guerra y otro internado con los italianos; la hermana Milka estaba en el colegio en Korčula y Jakica en Viena. Además, las Siervas de la Caridad no tenían lugar, porque aún no estaban terminados los trabajos de edificación de su segunda casa. Así, con todos estos impedimentos, tuvo que esperar hasta el 25 de marzo de 1919.

(ms, pp. 165-166)

INTERVALO

“Hoy, 6 de agosto de 1959, fiesta de la Transfiguración de nuestro Señor Jesucristo.

En su santísimo Nombre, después de 20 años, vuelvo a escribir allí donde había interrumpido en el mes de febrero de 1940, a causa de mi partida para América Latina.

Debo comenzar de nuevo a escribir desde donde interrumpí, es decir, desde cuando prometí al difunto obispo Marčelić que le obedecería quedándome en mi puesto para la fundación de una nueva Congregación religiosa.

Todo lo que había escrito lo había dado, para su revisión, al Reverendo Don Pablo Poša, mi confesor, y al Reverendísimo Don Pedro Franulović, párroco, mi confesor anterior. Ellos, a petición de la Sagrada Congregación, lo enviaron todo a través del Vicariato de Roma a la Sagrada Congregación, para la aprobación de esta Congregación.

Pero, como ya dicho, a causa de mi partida para América, dejé de escribir justo en el punto en que la descripción concernía a la fundación de esta Congregación; y ya que apenas me había referido a la manera cómo se fundó la Congregación, había prometido al Reverendo Don Pablo Poša que habría seguido escribiendo en América. Pero, a pesar de mi buena voluntad, hasta ahora no había podido, porque impedida por una notable mole de trabajo para fundar nuevas Casas y para reforzar las ya existentes en América; y sin contar el exceso de trabajo para escribir todo de nuevo y traducirlo en la lengua local; después, la formación de las nuevas jóvenes; correcciones, traducciones de las enseñanzas y de los capítulos; en particular la confección de las nuevas Constitucio-

nes y de las Reglas. Todo esto ha absorbido prácticamente por completo el tiempo disponible.

En segundo lugar, la fundación de la Casa General en Roma y las demás Casas en Italia; en virtud de todo esto, no he podido escribir; tanto más cuanto que durante veinte años no tuve una secretaria, aunque de cuando en cuando alguien me ayudaba.

Ahora, Señor mío y Dios mío, ¡ven en mi auxilio! Tú, con tu Santo Espíritu, graciosamente ilumíname, para que diga y escriba solamente lo que quieres; lo que será para tu mayor gloria y para el bien de esta Congregación. No permitas que escriba una sola palabra que no sea verdad o que sea un engaño del espíritu.

Jesús, ¡todo por ti, para la gloria del Padre!

Tú, Jesús, sabes que ahora, después de cuarenta años de la fundación de esta Congregación, me es imposible recordar todo si tú mismo no me ayudas.

En segundo lugar, sabes lo difícil que es para mí mencionar tus beneficios, ahora que me encuentro en este miserable estado de ánimo, o por tu voluntad, o por una prueba, o por castigo, en la oscuridad y en la aridez.

En tercer lugar, con esta parálisis, medio inválida, cualquier trabajo prolongado me produce un calor insoportable en la cabeza. Además, no sé lo que he escrito y lo que no, en la primera parte del libro. Si me pongo a releerlo perderé también estos pocos instantes que tengo.

Aquí recuerdo que ya he escrito separadamente otros cuadernos sobre mis cosas privadas, secretos de conciencia, que pongo a disposición de mi confesor para que él, según su parecer, lo que pueda ser útil, de enseñanza, lo entregue a la santa Iglesia.

Segundo: Hay cuadernos míos y apuntes privados de tres o cuatro años de ejercicios espirituales y con invocaciones de mi alma ante Dios.

El resto lo destruí cuando quería irme a la clausura.

Por eso, Señor mío, ¡ven en mi auxilio! Señor, acude en mi ayuda, porque yo sola no soy capaz; ¡habla, Señor, que tu sierva escucha!”.

(ms, pp. 179-181)

LA PROMESA

El Señor mismo, a través del obispo de Dubrovnik, Mons. José Marčelić, pidió y obtuvo de María la solemne promesa que habría obedecido a su llamada, permaneciendo en su pueblo. El Señor dispuso que este pacto de aceptación y de promesa fuese solemnemente concluido con María, en público, ante las autoridades eclesiásticas y civiles, en presencia de las asociaciones y de tanta gente, que solemnemente acompañaban al obispo en San Liberan.

Delante de aquella iglesita, en esa plaza, donde todos se habían reunido, junto a la banda musical, la Cruz y los estandartes, para un último saludo al obispo, allí, en medio de ese círculo había sido llamada la pobre María, que se encontraba detrás de los miembros de la Asociación de las Hijas de María.

A la invitación del obispo, se presentó en medio de aquella multitud. Cuando la vio acercarse, también él con los ornamentos de la fiesta, le vino a su encuentro en el centro, le tendió la mano solemnemente, y le dijo: “Hijita, para que me vaya de este pueblo confortado y en paz, prométeme solemnemente aquí, delante de todos, que te quedarás en tu pueblo y que te sacrificarás, como hemos acordado, para fundar un nuevo colegio”.

María, en ese momento, no podía hacer otra cosa, por eso, ante toda aquella gente, le dio la mano y dijo: “Sí, prometo que me quedaré”.

En aquel momento, la banda musical y todas las campanas sonaron festivamente, mientras que del cielo (eran cerca de las 15 hrs.), el sol irradiaba sobre aquel momento solemne del pacto concluido para la fundación de una nueva Congregación.

María, después de haber conocido por el obispo la santísima voluntad de Dios, la que aceptó y confirmó con las palabras de la promesa, se entregó total y ciegamente en las manos de la voluntad divina y de su Providencia, tratando de ahogar y sacrificar a Dios aquel gran deseo de su corazón por la clausura y la soledad.

Continuó tranquilamente su habitual empeño de samaritana, dirigiendo cuatro asociaciones católicas para la educación de la juventud y de las madres católicas del pueblo, ocupándose, al mismo tiempo, de los pobres y de los abandonados.

Iba también a ese pequeño pueblito aislado sobre el mar llamado Babina, en una de sus casas de verano, donde daba clases privadas de escuela elemental a los niños pobres y descuidados de sus colonos y los preparaba para la primera comunión, porque en ese pequeño centro no había ni iglesia ni escuela.

(ms, pp. 183-185)

LA EPIDEMIA DE “ESPAÑOLA” Y LA ENFERMEDAD MORTAL

Durante la epidemia de “española”, María supo que todos los miembros de su familia se habían enfermado gravemente; en particular su hermana Ivica estaba ya moribunda. Esta noticia la obligó a interrumpir su labor de enseñanza a sus queridos niños, y de dejar la amada soledad de Babina para ir a curar a los enfermos y a su hermana menor.

Y ella también se enfermó. El médico comprendió de inmediato que estaba grave y, después de haberla examinado, declaró que, en realidad, estaba más grave que la hermana que estaba curando. El termómetro marcaba de modo constante 40 grados. La obligó a ir cuanto antes a su casa y acostarse.

A la mañana siguiente, 21 de noviembre, aniversario de su total consagración a Dios y de su entrega a Jesús por medio del voto perpetuo de virginidad, que ella consideraba el día de su sponsalicio para siempre con Cristo, temió quedarse sin la santa comunión, ya que, debido a los numerosos enfermos y casos mortales en el pueblo, los sacerdotes no daban abasto. Y considerando que en su casa estaban todos enfermos, para no molestarlos, en la mañana temprano, hacia las tres, cuando todavía estaba oscuro, se levantó silenciosamente, salió de casa y se dirigió a la iglesia directamente al altar mayor, para que el sacerdote le diese la comunión antes de la procesión que subía a la colina, ya que en aquella fecha, cada año se hacía una procesión hasta la colina de la Virgen de la Salud.

Después de recibir la comunión, María, muy contenta y feliz de tener a Jesús, volvió a su casa de la misma manera silenciosa, para que los suyos no se dieran cuenta de que, estando tan gravemente enferma, había salido de casa.

Ahora que Jesús estaba con ella ya no tenía miedo ni de la enfermedad ni de la muerte. Más tarde vino a visitarla su cuñada Žuva (que no estaba enferma, pero que en aquellos días murió de improviso), quien le dijo: “¡No se te ocurra levantarte para ir a la iglesia, porque estás gravemente enferma, y si te agravas más, no hay santo que te salve!”.

A estas palabras, María sonrió feliz de haber ya ido a la iglesia y de haber recibido a Jesús sacramentado, su divino Esposo. Pero al mismo tiempo que se sentía feliz por aquel día, no podía tener oculto el hecho, por lo que se levantó y fue donde su madre enferma, se echó en sus brazos y le confesó su gran felicidad por haber ya recibido

la santa comunión yendo a la iglesia. Esta vez, su madre no la regañó, sino que solamente le dijo que fuera de inmediato a acostarse, cosa que ella, obedeciendo, hizo rápidamente.

La enfermedad de María avanzaba con tal virulencia que tuvieron que administrarle el sacramento de los moribundos. El testamento que había redactado pocos años antes, lo volvió a confiar al sacerdote.

Le sobrevino la agonía, que duró varios días; tanto que más de una vez el sacerdote repitió las oraciones de los moribundos: “¡Vete, alma cristiana, de este mundo, junto a Dios Padre, tu Creador!”.

Los médicos hablaban de muerte inminente; más aún, varias veces la dieron por muerta. En torno a su lecho, los familiares y el mismo sacerdote lloraban desconsoladamente. Ella, como en un sueño, oía todo lo que decían y rezaban; mientras unos declaraban: “¡Está muerta!”; otros decían: “¡Todavía no!”. Ya tenían lista la urna y algunos parientes y conocidos habían llevado coronas de flores.

Los niños de Babina, a los que enseñaba y amaba mucho, habían llegado trayendo su corona de flores, después de tres horas de camino. Lloraban y a toda costa querían ver a su señorita María, pero no se les permitió.

El doctor Moretti declaraba públicamente que María se estaba muriendo: “Dentro de pocos minutos morirá”. Se sentía un bobo a los ojos de los demás; entonces, no se sabe por qué, preparó una inyección para acelerar la muerte y luego, titubeando, se acercó al lecho de María y dijo a los presentes allí reunidos: “¡Bien, ya no sufrirá más!”. Estaban presentes el sacerdote y algunas personas, que no se dieron cuenta del tipo de inyección que le estaba poniendo. Solamente más tarde, cuando se dieron cuenta, declararon que si él hubiese sido denunciado habría ido a la cárcel y habría perdido el puesto.

Pese a que María ya estaba casi muerta y el corazón ya no funcionara regularmente, el buen Dios hizo que aquella inyección no penetrase en el torrente sanguíneo, sino que se localizase en el brazo. El brazo se le puso muy rojo y el mismo médico tuvo que curárselo durante largo tiempo. Después él se justificó diciendo que lo había hecho para no hacerla sufrir más, visto que estaba desahuciada; y declaró que fue un verdadero milagro que haya quedado con vida.

Habían llamado también a otro autorizado médico alemán, venido de Split; también su pronóstico era de “no más de una hora de vida, porque su corazón ya estaba cediendo”. Y María sintió claramente cuando la dejó caer como si fuese un peso muerto; entonces su hermano Ante, quejándose, llamó la atención al médico diciéndole: “¡Así no, doctor; así no; ella es como una reliquia para mí!”.

Después vino su hermana Jakica, también gravemente enferma, para darle el último adiós, y le preguntó si estaba en conocimiento de la gravedad de su estado de salud. María le hizo señas de que sí: hubiera querido confortar a su hermana, pero no logró emitir sonido alguno ni hacerle un gesto; veía en torno a su lecho a sus familiares en lágrimas; con sus ojos entreabiertos vio a su hermano Ante afligido, arrancarse los cabellos con las manos. Después de mucho esfuerzo, le lengua le obedeció y, a pesar de la dificultad, logró balbucear: “sonrían”. Quería decir: ¡alégrese, porque voy donde Aquel al cual he anhelado durante toda mi vida; alégrese de mi felicidad; en vez de llorar, alégrese y sonrían!

En aquellos días de agonía esperaba a cada momento ir al encuentro del Señor.

Durante aquel estado de muerte aparente experimentaba un sentido de consolación, mientras que durante los diez o doce años anteriores no hacía otra cosa que llorar por sus pecados, y se maravilló siempre de ello.

Veía ante sí, como en un film, toda su vida repleta de trabajo por el Señor; todos sus pensamientos y deseos por Él; le parecía que en ese momento se compadeciera de sí

misma por haber llorado tanto por miedo a perderlo mientras le hablaba como si ya lo hubiese alcanzado: “¡Oh, he llorado tanto por miedo de ofenderte y de ser alejada de ti!”. De una vez veía solamente el bien que había hecho por Jesús. Y no se puede describir cuánta paz y consolación había experimentado en aquellos momentos.

“Si me había engañado, como temo haberlo sido, el Señor perdona a esta pecadora engreída; yo cuento simplemente lo que experimentaba y veía ante mis ojos”.

Al día siguiente, muy temprano, a través de los ojos entreabiertos vio entrar en su habitación a su hermano Ante, implorante, dirigiéndose a María: “¡Žuva (su mujer) ha muerto ; sálvala, sálvala María, hermana mía!”.

Los restos de Žuva fueron colocados en la urna que había sido preparada para María.

(ms, pp. 186-195)

CURACIÓN MILAGROSA

Después que supo por su hermano de la muerte de Žuva, de improviso se le abrieron bien los ojos; María sintió que la vida fluía nuevamente dentro de sí: podía moverse y hablar. Se dio cuenta de que había vuelto a la vida, de haber como renacido.

Lamentando, eso sí, de no haberse ido con Jesús como deseaba, se entristeció y estalló en un fuerte llanto: “Oh, ¿qué es lo que han hecho? ¡Han rezado por mi salud y he vuelto a la vida!”. Y llorando se volvió hacia la imagen del Sagrado Corazón (este cuadro se encuentra ahora en la Casa Madre) y comenzó a lamentarse con Jesús por haberla devuelto a la vida, dejándola en este valle de exilio para sufrir lejos de Él.

Y Jesús misteriosamente le habló: “¡No morirás en este lugar, sino rodeada de tus Hermanas!”. En aquel momento vio religiosas alrededor de su lecho de muerte con el hábito que después vistió su Congregación. En medio de esas hermanas reconoció a Sor Gabriela Telenta, su primera hermana y compañera en la vida religiosa, que en aquella época apenas conocía.

“¡Es necesario que te quedes todavía en la tierra!”, le dijo Jesús, y la visión desapareció.

María se quedó pensativa por un tiempo, pero entendió que el Señor, en un cierto modo, la habría contentado en su deseo por la vida religiosa y en el sacrificio, y además con las personas que habrían tenido en común con ella los mismos pensamientos, deseos y amor por Él.

Comprendió que el Señor mismo habría dispuesto todo; ella debía limitarse solamente a separarse de la casa paterna, como le había escrito el obispo, trasladándose donde las Siervas de la Caridad, donde debía esperar ulteriores directivas.

Debía, pues, recuperar sus fuerzas rápidamente, terminar lo antes posible los trabajos y la enseñanza a los niños de Babina... así, confortada en su propio dolor, se quedó dormida.

El médico andaba diciendo que María había vuelto realmente del otro mundo, y todos se maravillaban. Muchos la creían revivida, como si hubiese resucitado. El mismo Padre Vice Bodlović dijo una vez: “¡Nunca ha resucitado algún hombre, pero María sí!”.

Algunos de la servidumbre, cuando María volvió a hablar, tenían miedo de estar en la casa, porque la consideraban ya muerta. Uno de ellos, Frano Čičo, andaba diciendo: “No creo que estuviese viva y creo que si hubiera escuchado su voz, me habría vuelto loco; y si hubiese visto que, estando muerta, se levantaba, me habría arrancado de la casa”.

Temprano, en la mañana siguiente, María Telenta (la futura Sor Gabriela) había ido a la iglesia. El párroco, Don Pedro Franulović le pidió que fuera a ver si María aún vivía y que volviera a decírselo.

Cuando María la vio, alargó los brazos, diciendo: “¡Oh, si tú supieras, si tú supieras!... Tú eres mi hermana!”. Y no lograba decirle otra cosa debido que su lengua estaba todavía hinchada, lo que no le permitía hablar libremente, pero quiso abrazarla y besarla, repitiéndole: “¡Tú eres mi hermana, mi hermana!”.

María Telenta creyó que estaba delirando y se puso a acariciarla suavemente, diciéndole: “¡Cálmese, señorita María!”, mientras que María seguía diciéndole: “¡Oh, si tú supieras...!”¹⁹.

Como ya lo he dicho, se ve que el Señor mismo mandó a María la primera hermana de la Congregación, para confirmarle que la visión era verdadera.

María Telenta apenas conocía a María Petković hasta entonces, pero, como ella misma declaró, y creo que ya está registrado, oía la voz de Dios, cuando a veces en la iglesia fijaba la mirada sobre María, que le decía: “¡Un día tú le ayudarás...!”. En ese momento no entendía y se preguntaba qué ayuda habría podido brindar a María Petković. De todas maneras, ya desde entonces inconscientemente la quería mucho, por eso la tarde en que María estaba moribunda, María Telenta, estando ya acostada, oyó decir bajo su ventana: “¡Sí, está muerta!”, saltó de la cama, en camisa de noche, se arrodilló en medio de su habitación con los brazos levantados al cielo, implorando y rogando a Dios que hiciese vivir a María.

(ms, pp. 197-201)

REANUDA SU TRABAJO EN BABINA

A menos de dos meses de la grave enfermedad, todavía débil, quiso trasladarse a Babina (era comienzos de febrero de 1919) para reanudar y llevar a término la enseñanza a los niños.

Quería, además, aprovechar para transcurrir este último resto de tiempo en su tan amada soledad; para estar al menos cada media jornada a solas con Jesús: quería rezar y meditar en vista de sus futuros compromisos.

Por este motivo, se fue sola para no ser molestada por nadie. Solamente, por un orden precisa de su madre, tomó consigo una joven del lugar para que fuera a dormir con ella por la noche.

Sabía que esta sería la última vez que enseñaría y educaría a esos queridos niños, por eso quería imprimir en sus corazones el amor y la fidelidad al Señor y también los principios necesarios para una recta vida moral y cristiana.

Se había comprometido con los más grandes a completar el programa del tercer año elemental, mientras que con los más pequeños (de siete u ocho años) había terminado el programa del primer año.

Durante esta permanencia en Babina, el demonio trató de atemorizarla con todas sus fuerzas con pensamientos contra la esperanza de su salvación. Allí, en aquella soledad, no había nadie, mucho menos un confesor que le diera un poco de ánimo y de ayuda, y para apartar de ella aquellos pensamientos malos. Así, agitada por el dolor y el llanto, se había postrado sobre el piso de su habitación ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Entre tanto, en torno a su casa se habían reunido algunos niños para el catecismo. A la cabeza del grupo estaba el pequeño Iván Fazol (de tres o cuatro años), que iba a menudo con sus hermanos y asistía a las lecciones de catecismo, aunque toda-

¹⁹ Era el 1° de diciembre de 1918.

vía no estaba en edad escolar. Este entró primero y rodeó con sus brazos las rodillas de María, levantó la cabecita y en voz alta, exclamó: “¡Señorita, usted se irá al paraíso!”.

Estas palabras las tomó María como venidas del cielo en respuesta a las preguntas que hacía a Jesús. El niño, en efecto, no estaba en grado de comprender aún qué era el paraíso o el infierno; y mucho menos podía conocer su estado de ánimo.

(ms, pp. 203-205)

MARÍA TELENTA

Un día, María fue de Babina a Blato para confesarse y comulgar, para recoger libros espirituales, material y libros didácticos para la escuela. Debía volver el mismo día a su querida soledad. Por alguna razón, antes de partir pasó donde su hermana Ivica, casada un Kunjašić.

Cuando su hermana entendió que María estaba por volver a Babina, le preguntó con quién iría y quién la acompañaría. María admitió que estaba sola allá y que solamente iba una jovencita a hacerle compañía por la noche.

Ivica la reprendió, diciéndole: “¡Es impensable que una mujer esté sola en ese lugar tan aislado!”. Y le propuso que llevase consigo a una joven, una modista, que estaba con ella.

¡Esa modista era María Telenta!

Si bien María estaba deseosa de conocer mejor a la Telenta, sin embargo, hubiese preferido ir sola, temiendo ser disturbada en su soledad y en el recogimiento espiritual con Dios, pero su hermana Ivica la obligó a aceptar. A María no le quedó otra opción que llevar a María Telenta consigo. A esta última, Ivica le ordenó hacer divertirse y distraer a María, porque la veía demasiado retirada y pensativa, y temía por su salud, considerando lo acaecido anteriormente.

María Telenta fue con ella a Babina para ser su visible ángel custodio.

El buen Dios había encontrado así el modo de que se conocieran mejor y experimentaran la vida en común. María Telenta la ayudaba, aseaba la casa, preparaba lo necesario mientras María se ocupaba de la escuela, de su lectura espiritual o la meditación.

María Petković había hecho un horario de tipo monástico que observaban escrupulosamente; incluso la recreación, pese a que eran solamente dos.

Durante la recreación, María Telenta salía con algún chiste para distraerla; en cambio, María prefería el juego en que la Telenta hacía la parte de la señora que mandaba y ella la de la sirvienta que obedecía. De esta manera sonreían alegres y se divertían inocentemente.

María Telenta la acompañaba por el bosque hasta el monte para la meditación y para la comunión espiritual. Otros ejercicios espirituales y el resto de las oraciones los hacían juntas.

María Telenta quería estar siempre cerca de ella y temía que María se cansase, por eso chocaba con los niños que con mucha anticipación acudían a la escuela para estar con su señorita María.

(ms, pp. 206-208)

DESPEDIDA DE LOS NIÑOS DE BABINA

“Al acercarse el tiempo en que debería despedirme de todos y de todo para seguir la llamada de Dios y como había decidido que el 25 de marzo de 1919 me iría a vivir con las Siervas de la Caridad, era necesario que dejara Babina”.

El llanto de aquella gente y de aquellos niños no se puede describir.

“He llorado también yo con ellos, porque debía despedirme de aquella amada soledad y de los inolvidables coloquios con Jesús para ir a trabajar y luchar con este mundo (porque había comprendido lo que me esperaba), tantos empeños con las autoridades y con el público. Habiéndome ya prometido y entregado a Dios, debía hacerlo; y, a pesar de que estaba triste, pensando en mi indignidad debido a ciertas luchas interiores, sin embargo, me invadió una profunda paz. No tenía miedo de nada, sino que me sentía como si mi alma vibrase y reposase en su Dios”.

En el relato de la ya difunta Gabriela (María Telenta) está escrito (y esto sirva de testimonio): “En sustancia, María había llevado a término la enseñanza escolar a los niños; le había dado las últimas recomendaciones para la vida, a fin de que permaneciesen fieles a Dios, y luego les hizo saber que debía dejarlos porque se iba a servir a Dios. Ante esta noticia todos lloraron y los que no lograron decírselo con palabras, lo escribieron en conmovedoras cartitas.

Llegado el momento de la partida y de la conmovedora despedida, María se sorprendió con la total participación, tanto de parte de los niños cuanto de sus padres que habían acudido a saludarla y acompañarla.

Todos llevaban flores –las niñas en las manos, los niños en los cestos y las más en los delantales– para esparcirlas sobre ella y por el camino que recorría.

A pesar de que se anunciara un temporal y una tempestad, nadie se movió para volver a su casa, sino que todos se quedaron a la orilla del mar para saludar y despedirse de su ‘señorita’ María”.

(ms, pp. 208-209)

TEMPESTAD EN EL MAR²⁰

Justo en el momento de la partida de Babina para Prigradica en una barquilla a remos, se desencadenó un temporal que fue intensificándose cada vez más. María Telenta, atemorizada, no se atrevía a salir de la casa; lloraba y rezaba; la sola vista de la mar gruesa la aterrorizaba.

Se habían atemorizado también los cuatro jóvenes marineros, fuertes y robustos, que se habían ofrecido espontáneamente en señal de gratitud para acompañar a su ‘señorita’ María. Subieron a la montaña para escrutar mejor el horizonte. Incluso el dueño de la barca desaconsejaba vivamente la partida por miedo de perderla en un naufragio y, todavía más, por la responsabilidad de vidas humanas que hubieran podido perecer²¹. Pero, ante la insistencia de María y de su convencimiento de que Dios los habría ayudado, el dueño consintió y prestó la barca.

María Telenta, espantada por la tempestad, no quería salir de casa. María, entonces, le mandó a decir que se quedaría sola, y como la Telenta tenía miedo de quedarse sola en una casa tan solitaria, no le quedó otra que partir.

Ya en la barca, mientras estaban en el pequeño puerto, no tuvieron grandes dificultades, pero apenas salieron detrás del promontorio al mar abierto, se dieron cuenta de toda la gravedad del mar tempestuoso. A este punto, María, llena de confianza y de fe,

²⁰ Cualquiera diría que aquella tremenda tempestad en el mar hubiese sido desencadenada por los mismos infiernos para impedirle a María que partiera de Babina porque iba a prepararse para un camino que la habría llevado a la fundación de una nueva Congregación; o bien, para truncarle la vida misma impidiéndole seguir la voz de Dios. Pero María tuvo una gran fe en que el Señor habría aplacado la tempestad.

²¹ María debía ir a Blato a toda costa para emitir sus votos en la Tercera Orden Franciscana ya que, con este motivo, iría a Korčula un padre franciscano.

se volvió hacia aquel inmenso mar en tempestad, estiró los brazos y, en voz baja, dijo: “¡En el nombre de Jesús, cálmate!”, e hizo la señal de la cruz.

En corto tiempo el mar se calmó como el aceite, la superficie se volvió lisa y luminosa como el esplendor de un bellissimo mármol, mientras la barca se deslizaba silenciosa como si volase. A este punto, los marineros se dieron cuenta de que no era necesario remar porque la barca avanzaba por sí sola; dejaron los remos y entonaron cantos sagrados.

Así, dando gracias a Dios y llenos de buen humor, llegaron felizmente a Prigradica. Una vez desembarcadas las dos mujeres, los marineros dijeron: “¡Señorita, ahora levante los brazos por nosotros, para que regresemos sanos y salvos a Babina!”.

Pero María no se atrevió a levantar los brazos, porque no sentía ningún impulso interior y también porque el mar se mantenía calmo.

Estaban llegando a las primeras casas de Blato cuando comenzó a llover fuertemente y tuvieron que cobijarse en casa de Stana. María estaba triste y preocupada por la suerte de aquellos pobres marineros, por lo que rogó fervientemente a Dios que los salvase y los condujese felizmente a Babina.

(ms, pp. 209-212)

CAPÍTULO V

LA CONGREGACIÓN Y LAS OBRAS

HACIA LA FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN

Dios omnipotente, nuestro amabilísimo Padre, en su inmensa caridad y misericordia, por medio de su amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, quiso instituir esta pequeña Congregación suya para sus santas obras de caridad y de misericordia a favor de los miserables y de los enfermos, en particular de los niños abandonados.

Para la fundación de dicha Congregación se sirvió de miserables medios, se sirvió de su sierva. Por este motivo, en los difíciles días después de la guerra, en 1919, el Señor inspiró a su indigna sierva, María Petković, que dejara su casa paterna justamente en el día de su Encarnación, en el día de su misericordia para con el género humano, en el día del descenso de su Verbo sobre esta mísera tierra.

El Verbo, por medio del cual todo fue hecho y creado, escogió su día santo, 25 de marzo de 1919, como día de la concepción e inicio de esta su obra de caridad y de misericordia, de esta su pequeña Congregación religiosa.

El 25 de marzo de 1919 María dejó la casa de sus padres para retirarse a la Casa de las Siervas de la Caridad, que estaban por dejar el pueblo.

Ese mismo santo día había venido con ella, como acompañante, su primera colaboradora y hermana, María Telenta Vicio, la cual, por especial inspiración divina, había decidido acompañarla en su vida y actividades. Algunos días antes, en efecto, le había confiado que le había dicho al párroco, Don Pedro Franulović, que no entraría en la Congregación de las Siervas de la Caridad, sino que habría seguido a María Petković.

Así, el Señor, en la persona de esta buena, pura, humilde y santa alma, le dio un ángel para el camino de su vida, con el fin de que la animase y le fuese de ayuda en los días difíciles de la fundación de la Congregación, fuese como una verdadera hermana y colaboradora fiel, y, junto con ella, cuidase de esta pequeña Congregación.

Las Siervas de la Caridad la acogieron con mucho gusto y afecto. María les había informado previamente que serían dos. Como pensionistas pagaban mensualmente, María 500 krunas, mientras que María Telenta les entregaba todo cuanto lograba ganar con su trabajo de modista.

A María se le asignó una habitación donde arregló sus efectos personales y su ajuar. Si bien la habitación de las hermanas no fuese amplia, le hicieron esta concesión de buena gana.

Mientras estaba a la espera de que se le revelase la santísima voluntad y providencia de Dios acerca de ella, María desarrollaba las actividades de apostolado, guiaba las asociaciones católicas, se ocupaba de los niños pequeños. Estaba empeñada sobre todo en la conducción del comedor popular para cerca de 3.000 personas a las que distribuía los bonos para el retiro de los alimentos.

En vista de que la calle estaba llena de gente pobre en fila para retirar el bono, a menudo María corría el riesgo de ser aplastada; por este motivo, a veces, subía al primer piso del edificio y desde el balcón llamaba uno por uno a los interesados para la distribución de los bonos.

Al no ser un miembro de la comunidad, sino solamente una pensionista, podía salir libremente para realizar gestos caritativos y visitar a su madre.

Después de dos meses, el 15 de mayo, falleció la Superiora de las Siervas de la Caridad; las restantes dos hermanas y una administradora regresaron a Italia, a su Casa Madre en Brescia, entregando la Casa y el asilo infantil a María Petković, sin saber si volverían.

La gente no quería a los italianos, que en aquel período ocupaban Dalmacia, por eso las hermanas se habían dado cuenta que era mejor irse; y, por lo demás, bien poco podían hacer, visto que habían quedado solamente dos, ya ancianas, sin nuevas vocaciones, excepto una postulante. No podían recibir ayuda ni de la Casa Madre ni de la Provincia. Por consiguiente, el 13 de junio habían partido para pedir a su Madre que las ayudara o las retirara. Pocos días después, el 25 de junio, llegó la noticia de que ya no volverían. Y más tarde (16 de julio), como se verá, el obispo de Dubrovnik hizo saber que las hermanas no podían regresar y que habrían mandado a retirar sus cosas.

Así, María Petković y María Telenta se quedaron solas y, con la ayuda de Dios, comenzaron a trabajar en el asilo, en el comedor popular, etc. Para que no tuvieran miedo, por consejo del párroco, por la tarde iba a dormir con ellas una anciana y piadosa mujer, Jaka Bačić Bobović, presidenta de las Terciarias franciscanas.

De esta manera, por la inesperada Providencia divina, quedó a disposición de la naciente Congregación la Casa y todas las cosas de primera necesidad.

A los ojos de la gente no pareció nada extraordinario, porque María estaba casi todos los días con las Siervas de la Caridad por varios empeños, de manera que nadie del pueblo se extrañó al verla al frente de todas las actividades después de la partida de las hermanas. Al contrario, muchos, por un cierto provincialismo, estaban contentos al ver que el colegio y todas las actividades a favor del pueblo habían pasado a las manos de María.

De manera que ambas mujeres, que se quedaron solas, con la ayuda de Dios, llevaron adelante el colegio y las demás actividades.

No había pasado mucho tiempo cuando se presentaron dos piadosas jóvenes que deseaban unirse a ellas. La primera era Palma Bačić Fratrić de Antonio (Sor Catalina de la Santísima Trinidad) y la segunda Magdalena Šeparović (Sor Vicenta de la Pasión de Jesús). Ambas eran Hijas de María, escuchaban las enseñanzas y discursos de María y tenían la vocación para consagrarse a Dios desde la infancia; en consecuencia, llevaban una vida retirada y devota.

Pero María les dijo que no podía aceptarlas de inmediato, hasta que las Siervas de la Caridad no hubieran mandado a buscar sus pertenencias; podían ayudar durante el día en el comedor popular, pero por la tarde debían volver a sus casas.

Mons. Marčelić escribió nuevamente el 16 de julio de 1919 a María Petković, diciéndole: “¡En el mundo todo sucede según la voluntad de Dios! La Providencia divina gobierna el universo y cada cosa que sucede en el mundo. El ojo de Dios ve todo, el bien y el mal. Si las Siervas de la Caridad dejan Blato, yo deseo y, luego de haber rezado a Dios, he llegado a la conclusión que tú permanezcas en la casa como superiora junto con las demás que ya están contigo y que lleven adelante el colegio como mejor puedan, bajo mi dirección y la del párroco. Tú misma, varias veces, me has manifestado el deseo de ofrecerte a ti misma y tus bienes a favor de tus conterráneos de Blato. He aquí la ocasión. ¡Esta es la voluntad de Dios! Preparen un inventario de las cosas que hay en la casa: mesas, camas, etc. Y no será difícil que se pongan de acuerdo con las Siervas de la Caridad de Dubrovnik; les darán lo que es justo. Pongámonos solos de pie. Encomiéndense a Dios y acepten las cosas tranquilamente”.

El 21 de julio llegaron a Blato dos Siervas de la Caridad de Dubrovnik para llevarse sus pertenencias y entregaron a María una carta (del 20 de julio) del obispo en la que decía: “Ayer por la tarde la Madre vicaria de las Siervas me dijo que había recibido de la Generala de Brescia la orden de enviar a las hermanas de Dubrovnik para que se llevaran sus cosas. Arreglen todo como mejor puedan. Mi saludo y mi bendición a ti y a tus compañeras”.

Después de haber leído la carta, María advirtió que se trataba de la clara manifestación de la voluntad de Dios a través de su obispo y padre espiritual. En aquel instante sintió todo el peso y la importancia de aquel sacrificio y de dar inicio a la nueva Congregación religiosa. Ante este pensamiento casi se desmayó, pero, vuelta la mirada hacia la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, dijo: “¡Heme aquí, Señor, como quieres tú; he aquí a tu sierva; hágase en mí tu voluntad!”.

Después, llamando a Palma Bačić y a Magdalena Šeparović, que durante el día se ocupaban del comedor popular, les dio a conocer la decisión del obispo, y les dijo que debían decidir solas y libremente si quedarse con ella en Blato, según la voluntad del obispo, o irse a algún otro convento ya constituido. Les hizo presente también las distintas dificultades y todos los posibles padecimientos a los que se enfrentarían si se quedaban con ella, ya que nada se sabía todavía sobre la manera de seguir adelante. Y les aconsejó que sería mejor para ellas ingresar en una Congregación ya constituida. Pero ellas, abrazándola, respondieron que querían quedarse con ella aun a costa de sufrir.

No obstante, María las mandó donde el párroco, Don Franulović, para tener su parecer: él les aconsejó que se quedaran con María en Blato y que él mismo se ocuparía de ellas.

Así, el 3 de agosto de 1919, día en que volvieron a partir las Siervas de la Caridad que habían ido de Dubrovnik a recoger sus cosas, ante su ferviente súplica, María las recibió a ambas.

Magdalena Šeparović, Palma Bačić y María Telenta abrazaron a María Petković y la llamaron “madre”. También la gente, espontáneamente, comenzó a llamarla “Reverenda Madre”, si bien no vistiese aún el hábito religioso.

Con los bienes de María se compró a las Siervas de la Caridad una parte del mobiliario de la Casa; mientras que el mobiliario de la capilla y de la escuela lo habían dejado porque provenía de los fondos de la beneficencia pública.

De esta manera, el Señor mismo había preparado todo: Casa, escuela con los bancos, pequeña capilla con el Santísimo, huerta, camas, armarios, libros, etc.; justo como María, en sus coloquios con Él, le había pedido, como se le había presentado en la visión y según el pacto hecho con Él en Prostražišću, cuando le había dicho: “¡Heme aquí, Señor; me entrego totalmente a ti; estoy dispuesta a cumplir tu voluntad sacrificándome por ti y por los necesitados (aunque no conozca mi futuro), con tal que tú mismo, Señor y Esposo nuestro, prepares todo. Entonces yo obedeceré y vendré; me sacrificaré con todo mi corazón por ti y por tus hijos; seré como una sirvienta a tu servicio, para cumplir tu voluntad!”.

Luego le había hecho presente que el Esposo debe procurar todas las cosas, preparar la habitación y pensar en su manutención; mientras que la esposa tiene el cometido de tener hijos y velar porque en la familia reine el amor.

En aquella ocasión, el Señor le había sugerido que aceptara a Palma Bačić, la cual trabajaba en la viña y era la hija mayor de un colono. María se había quedado un poco perpleja ante esa indicación del Señor, porque ella nada sabía de su ferviente amor

por Jesús, no sabía que tuviese vocación, no la conocía de cerca; sólo tenía la corazonada de que se trataba de una joven buena, humilde y piadosa.

En aquel lugar el Señor la inspiró también para que la nueva Congregación nutriese una devoción por las benditas almas del purgatorio. Y María prometió que sus futuras hermanas habrían rezado regularmente (observando un voto). En efecto, a su Congregación prescribió, en sufragio por las almas del purgatorio, cada día el rosario de la Bienaventurada Virgen (una parte); cada lunes el ofrecimiento de la misa y de la comunión; cada mes, en cada Casa, se debía celebrar una Misa²².

(ms, pp. 215-225)

INICIO DE LA VIDA COMUNITARIA

Así, las primeras cuatro, es decir, María Petković, María Telenta, Magdalena Šeparović y Palma Bačić, el 3 de agosto de 1919 comenzaron en el Señor la vida religiosa en común con la actividad autónoma de la naciente Congregación.

El día sucesivo fue elaborado un horario y asignados los oficios, mientras que entre ellas reinaba la paz y una difundida beatitud.

María Petković guiaba la comunidad religiosa, el asilo infantil y la escuela de las niñas.

María Telenta Vicio trabajaba para los externos y con ese trabajo contribuía parcialmente al mantenimiento de la comunidad.

Magdalena Šeparović y Palma Bačić, ayudadas por militares, trabajaban en el comedor popular.

(ms, p. 226)

EL HORARIO

4,30 hrs.	Levantada
4,50 hrs.	Oración de la mañana
5,00 hrs.	Meditación
5,30 hrs.	Misa y comunión
	Después de la misa, <i>Te Deum</i> y otras oraciones de acción de gracias, en común
	Después, desayuno; luego, aseo del dormitorio y de la casa en general
7,30 hrs.	Estudio, escuela, primero para los más grandes y después para los más jóvenes
	Continúan los deberes y trabajos asignados hasta las 12 hrs.
12,00 hrs.	Oración y examen de conciencia
12,15 hrs.	Almuerzo, mientras se escucha una lectura espiritual
	Después de almuerzo, breve visita a Jesús Sacramentado, seguida de descanso hasta las 13,15 hrs.
	Después del descanso, continuación de la lectura espiritual, que dura 20 minutos; seguida por el rosario por las benditas almas del purgatorio.
	Después, nuevamente deberes y trabajos individuales.
18,30 hrs.	Adoración y meditación en la capilla

²² “Aquí dejo de escribir porque debo partir para Yugoslavia a visitar a las Hermanas. Si no debiese volver, que se siga escribiendo lo que concierne a la fundación de la Congregación, basándose en la Historia de la Congregación escrita recientemente y no completada. Dejo y entrego todo a Jesús, porque a Él le pertenezco, y esta Congregación es suya. ¡Él la proteja y acompañe hasta la patria celestial! En Él las bendice, su indigna, Sor María de Jesús Crucificado Petković. Roma, 31 de agosto de 1959”.

- 19,30 hrs. Cena, mientras se escucha una lectura espiritual
Después de cena, recreación en común
- 20,45 hrs. Silencio estricto y últimas oraciones de la noche
El silencio total se observa hasta las 6,30 hrs. de la mañana siguiente.
(ms, pp. 227-228)

EL OBISPO MARČELIĆ

El 5 de agosto de 1919, el obispo Marčelić escribió a María: “Me alegra que me hayas obedecido y te hayas quedado en el lugar con tus compañeras. ¡Cada cosa, por grande que sea, comienza con lo pequeño! El grano de mostaza en el Evangelio...”. Y le dio instrucciones y consejos para un buen comienzo.

El día 18, por explícita petición de María, el obispo mandó la Pequeña Regla general de la Tercera Orden religiosa franciscana. Era, en efecto, deseo de María asociarse a la Orden franciscana. Mons. Marčelić escribía: “Les envió la Regla general de la Tercera Orden religiosa de San Francisco. Acepta la cosa seriamente aunque con la debida amabilidad y tranquilidad, según la voluntad de Dios. No temas las dificultades, especialmente las iniciales. Cada comienzo es duro. Prepárate para el empeño con generosidad. ¡A quien es generoso, Dios lo sostiene! Solos somos poco o nada; pero en unión con Dios Omnipotente, también nosotros llegamos a ser poderosos. ¡Todo sea para la gloria de Dios!”.

Y continuaba recomendando: “Antes de aceptar a alguna joven, abre bien los ojos; fíjate si está guiada solamente por la gloria de Dios, por la salvación suya y de las demás almas; si está dispuesta a la abnegación; si desea el bien de su pueblo, Blato; primero que nada fíjate en su conducta moral y, por qué no, también en la salud y situación económica.

La obediencia ocupe el primer lugar; el segundo, la obediencia, y el tercer lugar siempre la obediencia total con el espíritu y el corazón. (...)

Me gustaría saber si han recibido mis cartas y cómo se han orientado. Incluso la semilla pequeña, si es bien abonada, da fruto. Que todos las conozcan por sus buenas acciones, por su humildad, por su abnegación y sus sacrificios. (...)

Tengan en el Instituto una pequeña Crónica donde anotar las cosas más importantes que suceden en el mismo Instituto (...)

Con mi saludo y mi bendición.

† José Marčelić”.

(ms, pp. 228-229)

LA PRIMERA VEZ EN PRIŽBA

Puesto que era el período de las vacaciones de verano y hacía mucho calor, María sintió la necesidad de retirarse en la oración y el recogimiento, por lo que el 7 de agosto, con María Telenta, fue a Prižba, un pequeño cerro, para pasar algunos días.

No había querido ir a una de las casas de vacaciones de su propiedad en Prigradica o en Babina y menos donde su hermana Kata en Brna, porque quería experimentar la extrema pobreza teniendo como modelo a la Sagrada Familia en Belén. En segundo lugar, no quería ser disturbada por nadie en su aislamiento y en la oración, y en Prižba no vivía nadie excepto algunos pescadores, en sus pobres chozas, a una cierta distancia.

Con este fin pidió a la familia Franulović Tripica, que le cediese una de sus chozas destinada a establo: la habían ordenado un poco; sobre el heno habían extendido las sábanas transformándolo en una cama. Llevaron dentro algunas piedras, bastante gran-

des, que servían de mesas y para sentarse. Con tablas recogidas de la orilla del mar hicieron algunos estantes en la cavidad del muro para poner libros y otros objetos. Por la noche, a través del techo, miraban el cielo estrellado. Los pescadores les llevaban verduras, pescado y leche.

Pasaron la mayor parte de los días rezando y meditando en soledad en el bosque o a la orilla del mar.

(ms, pp. 229-230)

NECESIDAD DE UN CONSEJO

María sentía todo el peso de la propia incapacidad e impotencia para guiar una Congregación religiosa, por eso el 28 de agosto fue a Dubrovnik para aconsejarse con el obispo sobre varios asuntos.

El obispo la recibió afablemente y la escuchó. Entre otras cosas, le pidió que encontrara una maestra para enseñar a los niños; o bien, que encontrase otras hermanas para Blato, ya que se sentía impotente para asumir todo el encargo.

A lo que el obispo respondió: “Hijita mía, lleva adelante el Instituto; Dios te ayudará porque Él mismo lo ha querido. Piensa en el sorprendente retiro de las Siervas de la Caridad de Blato; en eso se ve la mano de Dios. No pienses en encontrar una maestra; ¡Dios se sirve de los pequeños!”.

Además, le impartió varias enseñanzas sobre el empeño moral y material.

Como aún no estaba convencida de tener que confiar en sus solas fuerzas, para tener más consejos, se dirigió también a la experta y sabia superiora de las Siervas de la Caridad en Dubrovnik, Madre Agustina, preguntándole, entre otras cosas, lo que pensaba de la decisión del obispo. Le respondió: “Hija mía, comprendo lo que quiere el Sr. Obispo; la conozco también a usted y le digo que esto tendrá buen éxito. No tema; sírvase de personas sencillas y sinceras. No piense en una maestra; podría arruinarlo todo. No dude del éxito; ¡Dios hace grandes cosas de la nada!”.

Así, María, cargada con la cruz destinada por la Providencia, volvió felizmente a su convento en Blato, donde las hermanas la esperaban y la acogieron con gran gozo. Ella les refirió las palabras e intenciones del obispo, de lo que ellas se alegraron sobremanera.

(ms, pp. 231-232)

DEBERES Y ACTIVIDADES

Cada domingo y todos los días festivos, unas noventa jóvenes asistían al Instituto para seguir los distintos cursos y el catecismo. En tanto, en el patio, se entretenían unas setenta niñas más pequeñas, que jugaban y seguían el catecismo.

Después de la bendición eucarística se reunían las Hijas de María (cerca de 200), a las que se les enseñaba cómo llevar una vida de virtud cristiana, seguía también el catecismo y después, un poco de recreo.

En muchas de estas buenas jóvenes e Hijas de María, al recibir tales enseñanzas, se les despertó la vocación de consagrarse a Dios e ingresar en esta nueva comunidad. Pero María, por falta de espacio, no podía recibir tantas, por lo que las encaminaba a otras Congregaciones.

El 15 de septiembre de 1919, de acuerdo con el párroco, Don Pedro Franulović, se abrió un Albergue diurno y un Jardín infantil, inscribiéndose cerca de 120 niños, que más tarde llegaron a unos 150.

Además, María daba lecciones privadas a seis niñas por la tarde, después que los pequeños volvían a casa.

Al comienzo, el Albergue lo guiaba María, mientras que al año siguiente se hizo cargo Sor Vicenta Šeparović, hasta que llegó a la Congregación Margarita Radić (Sor Buenaventura) quien, ayudada por otra maestra, tomó la dirección del asilo y del Albergue diurno.

(ms, pp. 232-233)

EL ORFELINATO

El 17 de noviembre de 1919 se recibieron en el Instituto las dos primeras niñas, huérfanas de ambos padres y sin parientes cercanos. Las mismas (Franica y Katica Bosnić Markun) que algunos años María antes no había podido ayudar y había pedido al Señor: “¡Oh Dios, dame una casa donde acoger huérfanas, para que yo pueda educarlas y hacerles de padre y de madre!”.

De este modo se comenzó a acoger niños huérfanos ya desde los inicios de la Congregación; y después, se ha continuado aceptándolos.

Como la Casa era pequeña, en un primer momento María arrendó una casa del vecino Burčina (que luego se compró) para poder recibir un mayor número de huérfanos; más tarde, cuando comenzaron a llegar las vocaciones, las huérfanas fueron ubicadas en el así llamado castillo de Bruk.

Las huérfanas estaban gratis; luego, durante un cierto período, las autoridades civiles contribuyeron también, si bien en una medida reducida.

(ms, pp. 234-235)

LAS NUEVAS VOCACIONES

Comenzaron a afluir nuevas vocaciones. Fueron aceptadas Frana Kaštopil Perusil (Sor Teresa), Anka Sladović de Korčula (Sor Josefa); después, el 23 de mayo de 1920, festividad de Pentecostés, Mara Radaić Kralj y Tona Cetinić Krnjan, ambas de Blato, y Jozica Franulović de Velaluka. Más tarde, María Berković de Velaluka²³.

Así, con el pasar del tiempo, de año en año se multiplicaron las vocaciones.

NECESIDAD DE REDACTAR LAS CONSTITUCIONES

En el mes de enero de 1920, María volvió donde el obispo para exponerle sinceramente lo impotente e incapaz que se sentía al asumir la responsabilidad de la nueva Congregación.

El obispo le dijo: “Hija mía, ten fe en Dios: Él mismo ha comenzado esta cosa, Él la llevará también adelante! ¡No confíes en la ayuda humana! He oído hablar del empeño que ponen y que salen adelante. Tú, empéñate en formar nuevas vocaciones para Smokvica y Velaluka. Quiero que se funde un colegio para la educación de los más pobres en la isla de Korčula”.

Y para estimularla más, agregó: “La Casa que la Iglesia local compró para un convento, hazla registrar a nombre de una de ustedes, como lo hacen también las Siervas de la Caridad”.

²³ Mara Radaić se llamó Sor Bogumila; Tona Cetinić, Sor Francisca, Jozica Franulović, Sor Serafina, y María Berković, Sor Vjekoslava.

Al día siguiente, en la curia episcopal, siguió la conversación en presencia de un canónigo. Este, no sabiendo como estaban las cosas, propuso que sería mejor que se asociaran a otra Orden.

María estaba dispuesta a aceptar la proposición con una condición: que esa Orden tuviese como finalidad principal la educación de los estratos más pobres de la juventud femenina, el cuidado y manutención de los niños necesitados y de los huérfanos y la asistencia a los enfermos pobres, de manera que se prestara la mayor ayuda posible a la pobre gente.

La conversación continuó y cuando el canónigo comprendió el asunto, dijo: “¡No, no más hermanas, sino que, como ha dicho Monseñor, ustedes, y nadie más, deben salir adelante!”.

En esta ocasión, Mons. Marčelić ordenó a María que recopilara y escribiera ella misma las Constituciones para la nueva Congregación religiosa. Ella titubeaba, y humildemente le pidió que hiciera primero él un borrador, ya que se sentía incapaz de escribirla por sí sola. Él le aconsejó que tomara como modelo las Reglas de las Ordenes antiguas²⁴ y las adaptara a la vida y trabajo a los que se dedicaría la Congregación. Después, él mismo se preocuparía de que dichas Constituciones llegaran a la Santa Sede para su aprobación.

María, si bien considerase el empeño imposible para ella, obediente inclinó la cabeza poniendo toda su confianza en el Señor.

(ms, pp. 236-238)

REDACCIÓN Y APROBACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES

Para satisfacer el deseo y la orden de su obispo, de escribir las Constituciones para la nueva Congregación religiosa, el 2 de agosto de 1920, María se retiró junto con María Telenta a Prižba, para escribir en la soledad, en el recogimiento y en la oración, en compañía de Jesús, con su ayuda e inspiración, las primeras Constituciones para la Congregación.

Comenzó a escribirlas en el nombre de Dios, primero en espíritu, mentalmente: “¡Todo sea en la caridad, en la sencillez y en la abnegación, trabajando y sacrificándose por los pobres y los huérfanos; por la difusión de la gloria y del amor de Dios por medio de la enseñanza a las asociaciones católicas y, a través de ellas, a sus familias, para que todos conozcan los propios deberes cristianos y amen a Dios nuestro Salvador!”.

Estas Constituciones, María las escribía al aire libre, en el bosque, a orillas del mar, sentada sobre una piedra, sola bajo el azul del cielo.

Durante la redacción sentía como una voz misteriosa que le dictaba a su mente. Estaba convencida que era el Señor mismo quien le dictaba, porque sabía que por sí sola no habría sido capaz de recopilarlas según los cánones de la Iglesia, que ni conocía ni tenía al alcance de la mano. Esto está confirmado por el hecho que cuando el obispo, junto con los cinco canonistas de la Iglesia, las examinó, no encontraron nada en contraste con los cánones; no encontraron nada que corregir. Solamente uno de ellos propuso un cambio sobre la dote; pero al final, con las explicaciones de María, también él dijo que estaba bien lo que había escrito.

²⁴ Las Reglas de San Benito, San Agustín, Santa Clara, etc. No sabía dónde habría podido hallar esas Reglas, en particular la de San Benito, ya que los benedictinos ya no se encontraban en el territorio de su país. Y he aquí que un día, el párroco le llevó la Regla de San Benito, hallada por un hombre en la cima de la colina Gršćica, entre las ruinas de una choza. El libro estaba encuadernado en piel, arruinado por la humedad, impreso probablemente 300 años antes, en latín. El mismo Señor se había encargado de suministrarle también las Reglas de San Agustín, de Santa Clara y algunas otras.

La primera aprobación de las Constituciones la dio el obispo Mons. Marčelić el 15 de junio de 1923; y una segunda, más tarde, el 18 de junio de 1928, después de haber sido puestas al día²⁵.

(ms, pp. 239-240)

LA FORMACIÓN

El Señor mismo inspiraba a María en la enseñanza espiritual y en la formación de las Hermanas. Advertía una fuerza sobrenatural y el Espíritu que hablaba por su intermedio. Se escuchaba a sí misma como si fuese la primera vez que oía esas cosas, que a menudo ella misma, anteriormente no conocía ni había leído ni había oído nunca. Como cuando, por ejemplo, enseñaba que había que pensar bien antes de pronunciar una palabra, porque cada palabra sigue viva para siempre en el éter y a través de las ondas se transmite. En aquel período no se conocía todavía esta teoría, pero ella, en su interior, ya había sido instruida en esta materia.

Cuando debía instruir a las Hermanas o convocar al Capítulo, nunca podía prepararse anticipadamente, porque estaba siempre muy ocupada y hasta el último momento no sabía de qué iba a hablar. Pedía consejo a Jesús y Él respondía tácitamente indicando su propio Corazón, como queriendo decir: hálbales de mi amor; o bien, con la otra mano hacia el cielo y al Padre, es decir: hálbales de mi unión con el Padre, o del amor del Padre mismo. Si se hubiese preparado antes no lo habría sabido hacer, o bien, le habría resultado más difícil; mientras que de esta manera, Él le ponía las palabras en su boca o, sin más, Él hablaba por su boca.

Es una lástima que en los primeros años nadie se haya preocupado de tomar nota de esos discursos, excepto alguien que ha escrito algunas frases para uso privado.

Por la gracia de Dios, las primeras Hermanas tenían el don de la caridad de Dios, por lo que prontamente y con entusiasmo escuchaban las instrucciones que Jesús les daba a través de María. Así, Sor Catalina, Sor Vicenta, Sor Francisca, Sor Teresa, Sor Manuela, Sor Vicenta Bele, Sor Catalina Kunjašić y Sor Julia crecían en las virtudes y en la santidad; se consumaban en el deseo y en el ferviente amor por Jesús.

Su vida se desenvolvía totalmente bajo el signo del amor de Dios, que las sostenía y las fortificaba; tanto que a menudo se oían exclamaciones como estas: “¿Se podría encontrar en otra parte, si no en el cielo, tanto amor y tanta beatitud que la que reina entre nosotras?”.

Particularmente gratas eran las tardes invernales cuando, bajo una pálida luz, se llevaban a cabo los trabajos manuales, hablando de Dios, de las virtudes, del amor de Jesús, de la vida de los santos; o bien, mientras una de ellas leía las demás escuchaban inflamándose de amor por Dios.

Fue conmovedor el ejemplo de Sor Catalina Bačić Fratrić, fallecida el 28 de diciembre de 1922, consumida como víctima de amor durante los tres primeros años. Al saber el diagnóstico médico, llena de felicidad, estrechó la mano a cada una de las Hermanas y, exultando de gozo, dijo: “Hermana, soy más afortunada que usted, porque iré con Jesús antes que usted”.

²⁵ Ambas Constituciones, la primera redacción y la segunda, puesta al día, se conservan en el Archivo de la Casa General en Roma, en su texto original. Sirvieron, más tarde, para poner al día las últimas Constituciones, aprobadas y confirmadas definitivamente. “Queridas y amadas Hermanas, guarden y amen sus Constituciones, porque son obra del mismo Señor nuestro; obsérvenlas en su vida como una explícita santísima voluntad de Dios; obsérvenlas en su trabajo y para su santificación. Según ellas, traten de vivir y actuar por la difusión de la gloria y del amor de Dios para la salvación de las almas”.

Igualmente, otra vez, María oyó durante la noche a Sor Catalina, como en éxtasis, decir: “Oh Jesús, ¿cuándo te veré?”, y: “Oh Santísima Trinidad, ¿cuándo te veré y podré alabarte por siempre en el cielo?”.

Como acontece con los santos, así también con nuestras Hermanas, el amor por Jesús mitigaba y les daba fuerzas para resistir incluso en las pruebas más duras. Cumplían alegremente las labores más pesadas por amor a la Congregación. Se contentaban con el alimento incluso más pobre, el que, durante las dificultades iniciales, no era ni nutritivo ni suficiente. Enfrentaban cualquier dificultad con el ánimo pronto al sacrificio y la abnegación, dando así una gran contribución a la fundación de la Congregación.

Todas iban de buena gana a recoger la limosna para la manutención de la comunidad. Las familias más pudientes las ayudaban y ellas, por su parte, iban a visitar a los enfermos necesitados y, además de ayudarles materialmente, ejercían una misión instruyéndoles y confortándolos en sus dolores.

Estas Hermanas poseían sobre todo el espíritu de obediencia de una manera que se encuentra solamente en los grandes santos. Nutrían un gran amor y estima por su Madre a la que querían mucho más que a la propia madre natural.

En este desarrollo tan fecundo de vida espiritual, la pequeña Congregación crecía poco a poco y la bendición de Dios estaba sobre ella. Cada día aumentaba en ellas el ferviente amor por el Divino Salvador y su íntima unión con él.

(ms, pp. 241-244)

FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN

El obispo Mons. José Marčelić, constatando que la comunidad procedía según el verdadero espíritu de Dios, decidió que se fundara la nueva Congregación religiosa.

Comunicó a María tal intención a través del párroco de Blato, Don Franulović, el 25 de agosto de 1920. Recomendó preparar todo para la vestición religiosa. Cuando llegó la noticia, María se encontraba en Prižba, donde estaba escribiendo las Constituciones. Volvió de inmediato a Blato para hacer los preparativos de la vestición.

Para el santo hábito, por inspiración divina y consejo del obispo, María dio indicaciones sobre cómo debería ser cortado y cosido recordando las indicaciones que le diera el Señor cuando estaba por morir (el 2 de diciembre de 1918). El hábito lo confeccionó, naturalmente, María Telenta Vicio y dado que después de la guerra la tela costaba mucho, el Señor la ayudó por medio de su hermana Kata (ya viuda de Tomašić), quien donó la tela para algunos hábitos, y el resto lo compraron²⁶.

Entre tanto, es decir, mientras se confeccionaban los hábitos, María preparó a las Hermanas con instrucciones inherentes a la vida religiosa de virtud y santidad.

Contemporáneamente, de acuerdo con el obispo, escribió una carta al Padre Mariano Stašić, superior de los franciscanos de Split, pidiendo que ellos dirigieran los ejercicios espirituales en preparación a la vestición.

El Padre Mariano aceptó de buen grado y el 25 de septiembre llegó a Blato para comenzar los santos ejercicios al día siguiente. Cada día había cuatro prédicas muy sentidas, tanto que todas se conmovían hasta las lágrimas.

²⁶ “El hábito religioso original era del mismo corte que el actual, es decir, mientras escribo (1959). Como hoy, también en ese entonces estaba compuesto por las siguientes prendas: la túnica negra, escapulario, cordón blanco franciscano, cuello almidonado, una pequeña cofia blanca, frontal almidonado y velo negro, la cruz de metal sobre el pecho y la corona franciscana colgada al cordón. Para los días festivos y para salir, el manto de tela negra”.

Los ejercicios concluyeron solemnemente la víspera de la fiesta de San Francisco (3 de octubre) con la misa. Antes de la comunión, el Padre habló aún de la unión con Cristo de una manera tan conmovedora que las incitó a esperar el santo día de la vestición con una disposición de ánimo devota y ansiosa.

Inmediatamente después de su llegada a Blato, Monseñor se dirigió al Instituto. En la capilla, les dirigió un paterno saludo poniendo de relieve el valor del día siguiente, en el que se consagrarían a Dios para siempre. Luego las llamó una por una para el examen canónico. Al final, se declaró satisfecho porque las había encontrado a todas bien preparadas, como las vírgenes prudentes, prontas para ir al encuentro del Esposo.

Mons. Marčelić pidió, entonces, al Padre Stašić que escogiera los nuevos nombres junto con las candidatas. Preguntó primero a María qué nombre quería. Ella respondió: “Me llamo María y como terciaria me llamo Magdalena, por eso quisiera quedarme con el mismo nombre”, aunque en su interior deseaba llamarse María de Jesús Crucificado. Poco tiempo antes, en efecto, había rogado a Jesús, bañando con lágrimas su cruz, que le diese este nombre como signo de que la aceptaba como su esposa. Desde siempre estaba convencida de su propia indignidad para ser esposa de Jesús.

Las Hermanas, en coro, dijeron: “¡No, Magdalena no, sino Angélica!”; a lo que ella se opuso.

El Padre Stašić pidió silencio, extendió ambos brazos, miró al cielo, y dijo: “Se llamará *Maria Jesus Christi Crocefisci*, que significa María Crucificada”.

María le preguntó si alguien le había informado sobre esto, pero él declaró delante de todos que no, sino que en aquel instante se le apareció escrito en el cielo. Después, se levantó y rápidamente fue a la habitación vecina donde se encontraba el obispo y le refirió lo que había visto, mientras que todos oíamos la explicación del obispo que decía: “*Maria Jesus Christi Crocefisci*, no significa María Crucificada, sino María Propetog Isukrsta (María de Jesús Crucificado)”.

Así, el Señor mismo reveló el nombre que ella en secreto había pedido.

Se continuó con la elección de los nombres para las demás candidatas, oyendo el parecer de María y de las interesadas.

Más tarde se estableció y concordó con el obispo todo lo necesario para la solemne celebración del día siguiente y las necesidades de la nueva Congregación.

En cuanto al nombre de la Congregación, Monseñor interpelló a María, que respondió: “Se llamará Congregación de las Hijas de la Misericordia de la Tercera Orden de San Francisco, en cuanto que Caridad y Misericordia se asemejan. Es decir: la Hermanas realizan actos de misericordia y actos de caridad por amor a Dios; ‘Hijas’ quiere decir algo que proviene del Padre; ‘hija de la misericordia’, porque brota del Corazón misericordioso del Padre y realiza actos de su misma misericordia”.

Cuando la población supo de la llegada de Monseñor y del clero, que realmente se realizaría la vestición y la fundación de la nueva Congregación, se conmovieron y se preocuparon por adornar de flores todo el pueblo y las callejuelas por donde pasarían las candidatas. Algunos hombres, durante la noche, habían cortado árboles de pino y las jóvenes habían preparado guirnaldas para embellecer la calle y los balcones. Moviéndose, en efecto, por la parte este del convento, pasarían por San Jerónimo hasta llegar a la iglesia parroquial.

(ms, pp. 247-250)

LA PRIMERA VESTICIÓN

El 4 de octubre estaba todo preparado, pero debido a un imprevisto atraso del obispo, la ceremonia se realizó al día siguiente. Sin embargo, por explícita orden del obispo, la fecha oficial e histórica de la vestición y de la fundación debía seguir siendo la fiesta de San Francisco. Y así fue.

En la mañana, a las 5,00 hrs., las campanas de la iglesia de Todos los Santos en Blato anunciaron festivamente que sus hijas, las hijas de su nación, estaban por dar vida a una nueva Congregación.

Respondió la campana del convento, como la voz del Esposo que invitaba a las vírgenes a prepararse. Y ellas, gozosas y alegres, respondieron. Se vistieron de blanco; sus cabellos, que debían ser sacrificados a Dios, caían sueltos por la espalda. Sus cabezas estaban cubiertas de blancos velos y coronadas con las guirnaldas de las vírgenes.

Llegaron poco a poco sus padres y parientes a darles un último saludo. En la conmoción y en el llanto de todos los presentes, abrazaron a sus padres, quienes les dieron la bendición.

Llegaron también las madrinas, que fueron las primeras y más calificadas viudas del pueblo; las Hijas de María y las integrantes de la Asociación del Angel con sus estandartes.

Cuando llegó el párroco, Don Pedro Franulović, María se le arrodilló delante y le pidió la bendición, diciendo: “Desde este momento, yo, por intermedio suyo, me entrego en las manos de Jesús a mí misma y a mis Hermanas en Dios, para que usted sea para ellas padre y madre, ya que ellas dejan hoy definitivamente a sus propios padres naturales”.

A las ocho, las campanas repicaron de nuevo a fiesta y el cortejo se movió. Al frente había una niña vestida de blanco que llevaba la cruz del Salvador adornada con rosas y tules blancos, a las que hacían corona otras dos, también vestidas de blanco. Seguían las candidatas con sus madrinas, después los padres y los parientes.

Acudió toda la población que formó dos filas a lo largo del trayecto. El ingreso principal de la iglesia parroquial estaba adornado de ramas verdes y tules blancos. Ahí estaba el Padre Mariano Stašić, vestido con los ornamentos sagrados, que las acompañó hasta el altar de Santa Vicenta, donde, con ornamentos pontificales, las esperaba Mons. José Marčelić, junto con los demás sacerdotes y clérigos²⁷.

La iglesia estaba llena de gente, tanto que algunos se habían subido al púlpito y otros a los confesionarios.

Comenzó la misa solemne. A la comunión las candidatas cantaron: “Oh Jesús bueno y amable...”.

Terminada la liturgia eucarística, el obispo pronunció un discurso; después se entonó el *Te Deum* y el *Ven, Espíritu Santo*, luego de lo cual comenzó la ceremonia de vestición.

Primero le correspondió a María, quien fue vestida por Monseñor, ayudado por los sacerdotes y por su madre. Don Vicko Bosnić recogió en una bandeja los mechones de cabellos cortados. El Padre Stašić tomó de las manos del obispo el cordón y se lo ciñó a su cintura. Luego se acercó al altar María Telenta Vicio, la que fue vestida por María, y así una a una Palma Bačić Fratrić, Magdalena Šeparović Buda, Jozica Franulović Njalo y Anka Sladović.

²⁷ “El párroco, Don Pedro Franulović, Padre Mariano Stašić, Don Vicko Bosnić, Don Ivo Ostoić, Don Ivo Petković Njosko, Don Frano Milat, Don Zacarías Bosnić y el seminarista mayor Ivo Bučić”.

Enseguida, continuando con el ceremonial, las neo-profesas se intercambiaron un abrazo de Hermanas, mientras se cantaba: “¡Vean: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos!”.

Terminada la ceremonia, las festejadas fueron acompañadas al Instituto. El almuerzo a los padres, a los sacerdotes y a las madrinas fue ofrecido por la familia Petković, y servido en las salas de la escuela.

María, en nombre de las Hermanas, dirigió a todos palabras de agradecimiento. Al final las huerfanitas dirigieron un saludo y un augurio muy conmovedor, que puso en evidencia cómo aquellas Hermanas habían dejado sus propias familias para acoger a los niños de otros, tratándolos como hijos propios.

Al día siguiente, el obispo debía ir a Smokvica para bendecir la nueva iglesia local e invitó a Sor María Petković y Sor Jozica Franulović a asistir a la bendición para que la población las conociera.

Después, el 11 de octubre, volviendo de Smokvica, Monseñor decidió admitir a las hermanas recién vestidas a los santos votos.

Con este fin, él mismo predicó los ejercicios espirituales en preparación a los primeros votos temporales, de manera que se pudiera elegir el Consejo directivo de la nueva Congregación de derecho diocesano.

Las seis novicias tenían un ferviente deseo de pronunciar los santos votos para estar lo más posiblemente unidas a Cristo y comenzar en plenitud la vida religiosa.

(ms, pp. 251-255)

EL PRIMER CAPÍTULO GENERAL

El primer Capítulo General y la elección del Consejo directivo de la nueva Congregación tuvo lugar en Blato el 13 de octubre de 1920, presidido por Mons. José Marčelić, asistido por el párroco, Don Pedro Franulović, y por el Padre Mariano Stašić, superior de los franciscanos en Split.

Las electoras eran seis: Sor María Petković Kovač, Sor María Telenta Vicio, Sor Palma Bačić Fratrić, Sor Magdalena Šeparović Buda, Sor Jozica Franulović Njalo y Sor Anka Sladović.

Después de la invocación *Ven, Espíritu Santo*, siguió la votación secreta. Sor María Petković Kovač fue elegida como Superiora General por unanimidad y Sor María Telenta Vicio como Vicaria.

María no estaba tan entusiasmada con el nombramiento porque se consideraba indigna e incapaz de asumir semejante responsabilidad. Pero Monseñor la animó y le ordenó aceptar el encargo por obediencia; luego se dirigió al Padre Stašić y le pidió redactar el acta de nombramiento, el que sería leído públicamente a la mañana siguiente en la iglesia parroquial.

(ms, pp. 256-257)

LOS PRIMEROS VOTOS

El obispo Marčelić decidió que el día 14 sería el día de los primeros votos religiosos temporales, en cuanto que la Congregación recién instituida no disponía de las Hermanas profesas necesarias para la dirección y conducción de la misma.

En aquel feliz día se repitió la gran solemnidad con la participación de toda la población.

A las 9,00 horas., las novicias, acompañadas por el festivo toque de las campanas, por las Hijas de María y demás asociaciones, por los padres, parientes y madrinan, se dirigieron a la iglesia parroquial.

La ceremonia se desarrolló ante el altar mayor, adornado para la ocasión. La misa fue celebrada por Monseñor, junto con el clero presente. Al final de la liturgia, al sonido del órgano, el coro cantó: “Ven, amada mía”.

Sor María Petković, en primer lugar, se acercó al altar y emitió sus votos por un año.

A este punto, el obispo se levantó y, vuelto hacia ella, dijo con la voz estremecida por la emoción: “¡De ahora en adelante ya no te llamarás más María Petković Kovač, sino Sor María de Jesús Crucificado!”.

“Estaba tan conmovida que tenía en el espíritu la sensación que mi Señor, en aquel día, confirmase ante el cielo y la tierra mi voto perpetuo de amor y de castidad, hecho ya en privado cuando tenía catorce años de edad. Me sentí desvanecer completamente en mi Señor, llena de amor y de gratitud, porque afectuosamente ha mirado a su indigna sierva. Tanto que mientras se cantaba el *Te Deum* el obispo, al descender las escalinatas del altar, me vio en aquel insólito estado, pensó que me sentía mal y dijo a los presentes que me llevaran a la sacristía. Pero yo no me sentía mal, sino en un estado especial de unión con Jesús.

Cuando Monseñor dijo: ‘Ya no te llamarás más María Petković Kovač, sino Sor María de Jesús Crucificado’, mi espíritu, lleno de amorosa gratitud, se elevó hacia Él y, en aquel momento de amorosa unión de esposa, sentía una beatitud tal que no se puede describir ni con la voz ni por escrito. Aunque inmerecida e indignamente, Él me había dado su nombre.

Mi madre, al escuchar esas palabras, vino al presbiterio cerca de mí y, con lágrimas en los ojos, me abrazó y me besó, si bien desde siempre fue contraria a que yo me fuera al convento”.

Luego se acercó al altar Sor María Telenta, que pronunció sus votos por un año y fue llamada Sor María Gabriela del Buen Pastor.

La siguió Sor Palma Bačić; pronunció sus votos y fue llamada Sor María Catalina de la Santísima Trinidad.

Vino después Sor Magdalena Šeparović Buda; pronunció sus votos y fue llamada Sor María Vicenta de las Llagas de Jesús.

Después, Sor Jozica Franulović pronunció sus votos y fue llamada Sor María Serafina de la Pasión de Jesús.

En fin, Sor Anka Sladović pronunció sus votos y fue llamada Sor María Josefa del Niño Jesús.

Al término, el coro nuevamente cantó: “Ven, esposa de Jesús para ser coronada...”, y, mientras cantaban, Sor María de Jesús Crucificado se adelantó de nuevo para recibir de manos del obispo el velo negro y la coronita de rosas blancas. La siguieron una a una todas las demás Hermanas.

En la clausura, Monseñor entonó el solemne *Te Deum*, cantado con entusiasmo por todos los presentes.

Esta conmovedora ceremonia emocionó a todos hasta las lágrimas.

Acabado el himno de acción de gracias, el obispo pidió al Padre Mariano que leyera, en su nombre, el decreto de nombramiento de la Superiora General de la Congregación:

“A la Reverenda Sor Petković, María de Jesús Crucificado, Superiora de las Hijas de la Misericordia de la Tercera Orden de San Francisco en Blato.

Puesto que el 13 de octubre del corriente año, por voluntad y votación secreta de parte de sus hermanas ha sido elegida Superiora del Colegio local, con el presente decreto yo la nombro y confirmo como tal, por tres años, y, en nombre de la obediencia, le ordeno aceptar tal honor.

En Blato, el 14 de octubre de 1920.

† José Marčelić”.

(de su puño y letra).

Después se leyó también el decreto de nombramiento de la vicaria, Sor María Gabriela Telenta Vicio²⁸.

(ms, pp. 258-262)

VIDA ESPIRITUAL

Nuestro Señor, guiando Él mismo la pequeña Congregación, concedió a las primeras Hermanas su gracia en un modo tal que todas tenían un grado superior de amor a Dios y estaban de tal manera encendidas que se propagaba entre ellas.

Colmadas de tal amor saboreaban de antemano un pequeño paraíso en la tierra, pese a que en los comienzos reinara en el convento una gran pobreza y restricciones de todo tipo. El amor facilitaba y suavizaba todo. Cada una tenía en sus labios una sonrisa de felicidad y la beatitud en sus ojos.

El Señor, en los inicios, permitió que experimentaran pobreza e incomodidades para que fuesen apartadas y elevadas por encima de las cosas terrenales, llegando a ser ricas en el espíritu de amor, de humildad, de abnegación, de sacrificio y confiadas en Dios.

La Congregación, pasando a través de las restricciones y la pobreza desde su inicio, crecía y se fortalecía en el amor a Cristo.

Un tal amor les daba alas para volar hacia Jesús, su divino Esposo; y también para trabajar y sufrir por su amor.

Así, en un fecundo desarrollo de vida espiritual, la pequeña Congregación crecía con la bendición de Dios. Este santo ardor inicial se transmitía a los nuevos miembros, inflamándolos cada vez más.

El amor ferviente por Jesús y por su Sagrado Corazón, cada día se transformaba en unión íntima con Él.

(ms, p. 263)

DIFICULTADES Y CONSOLACIONES

Dios omnipotente permitió varias pruebas contra la Congregación y su Superiora, especialmente en los comienzos; y ello, justamente de parte de dos personas pertenecientes al clero, hacia las cuales, por lo demás, Sor María de Jesús Crucificado siempre tuvo estima por su dignidad sacerdotal.

Una de las pruebas provino de un capellán de la parroquia de Blato, quien, en el pasado, había estimado mucho a María, y después de la profesión no hacía otra cosa que encarnizarse contra la Congregación y contra ella. El motivo era que hubiese preferido que ella se quedara actuando en el mundo.

²⁸ Los originales de ambos decretos se conservan en el Archivo de la Congregación.

Fuera de él, la Congregación no tenía más enemigos en el verdadero sentido de la palabra, porque la población amaba y estimaba a las Hermanas. El Omnipotente, en su sabiduría, permitió tales sufrimientos para que, pasando por el dolor y la humillación, María y la Congregación fueran probadas como el oro en el crisol.

Ese sacerdote fue mucho más allá, llegando hasta el punto de escribir cartas anónimas, llenas de injustas calumnias contra la Congregación y contra su Madre Superiora, enviándolas a todos los obispos y a todas las autoridades civiles del Estado.

En las cartas se decía que las Hermanas no eran para nada religiosas; que iban a pedir limosna para llevar una vida de lujo.

Tales misivas anónimas llegaron también a manos de Mons. Marčelić, quien puso todo en su lugar documentando a los obispos la verdad y tranquilizando a la Madre Superiora.

También las autoridades civiles de la municipalidad de Blato, a quienes llegaron estas cartas, disuadidas por otras autoridades, respondieron, describiendo la actuación de las Hermanas y sus sacrificios para ayudar a la población necesitada.

Así, por medio de tales calumnias, la Congregación fue conocida y alabada por su vida religiosa y por las obras de caridad en toda la nación.

Otra tribulación, siempre en los inicios, provino de parte del párroco del lugar, quien quería mucho y estimaba tanto a la Congregación cuanto la Madre Superiora; pero comenzó a actuar por pura envidia y temor por la iglesia parroquial, ya que la gente iba en gran número a la capilla del Instituto y a las enseñanzas dominicales de la Madre Superiora. Así, puso obstáculos incluso en las cosas elementales. Dado que el Instituto estaba situado en un terreno de propiedad de la iglesia local, sobre la bodega del vino, entonces el párroco y otras personas cercanas a la iglesia pretendían tener libre acceso, no solamente ellos sino todos los encargados de los trabajos de la bodega. De este modo habría dado fastidio a la comunidad, en particular al noviciado, que se encontraba justo en el piso superior a la bodega.

La casa de las Hermanas, que pertenecía a la iglesia²⁹, durante los tres primeros años no pudo tener ni un muro en torno al patio ni un portón en la entrada principal porque el párroco no permitía hacerlo; como tampoco permitía pavimentar el patio, aunque era necesario. En efecto, los domingos y fiestas acudían al Instituto unas 150 Hijas de María y 200 niños del oratorio, que no podían jugar debido a los hoyos y los charcos. No permitía ninguna mejora; quería que todo siguiera igual porque temía que los mulos que transportaban la uva y el mosto a la bodega pudieran resbalar sobre el cemento.

A este comportamiento hostil de parte del párroco contribuyeron mucho dos así llamadas damas piadosas: una de ellas era la Presidenta de las Hijas de María y la otra, su ayudante doméstica.

Suministraban al párroco informaciones erradas y, en su fantasía enfermiza, no dudaban en inventar y decir cosas contra Sor María, a lo que él se irritaba, y, siendo bastante colérico, las embestía contra la inocente Madre Superiora. Como consecuencia, ella sufría mucho; y se entiende que sin una particular ayuda de Dios no habría podido soportar serenamente cuanto provenía de uno u otro sacerdote, de los que, en realidad, se esperaba mucho y de los que habría necesitado.

Algo de esto sucedió en la vigilia de la Navidad de 1922, mientras las Hermanas estaban muy afligidas por el empeoramiento de la salud de Sor Catalina Bačić, ya agonizante; en vez de tener un poco de consuelo, cuando en la iglesia parroquial estaban ante el altar en espera de la comunión, el capellán las agredió con varias ofensas en presencia de mucha gente. Pero el Señor que nunca abandona a nadie, también en esta

²⁹ Hoy es de propiedad de la Congregación, pues se compró con los bienes de la Madre Superiora.

prueba estuvo cerca de ellas, porque durante esa misma semana llegó la noticia del obispo mismo de que había mandado a Blato a otro capellán con el encargo de celebrar la misa en la capilla del Instituto. Así, las Hermanas no tendrían que salir más para ir a la iglesia parroquial.

La noticia, inesperada, llenó de gozo a todas, que dieron gracias a Dios, convencidas de que todo sufrimiento y humillación siempre trae consigo nuevos gozos”.

(ms, pp. 267-269)

ESTÍMULOS EN LAS PRUEBAS

El obispo, Mons. Marčelić estimulaba y confortaba a la Madre Superiora diciéndole que las persecuciones y las pruebas servían para su santificación. La consolaba con el ejemplo de David que se había dejado perseguir para que el Señor le restituyese el bien. También ella debía contar solamente con el Señor, su única consolación y ayuda.

Con frecuencia María era asaltada por la preocupación de la propia incapacidad para llevar adelante la obra en medio de tantas dificultades; en su interior consideraba la posibilidad de anexar la pequeña comunidad a alguna otra Congregación franciscana; pero cuantos la conocían y con quienes se aconsejaba le decían que no lo hiciera.

El Padre Antonio Krile, que en 1921 había sido el predicador cuaresmal en Blato, le aconsejaba que en ningún modo hiciera algo semejante, porque veía que la suya era una obra de Dios y que lo lograría si seguía llevando adelante el empeño como lo había hecho hasta ahora.

Durante una visita a Split, María había interpelado también a la Superiora de las Hermanas Escolásticas, proponiéndole que, en caso que no se superaran las dificultades, se pudiera discutir la posibilidad de una anexión a su Congregación. Sor Ladislava, Superiora sagaz y experta, entendió bien sus intenciones, como también lo realizado, y le dijo: “Le aconsejo en nombre de Dios que lleve adelante por sí sola la obra de Dios”.

Con ocasión del Congreso Eucarístico en Zagreb, en 1923, María, junto con su Vicaria, fue donde el obispo Lang, de cuya santidad se había oído hablar desde hacía tiempo, y por eso deseaba aconsejarse con él.

Se hicieron anunciar y él, de inmediato, las recibió y escuchó. Ella le habló con toda sinceridad pidiéndole un consejo como hombre de Dios. Entre otras cosas, le dijo: “¿Es posible que el Señor haya escogido justamente a mí, que soy tan débil, indigna e incapaz en todo, como un medio de quien servirse para fundar esta Congregación religiosa?, y aunque ella pone totalmente su confianza en el Señor, sin embargo, mirándose a sí misma, se desanima y cree que eso no es posible. Por eso, en nombre de Dios, le pido su parecer sobre este asunto”. Entonces él, devotamente, a la manera de los santos, respondió: “Rezaré al Señor durante nueve días, para que me conceda su gracia y me ilumine sobre este asunto; regresen el noveno día y les diré lo que el Señor me revele y me dé a entender sobre el particular”.

Según lo que había pedido, regresaron el noveno día; y él, con las manos juntas y los ojos bajos, les dijo: “El Señor me ha dado a conocer que su Congregación es una obra de Dios, por eso nunca deben dudar de la supervivencia de su obra. Aunque todas sus Hermanas debiesen abandonarlas y ustedes mismas debieran sufrir persecuciones, a pesar de todo, nunca deben dudar que esta es una obra de Dios”.

Ante tales palabras, María se conmovió, profundamente tocada y fortalecida por esta revelación de Dios mismo recibida a través del santo obispo Lang.

Desde entonces, siempre confió en la santa Providencia al guiar la Congregación, cada vez más se apoyó y esperó en el auxilio de su Señor en todas las pruebas y dificultades.

CURACIÓN DE UN NIÑO ENFERMO

Ante, el hermano de María, tenía un hijo llamado Branko y estaba gravemente enfermo. Desde su nacimiento estaba como paralizado y varias veces se había encontrado en peligro de muerte. Sus miembros, como también la lengua, no daban signos de movilidad, si bien tenía ya 17 meses.

Los gemidos desgarradores afligían mucho a sus padres que no sabían qué hacer para ayudarlo y aliviar sus sufrimientos. Los médicos no daban esperanzas de curación y los pobres padres no hacían más que llorar.

El 1° de diciembre de 1921, María había salido del Instituto por un cierto compromiso. Había encontrado casualmente a su hermano, quien se había desahogado con ella sobre la grave situación en que se hallaba el niño.

Se conmovió y tuvo piedad del pobre niño, y dijo a su hermano que con mucho gusto les habría ayudado reemplazándolos en los turnos de vigilancia, para que pudieran descansar un poco, pero para ella era muy penoso volver a la casa paterna y dejar solas a las Hermanas. Además quería evitar que una semejante costumbre pudiese constituir un precedente para la joven Congregación. Le propuso, entonces, trasladar al niño con su cuna al Instituto; con mucho gusto lo habría tenido en su propia habitación y así, al menos durante dos o tres días habrían podido descansar. Pero le advirtió claramente que no le echaran la culpa a ella si el niño, de pasada, hubiese expirado. Él la tranquilizó que no lo haría, porque, en realidad, a cada momento tenían –y lo habían experimentado la noche anterior– el peligro de muerte.

Así, el niño fue llevado con su cuna al convento y ubicado en la habitación de María.

A la mañana siguiente vino al Instituto una doctora para visitar a una Hermana enferma y cuando vio a aquel niño moribundo, desaprobó su gesto, diciendo que no hubieran debido hacerlo.

“Está destinado a morir; está todo corrompido”, dijo, y ni siquiera quiso verlo. Se cubrió los ojos con las manos, tan conmovida estaba, y lo mismo hizo cada vez que debía pasar cerca de aquella habitación.

El segundo día, sin embargo, el niño estaba mucho mejor. Al tercer día comenzó a hacer pequeños movimientos con las manitas y con las piernecitas. Hasta entonces lo habían tenido fajado entre dos tablillas para que sus miembros y juntas no se desprendieran.

El octavo día lograba levantar las piernas y jugar con los objetos teniéndolos con sus manitas. Cuando el padre fue a verlo, no podía creer con sus propios ojos, y lloró. Su abuelo Bruk no creía que él era Branko; incluso pensaba que lo habían cambiado con otro niño.

En 15 días Branko estuvo completamente sano: había dado sus primeros pasos. Después, en cerca de tres meses, alcanzó su normal desarrollo y llegó a pesar 14 kilos, a diferencia de los 3 que pesaba cuando lo habían llevado allá. La primera palabra la dijo el día de Navidad, sorprendiendo a los padres y a los médicos, que lo creían mudo.

Dios mismo lo curó milagrosamente; el resto es un secreto de María. Se había verificado un verdadero milagro³⁰.

De la misma manera se curaron otros tres niños paralíticos, lo que no eran capaces de estar en pie.

³⁰ “Después, el niño no se enfermó nunca más, y hoy, a los 36 años de edad, es un hombre sano, un bueno y virtuoso cristiano, un hábil médico y un buen padre de familia”.

(ms, pp. 273-275)

LA PRIMERA COLECTA DE LIMOSNAS EN SLAVONIJA

Después de la guerra, las dificultades en Blato eran grandes; el alimento comenzó a faltar completamente y no se podía comprar en ninguna parte de Dalmacia, porque no había. En el pueblo reinaba una gran miseria y pobreza. También en el Instituto escaseaba la comida.

María sufría sobre todo por las niñas huérfanas, para las que no había comida suficiente con que saciarlas, y su corazón maternal, lleno de amor y de atención por ellas, no soportaba la idea de tener que echarlas a la calle a sufrir.

Las pobres viudas llevan nuevas huérfanas y, llorando, pedían que las aceptaran, o bien, pedían al menos un pedazo de pan para ellas.

La población hambrienta asediaba las puertas del convento pidiendo ayuda. Todo esto producía en María continuas aflicciones, por lo que decidió ir a Slavonija a pedir limosna y recoger un poco de víveres, porque un comerciante de esos lados le había dicho que allá habría encontrado.

No era fácil para ella dejar a las Hermanas y a las niñas inocentes en tanta miseria, pero su corazón ya no podía seguir mirando a las niñas hambrientas, a las queridas Hermanas y a tanta pobre gente necesitada, por lo que decidió ir a pedir limosna, a pesar de la precariedad de su salud.

Partió el 29 de agosto de 1922 junto con la Vicaria, Sor Gabriela Telenta, para Slavonija, vía Dubrovnik. El buen Dios, en la persona de Sor Gabriela, le dio un buen ángel, quien le haría compañía durante el viaje y la habría cuidado dándole ánimo.

Llegaron con la nave a Dubrovnik y aprovecharon de saludar a su obispo, Mons. José Marčelić, pedirle permiso y su bendición.

Sirviéndose de un mapa carretero tomaron el camino de Metkovic para Slavonski Brod y desde allí, para Djakovo.

En Djakovo encontraron alojamiento donde las Hermanas de la Santa Cruz, quienes las acogieron con amorosa hospitalidad, como hermanas.

Finalmente pudieron descansar, cansadas del largo viaje que habían hecho sin dormir, porque, observando la santa pobreza, habían viajado en tercera clase, llena completamente de gente.

Después de un breve descanso, lo primero que hicieron fue ir donde el obispo, Mons. Akšamović, para solicitarle permiso de pedir limosna en su diócesis; él no sólo les dio su bendición sino que fue el primero en subscribir la lista con una recomendación a la población.

Después fueron donde las autoridades civiles de Djakovo, quienes concedieron el permiso también para todos los alrededores de la ciudad. Luego comenzaron su empresa de caridad a favor de los pobres y las huérfanas. Sin embargo, el camino fatigoso minó la salud de María ya afligida por las piernas y el corazón.

En efecto, cuando llegaron a un pueblito no lejos de Djakovo, María se sintió mal, la atacó un fuerte temblor, con una fiebre de 40°. En ausencia del párroco, la ayudó la buena gente como mejor podía y sabía.

Sor Gabriela, al ver que la Madre, enferma como estaba, no estaba en condiciones de ir a limosnear por el pueblo vecino, le pidió permiso para hacerlo en compañía de dos jóvenes. Apenas se sintió un poco mejor, María continuó en aquel mismo pueblo con la ayuda de una joven. Para colmo, comenzó a llover y la pobrecilla debía tener en una mano el paraguas y en la otra, ayudada por la joven, el canasto.

Por la tarde, al regreso de Sor Gabriela, la santa Providencia le suministró un carro, con el que pudieron transportar el trigo recogido hasta Djakovo en casa de las Hermanas de la Santa Cruz.

Como ya era de noche, con la lluvia y el mal tiempo, los caminos estaban fangosos y llenos de hoyos, tanto que los caballos se espantaron.

Las dos Hermanas viajaban sentadas sobre los sacos de trigo y, como el carro se movía bastante, en la noche y en aquella situación incómoda, no se dieron cuenta que el grano recogido con tanto esfuerzo se iba perdiendo.

Solamente cuando llegaron bien tarde en la noche donde las Hermanas, con mucha pena se dieron cuenta que buena parte del trigo se había perdido a lo largo del camino.

La divina Providencia, sin embargo, conociendo su pena y sufrimiento, las recompensó el doble; porque las Hermanas de la Santa Cruz fueron tan caritativas que compraron el poco trigo que había quedado pagándoles el doble.

María se sintió mal y decía que no podía aceptar, pero la Superiora le había replicado: “Si yo quiero pagar tanto, acéptelo tranquilamente”.

Al día siguiente, a causa de la fiebre alta, María no pudo salir; entonces Sor Gabriela, acompañada por una joven, fue a limosnear en el pueblo vecino. La fiebre resultó providencial, ya que ese día el Nuncio Apostólico, Mons. Pellegrinetti, fue a visitar a las hermanas en Djakovo.

Desde hace tiempo María deseaba hablarle para preguntar por la petición hecha en el mes de junio a Su Santidad Pío XI en la que pedía ayuda para la Congregación y para salvar a los niños huérfanos. Por este motivo se levantó de la cama y se puso en fila con las hermanas para saludarlo. Él, pasando a su lado y viéndola vestida con un hábito diferente, le preguntó de dónde venía.

María se lo dijo, pidiéndole una audiencia. La fijó para las 10,00 hrs.

A la hora establecida, la Consejera general de las Hermanas la acompañó. María se apresuró de advertirle que no tuviera miedo si por el camino se caía: se trataría solamente de un pequeño desmayo.

El Nuncio la recibió afectuosamente. Ella le habló de la fundación de la Congregación justamente en aquellos tiempos difíciles; le hizo presente la pobreza de la población y los padecimientos de los huérfanos. Luego le recomendó calurosamente la súplica hecha tres meses antes a Su Santidad para que, como buen padre, la socorriese en esta gran necesidad.

El Nuncio le prometió que se habría ocupado de la súplica y, al mismo tiempo, le dio una contribución personal de 1.000 krunas.

Después de este afortunadísimo encuentro, dispuesto por la misma Providencia, María, junto con la Vicaria, continuó recogiendo limosnas en Djakovo y alrededores durante unos diez días.

La hospitalidad, durante el tiempo de la recolección de limosnas fue por todas partes muy fraterna.

Dejando Djakovo con bellos recuerdos en el corazón, el 8 de septiembre de 1922 partieron para Osijek y se hospedaron con las Hermanas de San Vicente. Estuvieron una veintena de días recogiendo limosnas por todos los alrededores; fueron a Čepin, Valpovo, Marijance, Slivovce, Petrievce, etc., donde siempre fueron bien recibidas por los párrocos y la población, pero no tuvieron mucha suerte porque antes de ellas ya habían pasado otras religiosas.

No obstante, lograron recoger 24 quintales de trigo, por lo que pidieron al dueño del molino Karolina, el señor Peller de Osijek, que hiciera un acto de caridad y pagara los gastos para llevar el trigo hasta Blato; lo que el buen hombre hizo con mucho gusto.

Continuaron la colecta en Vinkovci y Vukovar, donde recogieron otros 15 quintales, haciéndose cargo de llevarlos a Osijek para ponerlos en el mismo vagón junto con el resto, y pagando los gastos, el propietario del molino de Vukovar, señor Bačoka.

Viendo que el trigo recogido era bastante, María, aun antes de partir, advirtió a las Hermanas de Blato que acogieran en el orfelinato a otras veinte huérfanas a las que había prometido aceptar si hubiese recogido suficiente comida.

Las Hermanas, al saber la noticia (6 de octubre de 1922), las aceptaron de inmediato, ubicándolas en la casa ya lista en Burčina.

Estando consciente que el trigo recogido hasta ese momento no respondía a las reales necesidades del convento, del orfelinato y de la población, María decidió, no obstante, interrumpir la recolección y volver a la Casa Madre, poniendo su confianza en el Señor, quien, tal vez, a último momento le proveería con más alimentos. ¡Y así fue!

María y Sor Gabriela, antes de partir, fueron donde el barón Popović, quien las recibió muy afablemente y, levantándose, les preguntó: “¿En qué puedo servirles? ¡No tienen más que decírmelo!”.

Entonces, la Madre le explicó brevemente la situación por la cual habían venido a Slavonija para pedir limosna; pero se volvían entristecidas porque obviamente la gente no había entendido sus razones, por lo que no habían recogido lo suficiente para el convento, el orfelinato y la población: el vagón destinado a transportar el trigo en Dalmacia estaba casi vacío. Respondiendo, por tanto, a su invitación, le preguntó si, tal vez, con lo que le sobraba, hubiese podido llenar el vagón.

Respondió que las contentaría y que podían volver tranquilas y satisfechas a su casa.

En verdad, a la llegada de los víveres, se pudo constatar que el barón había añadido al vagón cerca de 20 quintales de la mejor harina, tanto que María había pensado en un posible error de expedición, por lo que de inmediato le informó por escrito. Recibió, en cambio, la respuesta que toda aquella harina blanca la había ofrecido el barón Popović que, mientras tanto, había fallecido. Semejante noticia las conmovió a todas, tanto más cuanto que aquel acto de beneficencia había sido su última obra buena en la tierra. Y todas juntas oraron fervientemente por su alma para que el Señor lo recompensase dignamente.

Partiendo nuevamente para Dalmacia, María fue asaltada por un gran susto pensando en las enormes necesidades de la población y de los niños huérfanos, tanto que decidió cambiar el destino del viaje e ir a Belgrado para solicitar a los Ministerios que se preocuparan y socorriesen a la población y los huérfanos de guerra en Dalmacia. Así, en la noche, en Bosanski Brodo ambas hermanas pasaron a otro tren y en vez de ir a Dalmacia fueron a Belgrado.

Una vez hospedadas en el sanatorio Vračar de las Hermanas de San Vicente, al día siguiente fueron de inmediato al Ministerio para la Protección de la Infancia, donde fueron acogidas y escuchadas atentamente. Conmovidos por el relato de María le dieron de inmediato una primera ayuda de 60.000 krunas con la promesa de ayudas futuras.

Fueron también a otros Ministerios; en todas partes fueron recibidas y escuchadas gentilmente. Cada uno de los Ministerios ofreció una contribución inmediata.

En Belgrado les dio una mano la Asociación Cultural Femenina, a través de su presidenta, quien las acompañó por todos los Ministerios, uno de los cuales había prometido una ayuda de 100.000 krunas. Para retirar la suma, empero, faltaba la firma del Ministro, señor Pašić. Al presentarlas, la presidenta le dijo: “¡Estas religiosas son nuestras!”.

María interpretó esta afirmación como si hubiese querido decir que eran religiosas de nacionalidad serbia y se apresuró a aclarar: “¡No, no, nosotras somos religiosas católicas croatas, nacidas en Dalmacia y ciudadanas de Yugoslavia!”.

El Ministro no firmó y la suma no fue concedida.

La presidenta le pidió cuentas sobre la necesidad de tal declaración, y María respondió: “¡Mejor perder 100.000 krunas que venderse y declarar en falso, renegando de ser católicas!”.

En aquellos días, la Asociación Cultural Femenina celebraba su propio congreso y, puesto que no había representantes de Dalmacia, la presidenta les pidió que estuvieran presentes al menos en la sesión final.

No pudiendo negarse, decidieron ir al menos por unos minutos.

Pero cuando aparecieron, todas las presentes comenzaron a aplaudir y exclamar: “¡Viva, que viva nuestras hermanas de Dalmacia!, verdadera diadema de nuestro Estado”. Y las hicieron pasar entre dos filas hasta llegar al puesto de honor.

La presidenta las saludó con un discurso y luego expuso las actividades de su círculo asociativo. Después María se levantó –aprovechó la ocasión para desarrollar una misión–, agradeció el saludo y luego pronunció un discurso de tipo espiritual: puso el acento sobre el laudable empeño en el trabajo presentado por la presidenta, pero les recomendó que todo fuese hecho por amor de Dios y para su gloria. Les recomendó, además, comprometerse por la unión de la Iglesia ortodoxa con la Iglesia católica para ser un solo rebaño bajo un solo Pastor, porque las mujeres, con la ayuda de Dios, habrían podido dar una contribución determinante. Las animó también a ocuparse de la educación de los niños abandonados y de la juventud, cuya miseria y pobreza tomaba tan a pecho. Ella, personalmente, habría podido dar su propio corazón de madre, pero, como religiosa, no poseía los medios necesarios para aliviar su miseria; por eso recomendaba a las presentes que se empeñaran maternalmente y Dios Omnipotente les daría la justa recompensa.

Todas las congresistas siguieron con emoción su discurso y aprobaron sus palabras, conmovidas hasta las lágrimas. La presidenta, volviendo a tomar la palabra, agradeció a María y con la aprobación de todas, le prometió que se ocuparían de todas las cosas expuestas por ella, como también la de promover un encuentro de los jefes de las Iglesias en Jerusalén.

Y María explicó que había que apuntar a la unión espiritual en Cristo, porque uno solo es Cristo y una sola la Iglesia.

Al final, el congreso quiso manifestarse con una signo sensible dándoles 16.000 krunas para el orfelinato.

En aquella ocasión, María tuvo la inspiración de ir donde el patriarca ortodoxo. Las recibió bien y las escuchó atentamente. En nombre de Dios y en la persona de María de Jesús Crucificado, le rogó hacer todo lo posible, junto con sus fieles, para volver al seno de la Iglesia católica que es madre.

Él le respondió: “¡Si Roma nos llama, haré lo posible por volver!”. Después la condujo a una sala donde se encontraban doce grandes cuadros con los retratos de los patriarcas serbios desde el tiempo del cisma hasta ahora.

María le señaló el primer cuadro, diciendo: “¡Bajo ese se produjo el cisma; bajo usted debe producirse el regreso; no rechace, pues, la invitación de Dios y responda!”.

Y él, nuevamente: “A mí, de Roma nunca me ha llegado una invitación de Su Santidad el Papa para un regreso; pero si me llama, responderé a la llamada”.

Un par de días después, el mismo patriarca la llamó por teléfono mostrándose dispuesto a volver a hablar con ella sobre este asunto.

Cuando María con Sor Gabriela llegaron al palacio, las recibió el secretario del patriarca, quien usó expresiones halagüeñas sobre la Iglesia católica, diciendo, entre otras cosas, que es madre común. Les contó también cómo cada patriarca, antes del nombramiento, piensa y habla de unión, pero una vez que asume, no habla más de ello, mientras que el actual había comenzado seriamente a pensar y actuar en este sentido. Justo en aquellos días había convocado a las más autorizadas personalidades de su Iglesia para discutir el asunto.

El patriarca, por su parte, las recibió y, después de un largo diálogo sobre la unión, prometió firmemente que habría hecho todo lo posible para que la unión con la Iglesia católica se realizase.

Cuando llegó a Zagreb, María confió el asunto al arzobispo Bauer, refiriéndole el diálogo habido con el patriarca y rogándole que se empeñara con este fin. Sin embargo, él le respondió que no le creía y que no se preocupara.

María se arrepintió enseguida de no haberse dirigido a Roma para hablar directamente con el Santo Padre. Cuando la Madre creyó haber cumplido el compromiso apostólico al que se sentía impulsada en su propio espíritu, volvió a asumir toda la preocupación y cuidado por los niños huérfanos de Blato. Su número, en el orfanato, había aumentado y era necesario proveerles de camas y ropa; aprovechó, entonces, que estaba todavía en Belgrado y se dirigió al Ministerio para tener lo necesario para disponer de más de 30 camas.

Le prometieron que enviarían todo, pero ella gentilmente insistió para tener aquel material, dado que el invierno se aproximaba y los pobres niños no podían estar sin frazadas. Una vez aprobada su petición, se dio inmediatamente una orden con la que debía dirigirse al jefe de bodega para que le entregara la ropa de cama y todo lo necesario.

Aquel día, el jefe de bodega estaba ausente del trabajo, pero había un sustituto al que presentó la orden del Ministerio y le pidió entrar a la bodega. Así, tomó lo necesario para 30 camas: 60 sábanas, 60 fundas, 60 frazadas, etc.

María ordenó todo en dos grandes cajas y le pidió un carro para llevarlas de inmediato a la estación del ferrocarril. El hombre se disculpó diciendo que no podía, pero ante su insistencia, ya que esa misma tarde debía partir, encontró algunos hombres de turno que llevaron todo a la estación.

En todas estas cosas María veía solamente una extraordinaria ayuda de Dios.

Después de haber entregado y arreglado todo en el vagón, esa tarde partieron a la Casa Madre llevando ayuda a las queridas Hermanas, a los niños huérfanos y a la población, en especies y en dinero.

Cuando llegaron a Split fueron al Protectorado de tutela de la infancia, para interceder por el orfanato de Blato. Enseguida fueron a recoger otras 30 camas para el creciente número de huérfanos. Estas camas las buscó el hermano médico de María, el doctor Petković, quien estaba a la cabeza del Ministerio de la Salud Pública.

Esa vez María había pedido a su hermano que le buscara una vaca lechera. Él prontamente se había empeñado y en breve tiempo le había mandado una vaca holandesa que producía diariamente 20 litros de leche.

Dando gracias al buen Dios por todo ello, el 29 de octubre de 1922, María y Sor Gabriela volvieron a la Casa Madre donde sus amadas Hermanas, quienes las esperaban alegres y conmovidas.

Constatando las necesidades del convento y del orfanato, María no veía la hora que llegasen los víveres recogidos con la colecta, mientras que debía gastar dinero para

construir. A comienzos de 1923, en efecto, se edificó un piso para las huérfanas, donde se ubicó el noviciado, mientras que las huérfanas se fueron a la casa adyacente.

El 16 de noviembre de 1922, para alegría de todos, llegaron felizmente los víveres recogidos, y todo gratis y en orden, hasta Prigradica.

Una parte fue distribuida de inmediato a las familias pobres y necesitadas.

La gente acudía y se agolpaba en la puerta del convento implorando ayuda. Madre María se sentía conmovida y su corazón estaba turbado ante sus gritos de auxilio. Desde la ventana (porque la puerta estaba apretada por la gente) los invitaba a la calma, asegurándoles que cada uno habría tenido lo suyo. Había dado orden a las Hermanas que distribuyeran las tres cuartas partes, dejando para el convento y el orfelinato solamente la cuarta parte.

(ms, pp. 276-289)

REPARACIÓN DEL HOSPITAL “CASA DE LA SALUD”

En el primer día de la recolección de limosnas, cuando María había ido a Belgrado, había ido también al Ministerio de la Salud para pedir la restauración del hospital de Blato, que había sido cerrado a causa de los daños de la guerra.

En el Ministerio habían prometido que mandarían el dinero necesario para repararlo y restablecerlo. En efecto, después de un poco de tiempo llegó a Blato un empleado del Ministerio que se dirigió directamente al convento donde Madre María. Este le hizo presente que lo habían enviado donde ella con 100.000 krunas, solicitadas para reparar el hospital.

El Ministerio quería que fuese ella la encargada del asunto y quien decidiera lo que debía repararse en aquel hospital para poder atender a los enfermos.

En su opinión, lo más urgente era reparar el edificio, es decir el techo, las puertas y las ventanas; luego arreglar la cocina y los utensilios necesarios para poder acoger a los enfermos. El alcalde, sin embargo, no estuvo de acuerdo con el proyecto y gastó el dinero para construir el muro de cerca en torno al hospital.

(ms, pp. 289-290)

AYUDA DEL PAPA PÍO XI A LA CONGREGACIÓN Y AL ORFELINATO

Antes de salir para la recolección de limosnas, María había dirigido una petición a Su Santidad el Papa Pío XI, haciéndole presente el grave estado de miseria en que se encontraban las huérfanas que había acogido, y la necesidad de ampliar el edificio. La petición se había presentado a través de la Curia episcopal el 28 de junio de 1922.

La Madre Superiora había acompañado la petición con una fervorosa recomendación. Estaba convencida de que su petición sería escuchada pero, entre tanto, había decidido ir junto con la Vicaria Sor Gabriela Telenta a Slavonija. Y aquí, como ya se ha dicho, María tuvo la oportunidad de encontrar al Nuncio Apostólico, Mons. Ermenegildo Pellegrinetti, a quien recomendó la petición hecha al Santo Padre.

A su regreso, encontró la noticia de que el Papa había enviado como ayuda la suma de 15.000 liras italianas.

María, pues, se apresuró a agradecer a Su Santidad, más o menos así:

“A Su Santidad el papa Pío XI, Roma, Vaticano.

Santidad, a través de la Nunciatura Apostólica en Belgrado, hemos recibido la suma de 15.000 liras italianas, concedida por la Santidad Vuestra para este orfelinato. No es posible expresar lo que debería decirse, agradeciendo al Señor por vuestro amor

paterno tan grande para con los pobres, después de tanta sangre humana derramada en la guerra. Vuestra bendición nos anima particularmente hoy, en el inicio de nuestro camino sembrado de espinas, para que no nos perdamos en las múltiples dificultades de la empresa, por falta de medios materiales.

Toda la Congregación acompaña cotidianamente a Vuestra Santidad con fervientes plegarias.

Implora vuestra bendición apostólica su devotísima y obedientísima en Cristo.

Sor María de Jesús Crucificado.

Blato, 30 de enero de 1923”.

El Santo Padre, en su gran bondad, envió nuevamente una ayuda de 5.000 liras italianas.

(ms, pp. 290-292)

LAS DIRECTIVAS Y LOS ESTÍMULOS DE MONS. MARČELIĆ

El Obispo Marčelić, como fundador y primer padre espiritual de la Congregación, siempre animó, en particular a María, con sus cartas espirituales que se conservan en el Archivo de la Congregación.

La Madre Superiora veía en él y en sus directivas la santísima voluntad de Dios y, no por nada lo consideraba y lo llamaba su fundador.

La misma María se quedó sorprendida cuando la Santa Sede, en el decreto *Laudis*, declaró que la Congregación era obra de María Petković, bajo la protección del Ordinario José Marčelić. Pero ella veía en él a su padre fundador, considerándose a sí misma solamente un medio y una servidora de la Obra.

(ms, p. 292)

AMPLIACIÓN DE LA CASA MADRE

La necesidad cada vez mayor para la joven Congregación, con la afluencia de nuevas vocaciones y la ubicación de las huérfanas, era la ampliación del edificio existente porque faltaba espacio para el noviciado, para las Hermanas, para las postulantes y para las mismas huérfanas.

La Madre Superiora, desde siempre, estaba preocupada por la ubicación poco feliz del edificio, en particular por lo que tocaba a la situación higiénico-sanitaria.

El convento estaba rodeado de familias no pudientes, las que, junto a sus casas tenían también los establos y los animales, lo que era nocivo para la salud de las Hermanas y de las niñas, por lo que María, según su antiguo deseo, había decidido edificar un nuevo convento, con el noviciado anexo, sobre la colina de Nuestra Señora de la Salud.

A través del interés del bienhechor don Ivo Ostoić, las catorce familias habían donado trozos del propio terreno en la cima de la colina para construir el convento y el orfanato. Pero cuando el párroco supo que tenían la intención de edificar, no quiso dar el permiso porque tal vez temía que la colina llegara a ser una nueva parroquia, alejando a los fieles de la suya.

Era un gran obstáculo porque no se podían tener el convento y el noviciado en un lugar soleado y salubre. La Madre Superiora sufrió mucho, pero soportó y confió todo a la voluntad de Dios, en espera del Obispo que, durante ese año, iría a Blato para impar-

tir el sacramento de la confirmación. Esperaba que él intercediera ante el párroco para hacerlo recapacitar de su decisión.

En efecto, cuando, durante el año 1923, llegó el Obispo, al escuchar a la Madre Superiora y a las Hermanas, comprendió la situación y trató de ayudarles, pero no lo logró y le dijo a María: “Hija querida, lamento que no puedan construir su convento en un buen lugar aireado y espacioso, lejos de la confusión, que a mí también me habría gustado. Pero, en aras de la paz, es mejor dejarlo así. ¡Yo también sufro! Te ruego, pues, que cedas y construyas aquí donde puedas, ya que el párroco no permite que sea en la colina”.

María tenía a la obediencia, en la que veía la voluntad misma de Dios; inclinó, pues, la cabeza, obedeció al Obispo y, aunque con pesar, aceptó ampliar el edificio en aquel lugar estrecho e inconveniente.

Así, con el dinero recogido en la recolección de limosnas y con lo enviado por Su Santidad, decidió levantar un piso y ampliar el convento hacia el este.

Ella misma comenzó a preparar y diseñar el proyecto y estipuló el contrato con el constructor Marco Šavlija Milat, durante ese mismo año.

Los trabajos comenzaron cuando todavía el Obispo se encontraba en Blato. Era bonito ver el entusiasmo de las Hermanas y de las postulantes que con tanto amor contribuían transportando las piedras, las tejas, etc. y compitiendo entre ellas para ver quien hacía más “por amor de Jesús”.

Terminada la construcción, se utilizó el segundo piso recién construido como dormitorio de las huérfanas; por otra parte, se ubicó el noviciado y en el tercer piso, el dormitorio para las profesas.

Tenían todavía necesidad de una cocina y de una sala de labores para las Hermanas, de una lavandería, de una capilla y de espacio para las postulantes, por lo que la Madre Superiora aprovechó la ocasión cuando acompañó a las Hermanas a Subotica para abrir la primera Casa dependiente.

María recorrió las haciendas y las fincas; después, apenas regresó, se puso a diseñar el proyecto para construir una cocina, un pozo y una bodega. La segunda construcción comenzó el 11 de diciembre de 1923, y también aquí contribuyeron mucho las Hermanas y las postulantes, excavando el terreno para los pozos. El trabajo quedó terminado bastante luego y dieron gracias al Señor porque su primera gran necesidad, al menos en parte, había sido satisfecha.

La Congregación era pobre en sus inicios; los bienes de María no podían venderse porque todavía no se habían dividido entre los miembros de su familia. Enseguida, había intervenido también una ley agraria que había enajenado los terrenos, por el pago de letras de cambio. Estas se usaron para construir un colegio en Subotica y, más tarde, la Casa “Nazaret” en Šestine. Con la suma obtenida por la venta de una casa de su propiedad en Prigradica, se rescató la Casa Madre y el terreno que era de propiedad parroquial.

Solamente lo que no fue confiscado por la ley agraria quedó como propiedad de la Congregación, a saber, en Krtinja tres hectáreas, 70 hectáreas de bosque y ocho parcelas; en la llanura, en Blato, una parcela; en Prostražišće, tres parcelas con 33 árboles de olivo. La ley agraria les había quitado 33 parcelas.

En el banco, además del dinero obtenido de los bienes de María, la Congregación no tenía más, excepto alguna ayuda proveniente de su misma familia o de algún otro bienhechor. Se mantenía, por tanto, a lo más, con el trabajo de sus manos y con la limosna en víveres de Subotica.

La Providencia divina, no obstante, nunca faltó y lograron mantenerse, vivir y construir poco a poco.

APERTURA DE LA PRIMERA CASA DEPENDIENTE EN SUBOTICA

Cuando, durante el año anterior, con ocasión de la recolección de limosnas, María había pedido la ayuda del Ministerio para el orfelinato, las autoridades, al ver que se interesaba por los niños huérfanos, le habían solicitado seis hermanas para el Instituto infantil “El Nido” (Kolevka), en Subotica. Le habían hecho saber que en aquel Instituto había un centenar de pequeños huérfanos; y pese a que el Instituto era estatal, los niños se encontraban en un estado de abandono y descuido, porque el personal empleado no tenía ninguna compasión.

La Madre Superiora había respondido que lo sentía por los huérfanos: hubiese querido enviar las hermanas de inmediato, pero todavía no tenían un número suficiente, ya que la Congregación apenas había sido fundada. Pero había pedido un año de plazo; mas, apenas transcurridos seis meses, el Ministerio hizo una nueva petición a la dirección de la Congregación a través de Mons. Marčelić.

María se encontró en aprietos. Después de haber orado, dejó todo en las manos de Dios y de la decisión de las autoridades eclesiásticas, quienes le aconsejaron que aceptara y tomara en custodia el Instituto. Obedeció y comenzó a preparar a las Hermanas y todo lo necesario para abrir esta Casa dependiente, la primera hija de la Congregación.

El 2 de julio de 1923 llegó la hora de la separación, muy sentida y conmovedora: las Hermanas se saludaron llorando, porque se querían realmente mucho.

El discurso de María estuvo lleno de estímulo, pero las hermanas destinadas a aquella Casa –las Hermanas Francisca Cetinić, Verónica Bačić, Eufemia Radovčić y la postulante Frana Telenta, llamada enseguida, como religiosa, Agustina– estaban aún más entristecidas por el hecho que no habrían podido escuchar más a menudo las enseñanzas de su Madre Superiora.

Para María no era fácil alejarse de la Casa Madre justamente en el momento en que se estaba construyendo; en efecto, todavía quedaba mucho por hacer para el arreglo interno. Pero el deber la llamaba y partió con las queridas Hermanas para ubicarlas, examinar las circunstancias y verificar si podía estar tranquila dejándolas en aquel Instituto. Además, debía ponerse de acuerdo con la dirección y clarificar la posición y el servicio de las Hermanas. En tercer lugar, había pensado aprovechar la ocasión para recoger limosnas con el fin de ayudar a las Hermanas a ganar más fácilmente para la olla, y con ellas las queridas huérfanos y los necesitados de Blato. El viaje, transcurrido en oración y en la contemplación de la maravillosa naturaleza creada por Dios, duró dos días. Llegaron a Subotica el 4 de julio hacia las 23 horas. La dirección del Instituto les dio la bienvenida, acogéndolas cordialmente.

Después de una ronda de inspección general, y luego de haber hecho el inventario, las Hermanas comenzaron su labor a favor de aquellos niños abandonados, cuyo número oscilaba normalmente de 96 a 100, desde recién nacidos a más grandes. Los cuidaban y educaban con amor materno.

Las Hermanas tenían la habitación con la capilla y el Santísimo separada del Instituto. Aquí hacían regularmente sus prácticas religiosas y algunas veces, durante la semana, tenían también la misa; de lo contrario iban a la iglesia parroquial.

En esta Casa dependiente las Hermanas han trabajado durante 18 años, cuidando y educando a aquellos pobres niños a costa de indescriptibles sacrificios. Más tarde fueron nombradas otras tres Hermanas, de manera que nunca han sido menos de nueve.

Este trabajo caritativo cesó durante la segunda guerra mundial, durante la ocupación húngara. Las autoridades húngaras requisaron el Instituto, despidiendo a nuestras Hermanas porque no eran de nacionalidad húngara.

Naturalmente, esta pérdida fue muy sentida por toda la Congregación, tanto más cuanto que esta Casa había contribuido mucho para el sustento de la Congregación, especialmente en sus difíciles comienzos de desarrollo.

(ms, pp. 297-300)

SUFRIMIENTOS Y PRUEBAS POR LA APERTURA DE LA CASA EN SUBOTICA

El demonio busca por todas partes la manera de impedir las obras buenas; también en Subotica quiso obstaculizar el trabajo de la primera Casa dependiente de la Congregación y ello por medio, nada menos que del Obispo Budanović. Él se había enojado mucho porque María, al aceptar, había favorecido a las autoridades que, en su tiempo, habían despedido a las hermanas húngaras, poniendo en su lugar a mujeres laicas, y porque el obispo de Dubrovnik, Mons. Marčelić, sólo en el último momento le había presentado la solicitud para que las aceptara en su diócesis.

En verdad, el obispo de Dubrovnik lo había hecho a propósito, porque sabía que Mons. Budanović no aceptaba en su diócesis a otras religiosas que las húngaras.

Su descontento aumentó con la llegada en esos días de una carta anónima de aquel sacerdote de Blato con calumnias contra la Congregación y contra la Madre Superiora. Por este motivo, Mons. Budanović prohibió a los sacerdotes de su diócesis que celebraran la misa en la capilla de las hermanas.

María, confiando en el auxilio y en la protección del Señor, soportó todo con tranquilidad y confianza. Como siempre en los momentos difíciles, también entonces se dirigió al Señor, pidiéndole que Él mismo pusiera las cosas en su lugar convenciendo al Obispo de lo contrario. Segura de la ayuda del Señor, consoló y animó a las Hermanas a continuar su empeño de caridad en aquel Instituto. ¡Y su oración fue escuchada!

Como ya se ha dicho, el obispo de Dubrovnik, Mons. Marčelić, arregló todo documentando la verdad. Así también las autoridades civiles presentaron los mejores informes en lo que concierne a la Congregación y las actividades de las Hermanas; mientras que el que escribía tales cartas no podía ser otro que un hombre enfermo.

Así, el Señor demostró que su santa providencia velaba sobre su pequeña Congregación y que Él mismo la guiaba y dirigía.

¡A Él sea la alabanza y la gloria por los siglos!

(ms, pp. 300-301)

LA RECOLECCIÓN DE LIMOSNAS EN SUBOTICA

La Madre Superiora, después de haber ubicado e instruido a sus Hermanas en lo concerniente a su trabajo en el Instituto infantil “El Nido”, aprovechó la ocasión para ir a recoger limosnas en las haciendas y fincas alrededor de Subotica.

Le habían dicho que los “salaši” (llanuras fértiles) de Subotica eran ricos de trigo, pero ella no sabía lo que fuesen y donde se encontrasen. Informándose vino a saber que eran grandes extensiones de trigo en torno a la ciudad de Subotica, muy distantes entre sí, propiedad de ricos terratenientes y que se podía llegar solamente con el carro agrícola porque no había caminos normales de tránsito y acceso. Dado que las fincas estaban muy distantes entre sí había que viajar en el mismo carro en que se cargaba el trigo.

Pero, ¿dónde encontrar un carro para poder recoger la limosna?

Le aconsejaron que se dirigiera a las autoridades municipales. Lo hizo pidiéndoles un carro y un conductor por unos veinte días, describiendo las necesidades de la población pobre de Blato. Estos se conmovieron y de inmediato prometieron darle un carro y el conductor, inicialmente por diez días, después poco a poco prolongaron el tiempo, cambiando cada cuatro días los caballos y el conductor para que descansaran.

Les servía también una acompañante, no teniendo a nadie consigo. No podía, en efecto, tener a alguna Hermana del Instituto porque cada una, en su propia sección estaba ocupadísima con el cuidado de los huérfanos.

Por inspiración divina supo que un grupo de damas de beneficencia debía tener su asamblea el domingo. Averiguó donde se encontrasen. Aunque no era conocida, en el nombre de Dios se encaminó. Cuando llegó, golpeó la puerta y, a la palabra “adelante”, entró en la sala, saludó a la asamblea y explicó el motivo de su presencia. En pocas palabras contó cómo había acompañado a sus Hermanas hasta Subotica, al Instituto infantil, y les manifestó el deseo de ir a recoger limosnas para sus huérfanos y para la población pobre de Blato. Les dijo que con este fin había obtenido un carro de las autoridades de la ciudad, pero no podía ir sola porque no sabía dónde se encontraban las factorías y de quién habría podido obtener el trigo. Por este motivo, gentilmente se dirigía a ellas para que alguien, tal vez alternándose, aceptase acompañarla.

¡Todas callaban! Quizá pensaban: “¿es necesario exponerse con este calor estival de agosto?”. Luego, conmoviéndose, respondió la señorita Mariška Dulić (que llegó a ser Sor Jelisava): “¡Yo la acompañaré!”.

María le agradeció de todo corazón por la pronta y generosa disponibilidad; después acordaron que al día siguiente, temprano, se encontraría en la casa de ella.

A las 3,30 de la mañana, las Hermanas acompañaron a la Madre Superiora, primero a buscar el carro y al conductor y luego a casa de Mariška Dulić, después de lo cual las Hermanas volvieron a su propio servicio, mientras que ella con Mariška se encaminó a la recolección de limosnas, en el nombre de Dios.

Debido al fuerte calor estival, para la Madre salir en gira era bastante agotador, tanto más cuanto que no estaba acostumbrada a viajar en un carro de este tipo, donde en cada hoyo del camino se brincaba fuertemente.

Inexperta como era, a cada brinco temía que el carro se diera vuelta, mientras que la buena Mariška, como un verdadero ángel de Dios, se ocupaba de ella, estaba atenta y la sostenía para que no se cayera.

María sacaba la fuerza para continuar por el camino de las fincas del amor materno que nutría por su amada comunidad y por sus queridos huérfanos.

Durante esta recolección de limosnas se recogieron 70 quintales de trigo, de los que una parte se distribuyó a los pobres necesitados de Blato.

La Madre no pudo olvidar el gran amor y abnegación de Mariška Dulić, que durante la mendicación, aunque rica, siguió la vocación de seguir a María y entró en su convento pobre, atraída por el relato de tanta pobreza en Blato. Quiso, también ella, ser pobre por amor de Jesús, y con sus bienes dio una mano a la joven Congregación.

Al término de esta mendicación, la Madre superiora fue a Belgrado, al Ministerio, a pedir el transporte gratuito de los víveres recogidos hasta Blato. Aquel mismo día le dieron la autorización necesaria, de manera que pudo volver a Subotica para expedir los víveres. Después de lo cual, con la ayuda de las Hermanas, arregló todo, las animó al sacrificio con la recomendación de cuidar con amor materno a aquellos pobre huérfanos. Luego se puso en camino hacia Zagreb, para asistir al Congreso Eucarístico que se debía realizar los días 18, 19 y 20 de agosto, para hablar con el obispo Lang sobre la Congregación y encontrar a su obispo diocesano Mons. Marčelić.

(ms, pp. 302-305)

VIDA ESPIRITUAL EN LOS COMIENZOS DE LA CONGREGACIÓN

Con la ayuda de Dios, la Madre Superiora dio a sus Hermanas la primera base de vida espiritual y, poco a poco, diariamente les enseñaba el camino más fácil y breve para practicar las virtudes; cómo cumplir el propio deber de un modo digno de mérito, siempre en la presencia de Dios, con la intención de agradar al Señor, de manera que Él mismo se sintiera a gusto en los corazones de sus esposas.

Las Hermanas escuchaban y aceptaban las palabras de su madre espiritual como si vinieran del mismo Señor y orientaban su vida y sus obras según esas enseñanzas. Así, cada día avanzaban por la senda de las virtudes y de la perfección. Con gran amor y devoción observaban todas las prácticas religiosas en común, las cuales, por inspiración divina, eran impuestas por la Madre.

Sus rostros reflejaban la verdadera devoción y no se podía distinguir quien de ellas fuese más devota y más santa.

Con una vida espiritual tan bien ordenada, era natural que también su trabajo fuese válido y provechoso, porque el buen Dios no fallaba nunca en su generosidad.

Si las Hermanas hacían todo y se sacrificaban exclusivamente por amor suyo, también Él abundaba en bendiciones.

(ms, p. 309)

OBRAS Y ACTIVIDADES DE LAS HERMANAS

Las Hermanas, movidas por un ferviente amor a Dios, trabajaban junto a su madre espiritual, cumpliendo de todo corazón sus actividades misionales y caritativas.

Se ocupaban de la educación de las huérfanas y ello, como ya se ha dicho antes, desde los inicios de la Congregación, en el orfanato de Blato, manteniéndolas con el propio trabajo. Todas las niñas recibían una instrucción escolar; las más pequeñas asistían al asilo infantil dentro del mismo convento, mientras que las más grandes iban a la escuela elemental. Contemporáneamente las Hermanas les daban lecciones de catecismo, de canto y les enseñaban varias labores y oficios.

Las Hermanas se ocupaban del Jardín infantil y de los albergues diurnos donde había unos 150 a 200 niños. El trabajo se desarrollaba según un programa regular para el asilo, en provecho y socorro de los niños mismos y para alegría de sus padres.

Las Hermanas trabajaban también en Subotica en el Instituto infantil, ocupándose de la educación y cuidado de 100 niños desde recién nacidos hasta la edad de siete años. En este lugar, las Hermanas se habían empeñado con múltiples sacrificios, curando a estos niños, encontrados en un estado de gran abandono. Entre los niños descuidados que encontraron a su llegada, había una niña ya medio muerta. María, al verla en aquel estado, había tenido compasión y cuidó de ella para salvarla. Era sólo piel y huesos. Queriendo vencerse a sí misma, había tomado a aquella pobre criatura casi cadavérica en brazos como si fuese la madre que no tenía. Pero la cabecita se le había caído hacia atrás y los pequeños miembros estaban lacios, como una muerta. Había salido con ella en brazos por el corredor para acunarla, pero al verla, las mujeres se habían puesto a gritar de horror y la habían reprendido porque llevaba en brazos a un cadáver lleno de llagas. Después la había puesto en la cuna y le había llevado leche. Al comienzo no podía tragar; luego, insistiendo, había bebido dos tazas.

María se había dado cuenta que la niña tal vez se podía salvar. Había llamado a Sor Verónica, le había colocado aquel cuerpecito en el delantal y le había dicho que lo llevara al aposento de la Hermanas para ocuparse más de ella.

Poco a poco la niña había vuelto a vivir, había comenzado a enderezarse y a mover las manitos y las piernas. Las llagas habían desaparecido, había recuperado el peso y dado los primeros pasos.

La pequeña María –así se llamaba– llegó a ser después la más bella y robusta niña del Instituto. Después, una rica señora la había adoptado.

¡Cuántos de estos pobres niños, antes de la llegada de las Hermanas, habían muerto porque estaban descuidados, hambrientos y llenos de llagas, porque no había nadie que se ocupara de ellos con amor maternal!

Además de ocuparse de los huérfanos, las Hermanas eran muy activas en las asociaciones católicas: los pequeños, unos cien niños, estaban inscritos en la Compañía del Angel; las niñas como Aspirantes y las jóvenes en la compañía Hijas de María eran unas 300 inscritas; en la Asociación de Madres católicas había más de 100 mujeres inscritas; la Unión del Buen Pastor contaba con 22 miembros, que ayudaban a las Hermanas en el cuidado de los enfermos y en la ayuda a los menesterosos abandonados del lugar.

Cada domingo se reunían las asociaciones por separado en casa de las Hermanas, quienes, alternándose, les enseñaban la vida, las virtudes cristianas y la vida espiritual. A las madres católicas se les enseñaba cómo educar cristianamente a los hijos y a ocuparse de manera que toda la familia observase los deberes cristianos.

Fuera de las actividades de apostolado, las Hermanas iban a visitar en sus casas a los enfermos del pueblo, llevándoles consuelo en el sufrimiento y animándolos a poner su confianza en la santísima voluntad de Dios. En lo que podían, no dejaban de socorrerlos y confortarlos incluso materialmente.

Las Hermanas realizaban todas estas obras de caridad con amor, deseosas de socorrer lo más posible a los pobres y necesitados, guiadas por el amor a Dios.

(ms, pp. 310-313)

CRECIMIENTO DE LA CONGREGACIÓN

Con el auxilio de Dios, la Congregación crecía poco a poco y aceptaba nuevos miembros que, como sus escogidas, el Señor enviaba a la joven Congregación.

Las nuevas vocaciones llegaban, se formaban, pronunciaban sus votos, y se abrían nuevas Casas, ramificándose por todo el territorio de su patria. Así, en los primeros veinte años de vida, sus 140 Hermanas actuaban en 22 Casas dependientes.

Desde 1936, la Congregación extendió sus ramas más allá del océano, en Sudamérica. Y hasta 1960 se abrieron 55 Casas. Pero a causa de la guerra y después de ella, se cerraron 13, de manera que a fines de 1960 existían 43 Casas con 409 Hermanas profesas y, con otros miembros, la Congregación contaba con un total de 414 personas, que estaban presentes en 8 Estados y 18 Diócesis.

Educaban cada año un total de 5.197 personas entre niños pobres y jóvenes.

Asisten en los hospitales a 15.300 enfermos.

Curan en los policlínicos a 105.070 enfermos.

Visitan a domicilio a 12.464 enfermos.

En los tres hospicios cuidan diariamente a 280 ancianos.

Cada día se ocupan de 120 huérfanos.

Anualmente las Hermanas enseñaban el catecismo a 7.623 niños y jóvenes; ins-
truían en el catecismo en los hospitales a 42.315 soldados y otros enfermos.

Las pías asociaciones guiadas por las Hermanas contaban con 4.136 inscritos. El grupo “Cruzada” (Cruzada del Santo Rosario) contaba con 46.067 familias con un total de 209.822 personas.

Todo este trabajo, que se desarrollaba en las Casas de toda la Congregación, era todo para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

(ms, pp. 315-316)

IMAGEN DE LA CONGREGACIÓN

Las Casas se abrían siempre por medio de la Divina Providencia, a pedido de las autoridades eclesiásticas y civiles; siempre con el permiso del Ordinario diocesano, como se ha escrito en la historia de la Congregación.

Después de la guerra, y precisamente en 1946, por decisión de las nuevas autoridades anti-religiosas, se le quitó a la Casa Madre el Jardín Infantil y el orfanato. Así, a causa de la nueva situación que se creó en la patria, por voluntad de Dios y por consejo de la Santa Sede, la dirección general se transfirió a Roma en 1952, de manera que Roma fuera el centro de la Congregación, el centro de unión entre las Hermanas esparcidas por Europa y Sudamérica.

La Casa General se transfirió a Roma el 25 de marzo de 1952 y se constituyó oficialmente el 25 de octubre del mismo año, después del regreso de América Latina de la Madre Superiora General.

“Si tuviese tiempo describiría detalladamente los innumerables beneficios de la Divina Providencia, la que siempre ha guiado y acompañado a la Congregación desde sus inicios hasta hoy para que cante alabanzas a su bondad, a su gracia y a sus maravillosas obras.

Él, benignamente, se ha servido de mí, su pobre sierva, para las obras de su Misericordia a favor de los miserables y de los afligidos, para enseñar y socorrer espiritual y materialmente a los necesitados, en particular para la educación de los niños abandonados, de los huérfanos y de la juventud; para la conversión de muchos pecadores obstinados y de los enfermos; para la enseñanza espiritual a las poblaciones pobres que aún languidecen en la ignorancia religiosa.

Como ahora en Paraguay, en la diócesis de Villa Rica, partiendo de una sola Casa, que se encuentra en Ybycuí, las Hermanas trabajan en 46 pueblos a través de la Cruzada del Santo Rosario, en la que están inscritas 46.000 familias con 209.800 miembros. Estas familias rezan cada día el rosario, practican la verdadera vida cristiana con gran devoción y sumisión a la voluntad de Dios. En muchos de estos pueblos no hay ni sacerdote ni misa, por lo que la gente sacrifica una entera jornada o noche para llegar a Ybycuí con el objeto de cumplir con sus deberes cristianos. Dado que no hay quien pueda enseñarles el catecismo, nuestras Hermanas preparan y dirigen a 1.500 catequistas, celadores, quienes, después, en los distintos pueblos enseñan el catecismo a los niños y a los adultos, preparándolos a los sacramentos y a la muerte.

Las Hermanas, a su vez, cada cierto tiempo durante el año van a aquellos 46 pueblos abandonados; en tales ocasiones, la gente prepara a las Hermanas una solemne acogida con procesión; y ellas imparten la enseñanza cristiana y la palabra de Dios, educándolos en la vida cristiana.

Cuando yo era una niña, una vez, después de la comunión el Señor me había llevado en espíritu a ciertos campos, donde estaba reunida una multitud de gente a la que hablaba de Dios y de su amor. Entonces, en aquella ocasión, había pensado y me había

preguntado qué habría podido hacer yo sola. ¡Si predicaba en una parte, no habría podido estar en la otra!

Por eso, como ahora puedo entender, el Señor, a través de esta Congregación, me ha dado innumerables Hermanas, para que ellas prediquen en diferentes partes. Por este motivo, sea Él bendito y alabado por los siglos, por haberse servido de los pequeños para que, por su medio, se difundiese su gloria y se actuase para la salvación de las almas.

Así, trabajando las Hermanas en los hospitales, el Señor les ha permitido encontrar a los pecadores obstinados, empantanados en toda clase de ignorancia religiosa, para que les enseñasen y dirigiesen sobre el camino de la vida cristiana. Muchos de ellos no han recibido nunca los sacramentos, ni ellos ni sus hijos, mientras que muchos otros, después de su primera comunión, nunca más han frecuentado los sacramentos. Por eso es oportuno leer los informes concernientes a la acción de las Hermanas, en particular los que se han preparado para el Capítulo General de 1960.

¡Que todo el trabajo que las amadas Hermanas hacen sea para mayor gloria de Dios y la salvación de las almas!”.

(ms, pp. 332-335)

APENDICE

TESTAMENTO ESPIRITUAL

¡Todo por Jesús, para gloria del Padre!

TESTAMENTO ESPIRITUAL
con declaración y recomendaciones
de Sor María de Jesús Crucificado

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

¡Amadas hijas mías en Jesús!

En presencia de Dios y en su santo Nombre, con pleno conocimiento, les dejo, hijas y hermanas mías, mi especial testamento espiritual y deseo; como también la declaración necesaria a fin de que conozcan los inicios de su Congregación y alaben y amen aún más al Señor por esta obra suya.

Ante todo, les confieso que nada me es difícil dejar en este mundo sino a ustedes, mis hijas espirituales, hijas de mi corazón, toda mi alegría después de Jesús, todo mi pensamiento y preocupación. Confieso que ni siquiera en mis cosas espirituales pensé tanto como en ustedes; por eso recen por su pobre Madre espiritual. Confieso que yo, miserable pecadora, muchas veces he ofendido a mi amado Señor, mi único amor; si bien mi único deseo era vivir solamente para Él y consagrarle todas las fuerzas de mi alma y de mi vida, pero veo que no siempre ha sido así. Por eso imploro la Misericordia de Dios para que tenga piedad de mí por los méritos de nuestro Señor Jesucristo y por el santo amor con que ustedes lo aman. Si bien mi trabajo principal era en favor de ustedes, lo hacía siempre por Él, mi amado Jesús, porque deseaba que ustedes llegaran a ser santas y eternamente felices en Él, que trabajasen con éxito con Él y en Él por la gloria del Padre y la salvación de las almas.

Ahora les revelo, amadísimas hijas mías, cómo el Señor fundó esta Congregación que ahora ustedes forman y en la que trabajan por Él y por la salvación de las almas.

No sé por qué justamente me eligió a mí, indigna y miserable, para servirle en la fundación de su santa obra, la Congregación. Sólo sé que Dios generalmente se sirve de lo que es débil e indigno delante de los hombres para que nadie se enorgullezca, como dijo San Pablo a los Corintios: "...Dios ha escogido lo necio del mundo, para confundir a los sabios... para confundir a los fuertes... para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios" (*1 Cor 1, 27-28*).

Nuestro Señor en su misericordia, desde mi niñez me concedió la gracia de consagrarme a Él. A los 14 años de especial modo me llamó y me fascinó y yo me consagré para siempre haciendo el voto de castidad y virginidad perpetua. Desde entonces mi único deseo era trabajar por Él y para la salvación de los hombres, para que lo conozcan y lo amen. Este deseo me consumía y me empujaba para ir a tierras lejanas a anunciar y difundir su amor, a levantar y consolar las almas, mostrándoles el camino hacia la verdadera vida, Jesús nuestro eterno amor. Por otra parte, mi alma aspiraba a la vida contemplativa, para que como sierva desconocida viviera escondida sólo para Él; sentía que esto sería para mí el gozo espiritual y renunciar a la vida conventual y trabajar para Él en el mundo sería para mí un sacrificio muy grande, dejarlo a Él por Él. Luchaba mucho por esta doble vocación. Ahora veo cómo el Señor era benigno conmigo, satisfaciendo mi doble deseo; realizando sabiamente todo esto. Se sirvió para esto de mis padres que no me dejaron entrar en el convento de clausura y de S.E. Mons. José Marcellí, en quien veía siempre la santa voluntad de Dios, y guiaba espiritualmente mi vida; tantas veces me había dicho oralmente que era la santa voluntad de Dios que me quedara para sacrificarme en mi pueblo

natal y que no me fuera a la clausura, que me preocupara de fundar un Colegio en la isla de Korčula para la educación de la clase humilde.

Ahora veo que el Señor se sirvió de esto para revelarme su santa voluntad. Pero mis inspiraciones interiores del Señor no se las puedo revelar, sólo lo que les puede servir. Él quería fundar esta Congregación para que fuese un foco especial de su amor, donde Él encontrara sus delicias. Una vez dije a Jesús que esto lo revelara al Obispo diocesano, porque debemos oír y escuchar la voz de Dios por medio de nuestros superiores. Y S.E. el Sr. Obispo me comunicó después que la voluntad de Dios era la de fundar esta Congregación. Una vez que acepté, dije: “Jesús, yo quiero obedecerte; aquí está tu sierva, pero tú como Dueño, prepara todo”. Y Él milagrosamente preparó todo. Según el consejo del Sr. Obispo, fui por un tiempo como pupila de las Hermanas Siervas de la Caridad en Blato; los míos me lo permitieron porque se convencieron, según mi declaración, que habría entrado no para ser religiosa, sino solamente para un período como pupila. Al día siguiente de mi llegada, Madre Flaviana, Superiora de las Siervas de la Caridad, se enfermó gravemente y murió. Las otras Hermanas se fueron a Brescia y no volvieron más. Otras dos Hermanas vinieron de Dubrovnik para la entrega de sus muebles. Entonces el Obispo me entregó el Colegio y me escribió: “Aquí está la voluntad de Dios que tanto buscabas descubrir a través de mí, y esta es: que te quedes en Blato y lleves adelante el Colegio. Toma las candidatas que se me presentaron hace tres o cuatro años”. Así, en 1919, la Congregación se inició en secreto y poco a poco comenzó a crecer bajo la protección de la Providencia de Dios y de su amor, y según las directivas del obispo Marčelić. Después ya saben cómo la Congregación se desarrolló según el diario y la historia de la Congregación. Pero quiero que sepan que esta Congregación es obra de Dios. Él solo la quiso y a través de su Obispo la fundó. Él preparó y realizó sabiamente todo y sigue velando sobre ella.

Ahora declaro nuevamente: Esta Congregación es obra de Cristo. Por eso antes de separarme de ustedes les dejo mi último deseo y recomendación.

El primero y más ferviente: Amen infinitamente a su dulcísimo Señor Jesucristo; trabajen sólo para Él y consuman sus vidas en las obras de misericordia y de amor.

Que todo en la Congregación sea para Él. Vivan y mueran por Él.

Vayan por el mundo y difundan el Reino de su amor. Empeñense y trabajen con todas sus fuerzas para que los hombres lo conozcan y lo amen, y por Él amen y glorifiquen al Padre, y vivan según el espíritu del amor de Cristo.

Sean fieles a Dios y a la Iglesia; no teman las persecuciones. Esta vida es breve, les espera la eterna beatitud; trabajen por la gloria de Dios, por la santificación personal y la salvación de las almas. Trabajen especialmente por la propagación de la gloria y del amor del Padre mediante las obras de misericordia, que es el fin de nuestra Congregación y para la cual fue instituida.

Amen y cuiden a su querida Congregación. Sacrifiquen todo con tal de conservar el amor y la unidad en la Congregación, para que puedan ser una en Él, en el espíritu de Cristo. Conserve el espíritu de la Congregación, el espíritu de amor y de humildad.

Tengan y amen como cosa sagrada sus Reglas y Constituciones, como si Dios mismo se las hubiera dado. Por esto tiemblo al pensar que alguien pueda quitar o violar uno de estos artículos. No tengo nada que dejarles; todo lo entregué a Dios por ustedes. Ahora les dejo como testamento espiritual las santas Constituciones y mi última voluntad, para que las guarden y observen con amor. Si alguien no quisiese observarlas, ofendería y entristecería al mismo Jesús y quebrantaría mi testamento. El testamento no puede ser quebrantado por los herederos.

Fervientemente les recomiendo que sean unidas con Cristo en la devoción y amor hacia el Padre celestial. Con Cristo y mediante su Corazón ríndanle alabanza y reparación por la ingratitude de los hombres. Amen a la Bienaventurada Virgen María. Ella es nuestra Madre y Reina; que ella sea también nuestra Superiora General; bajo su protección y amparo las dejo a todas y toda la Congregación.

Observen en sumo grado la caridad fraterna. Ámense como verdaderas esposas de Cristo; sean grandes en el amor; no se maravillen de nada, perdónenlo todo, sopórtenlo todo. Desde el inicio de la Congregación quise siempre imprimirles en el corazón mi lema: todo puede ser destruido, pero el amor santo debe permanecer.

No permitan que en su Congregación entren ni el espíritu de vanidad ni el espíritu del mundo. Su signo distintivo sea la humildad y la sencillez; y su espíritu sea el amor, la humildad y la misericordia, el espíritu que debe vivificar todo, dondequiera que vayan.

Amen a su futura Superiora General. El Señor la escogerá, la guiará y, a través de ella, dirigirá la Congregación.

Amen a las Superiores que el Señor les dará por medio de ella. Hicieron sus votos al Señor en la persona de la Superiora, por tanto, sean obedientes y serán felices.

Mi última y más ferviente recomendación es esta: Permanezcan como afables vírgenes consagradas, fieles a su divino esposo Jesucristo. Ya se han comprometido y desposado con Él. Gocen de esta realidad, gocen en Él; Él sea su beatitud. Él las ha elegido como flores predilectas apartándolas del mundo y de la vida del mundo, para que sean sus amantes, la delicia de su amor, el adorno de su templo y de su altar, hostias puras, consagradas, de suave olor. Su vida es breve, por eso quédense tranquilas en el altar ofreciéndose a Él por los pecados del mundo. Muy respetables esposas de mi Salvador, las amo tanto porque han sido consagradas. Las confío al Sacratísimo Corazón de Jesús, para que Él las consuele, conforte y ame como sus esposas y que un día todas puedan gozar de la eterna beatitud.

Esta es, para ustedes, mi última declaración, mi último deseo y testamento espiritual. Entrego mi alma y mi corazón a Jesús, mi Señor. A Él consagro mi cuerpo para que lo conserve hasta la resurrección.

Adiós, mis queridas Hermanas, hijas amadas de mi corazón. Implorando sobre ustedes la bendición de Dios omnipotente, las dejo y entrego a Jesucristo.

Gloria y honor sean por siempre al Padre celestial, a su Hijo y al Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

En Él les ama a todas, su indigna en Cristo, hermana y madre espiritual,

Sor María de Jesús Crucificado
nacida Petković Kovač,
del difunto Antonio

Roma, 9 de diciembre de 1960.

Este testamento espiritual fue escrito en el año 1926 y renovado hoy, 9 de diciembre de 1960, de puño y letra de la misma

Sor María de Jesús Crucificado
Petković.

CRONOLOGÍA

- 10 de diciembre de 1892, sábado:* María Petković Kovač nace en Blato, isla de Korčula (Dalmacia).
- 22 de diciembre de 1892:* Es bautizada por el párroco de Blato, Don Juan Šeman.
1897/1898: Cae enferma gravemente por primera vez.
- 8 de septiembre de 1898:* Recibe la confirmación.
16 de octubre de 1906: Se inscribe en la Escuela Media (“Escuela civil” de las Hermanas italianas Siervas de la Caridad), a la que asiste durante un trienio.
- 8 de septiembre de 1905:* Recibe la primera comunión.
Marzo de 1906: Cae enferma por segunda vez con peligro de muerte.
8 de septiembre de 1906: Se inscribe en la Asociación Hijas de María. Llega a ser su secretaria. Primer encuentro con el obispo de Dubrovnik, Mons. José Marčelić.
- 21 de noviembre de 1906:* Emite el voto perpetuo de amor y virginidad.
8 de diciembre de 1909: Es presidenta de las Hijas de María. Dirige también otras asociaciones religiosas hasta 1919.
- 16 de abril de 1911:* Fallece su padre Antonio.
1914: Vive la lucha de la doble vocación: ¿vida activa o contemplativa? En *otoño* huye a Split en busca de un monasterio de clausura.
- Otoño de 1917:* Se ocupa de la administración de la Cocina popular de Blato dirigida por las Siervas de la Caridad.
- Septiembre de 1918:* Encuentra nuevamente a Mons. José Marčelić, al que promete quedarse en su propio pueblo.
- Noviembre – diciembre de 1918:* Se enferma por tercera vez con peligro de muerte.
Febrero de 1919: Se queda por última vez en Babina.
25 de marzo de 1919: Deja su familia y se va a vivir en el convento de las Siervas de la Caridad, donde espera ulteriores signos de la Providencia.
- 16 de julio de 1919:* Mons. Marčelić le informa que las Siervas tienen la intención de dejar Blato para siempre.
- 3 de agosto de 1919:* Las Siervas de la Caridad dejan Blato. Es el primer día de vida en común de las futuras Hijas de la Misericordia.
- 7 de agosto de 1919:* Se retira a Prižba con su primera colaboradora María Telenta Vicio).
- 18 de agosto de 1919:* A petición suya, Mons. Marčelić le envía un ejemplar de la Pequeña Regla general de la Tercera Orden Regular de San Francisco.
- 15 de septiembre de 1919:* Con sus colaboradoras inaugura en Blato un Nido infantil y una Casa de custodia.
- 17 de noviembre de 1919:* Abre un orfelinato en Blato.
2 de agosto de 1920: Se retira a Prižba para escribir las Constituciones.
5 de octubre de 1920, martes: Primera vestición religiosa y nacimiento de la Congregación de las Hijas de la Misericordia.
- 13 de octubre de 1920:* Bajo la presidencia del obispo Mons. Marčelić, tiene lugar en Blato el primer Capítulo General. María es elegida primera Superiora General.
- 14 de octubre de 1920:* Primera profesión religiosa de las Hijas de la Misericordia.

- 28 de junio de 1922: Escribe una petición al Papa Pío XI solicitando una ayuda económica que le llegará en el otoño siguiente.
- 29 de agosto – 29 de octubre de 1922: Va a recoger limosnas en Slavonija, en los alrededores de Djakovo; antes de regresar a la Casa Madre pasa por Belgrado, desde donde prosigue para Sarajevo y Split.
- 1923: Hace ampliar el convento y el orfanato de la Casa Madre.
- 15 de junio de 1923: En Blato, Mons. José Marčelić aprueba las primeras Constituciones, y el día siguiente preside el segundo Capítulo General de la Congregación.
- 5 de julio de 1923: Inaugura la primera Casa dependiente en Subotica (Norte de Yugoslavia); después va a recoger limosnas por los campos de la región Bačka.
- Agosto de 1923: Se encuentra en Zagreb junto con la Vicaria Sor Gabriela (María Telenta) para el Congreso Eucarístico Nacional. Encuentra al arzobispo Mons. Antonio Bauer y visita al obispo auxiliar Mons. José Lang. Vuelve a partir de Zagreb el 28 de agosto y llega a Blato en 1° de septiembre.
- 21 de enero de 1925: Recibe una sustanciosa ayuda económica de los compatriotas emigrados a Estados Unidos.
- 12 de junio de 1925: Acoge en la Congregación a la joven maestra de asilo Margarita Radić de Korčula, futura Sor Buenaventura, muy benemérita para las obras de la Congregación y de gran ayuda a la fundadora en los asuntos de secretaría.
- 4 de octubre de 1925: Abre la tercera Casa de la Congregación en Smokvica.
- 6 de octubre de 1925: Abre otra Casa en Kragujevac (Serbia), que se cerrará en abril de 1928.
- 18 de diciembre de 1925: Abre una Casa en Opuzen, que funcionará hasta septiembre de 1939.
- 19 de noviembre de 1926: Tiene lugar en Blato el tercer Capítulo General de la Congregación; es elegida Superiora General por tercera vez.
- 20 de noviembre de 1926: Envía a las primeras hermanas al servicio del hospital estatal de Veles (Macedonia), donde permanecerán hasta el 10 de septiembre de 1939.
- 25 de julio de 1927: La Congregación para los Religiosos permite la erección canónica de las Hijas de la Misericordia.
- 26 de enero de 1928: El Ministro General de la Orden de los Hermanos Menores, Padre Buenaventura Marrani, a petición suya y de Mons. José Marčelić, agrega a su propia Orden a la Congregación de las Hijas de la Misericordia.
- 18 de febrero de 1928: Erección canónica de la Congregación de las Hijas de la Misericordia, que llega a ser de derecho diocesano.
- 30 de agosto de 1928: Fallece en Dubrovnik Mons. José Marčelić.
- 1° de noviembre de 1928: Acepta la Casa de la salud de Blato.
- 21 de noviembre de 1928: María y sus primeras seguidoras emiten la profesión perpetua según las nuevas Constituciones.
- 8 de diciembre de 1928: Abre una Casa en Preko.
- 30 de septiembre de 1930: Inaugura el Colegio Sta. Teresa del Niño Jesús en Subotica. Al año siguiente inaugura una Casa en Zagreb.
- 26 de enero de 1932: Firma la primera petición a Pío XI para la aprobación definitiva de la Congregación y obtener el decreto de alabanza (*decretum laudis*).
- 4 de agosto de 1932: Bajo la presidencia del obispo de Dubrovnik, Mons. Carević, se celebra el cuarto Capítulo General de la Congre-

- gación en el que es reelegida por cuarta vez Superiora General.
- 1° de febrero de 1935:* Firma la primera relación quinquenal sobre el estado de la Congregación la envía a Roma a través del Ordinario de Dubrovnik.
- 15 de enero de 1936:* El Padre Leonardo Rusković le escribe desde Argentina rogándole que envíe 20 religiosas para la actividad misionera.
- 12 de marzo de 1936:* Las primeras siete Hijas de la Misericordia parten a Argentina.
- 17 de abril de 1937:* Otro grupo de 10 Hijas de la Misericordia parte hacia Argentina.
- 25 – 27 de junio de 1938:* Bajo la presidencia del obispo, Mons. Carević, se celebra en Blato el quinto Capítulo General. Las capitulares piden su nombramiento vitalicio, pero es reelegida por otro sexenio.
- 30 de septiembre de 1938:* Acompaña a un cuarto grupo de cinco hermanas que parten a Argentina.
- 10 – 24 de noviembre de 1939:* Junto con la vicaria (María Telenta) toma parte en la peregrinación nacional croata a Roma, bajo la guía del joven arzobispo Luis Stepinac.
- En las primeras semanas de 1940* prepara lo necesario para el largo viaje a Argentina y trabaja febrilmente en los documentos necesarios para la aprobación de las Constituciones y del Instituto de parte de la Santa Sede. Escribe también las *Notas para una autobiografía*, que interrumpe en febrero.
- 20 de mayo de 1940:* Llega a Buenos Aires en la nave italiana “Vulcania”.
- 5 – 18 de julio de 1940:* En Tropezón, en esa época Casa central de la Congregación en Argentina, dicta un curso para las superiores y vicarias.
- 6 de agosto de 1940:* Primera vestición religiosa con la profesión perpetua de algunas hermanas; abre el primer noviciado en Argentina.
- 31 de enero de 1941:* Estipula un contrato con el obispo de Villarrica, en Paraguay, con el que se obliga a abrir una Casa en la localidad de Ybycuí, de la misma diócesis.
- 4 de mayo de 1942:* Asume la Casa de San José para ciegos en Santos Lugares (Argentina).
- 28 de abril de 1943:* Inaugura la nueva Casa en Caseros.
- 26 de junio de 1944:* En el 25° aniversario de la Congregación, recibe de la Santa Sede el decreto de alabanza.
- 18 de noviembre de 1944:* Abre una nueva Casa en Chacarita, parroquia de San Roque, en Asunción.
- 20 de noviembre de 1944:* Asume el hospital militar en la capital de Paraguay.
- 20 de febrero de 1949:* Abre la primera Casa de la Congregación en la ciudad de Castro, isla de Chiloé, en Chile.
- 22 de enero de 1950:* Abre otra Casa en Chile, en la localidad de San Enrique, llamada “Betania”.
- 25 de marzo de 1950:* Abre la tercera Casa en Chile, en la capital Santiago (Colegio San José). Se queda en Chile hasta mediados de abril.
- 9 de marzo de 1951:* A causa de una enfermedad regresa inesperadamente de Chile a Argentina.
- 12 de mayo de 1951:* La Congregación para los Religiosos firma el decreto en el que su superiorato es prorrogado por tiempo indefinido.

- 12 de agosto de 1951: Es recibida en audiencia por el Papa Pío XII junto con la Vicaria Sor Gabriela y Sor Branislava Franulović.
- 9 de septiembre de 1951: Firma el contrato de compraventa de la futura Casa General en Roma (via Porta Maggiore 38).
- 17 de octubre de 1951: Vuelve a Argentina.
- 16 de marzo de 1952: Las Hijas de la Misericordia entran en la nueva Casa General en Roma.
- Abril – fines de junio de 1952: Se enferma gravemente en Buenos Aires.
- 30 de agosto de 1952: Llega a Roma.
- 10 de octubre de 1952: Envía una carta circular para el rezo cotidiano del Rosario; tal como en América Latina, también en Italia se empuña por la Cruzada del Santo Rosario.
- 12 de octubre de 1952: Mejora discretamente de su salud, que atribuye a los méritos y oraciones del capuchino italiano Padre Pío de Pietralcina, a quien había escrito.
- 25 de octubre de 1952: Festividad de Cristo Rey; María celebra la institución oficial de la Casa General de Roma.
- 12 de enero de 1953: Sufre un grave ataque cardíaco.
- 2 de febrero de 1953: Asiste a la primera vestición religiosa en la Casa General de Roma.
- 15 de diciembre de 1953: Las Hijas de la Misericordia abren la primera Casa en Perú, asumiendo la Clínica Delgado en Miraflores, cerca de Lima.
- 30 de enero de 1954: Sufre una hemorragia cerebral con parálisis parcial.
- 19 de junio de 1954: Va a Valmonte (40 kms. al este de Roma, en la Via Casilina) donde uno de los párrocos del lugar ofrece a las hermanas trabajar en su parroquia. Al mismo tiempo trabaja en el Directorio.
- 18 de noviembre de 1954: Las Hijas de la Misericordia comienzan a trabajar en el hospital de San Francisco, en Asunción, Paraguay.
- 9 – 11 de diciembre de 1954: Se reúne en la Casa General el Consejo General, presidido por el Padre Andrea Doglia, para proveer a la administración unificada del Instituto en Roma, a fin de que la Superiora General, gravemente enferma, tenga una válida vicaria y una secretaria. Son nombradas Sor Emiliana Belic como Vicaria General y Sor Branislava Franulović como Secretaria.
- 8 de mayo de 1955: Se despide para siempre de Sor Gabriela Telenta, que vuelve a su patria desde Roma gravemente enferma.
- 11 de mayo de 1955: El Cardenal Micara es nombrado por Pío XII Protector de la Congregación de las Hijas de la Misericordia.
- 20 de noviembre de 1955: Está presente en la solemne bendición de la nueva Casa en Tor Lupara (Mentana).
- 5 de junio – 5 de septiembre de 1956: Está muy enferma.
- 6 de diciembre de 1956: La Congregación para los Religiosos aprueba definitivamente y confirma el Instituto y sus Constituciones.
- 25 de marzo de 1957: Con numerosas hijas espirituales celebra, en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, la aprobación definitiva de las Constituciones y de la Congregación.
- 29 de marzo de 1957: Fallece en la Casa Madre Sor Gabriela Telenta Vicio, primera colaboradora y Vicaria General.
- 5 de agosto de 1957: La Congregación abre la Casa y el Colegio de Nuestra Señora del Pilar en Azuara, cerca de Zaragoza, España.
- 20 de marzo de 1958: La Congregación para los Religiosos aprueba el *Directorio*, en el que María había trabajado durante varios años.

- 1° de noviembre de 1958:* Envía a las hermanas una carta circular sobre la gloria eterna.
- 13 de febrero de 1959:* Dirige a su Congregación una carta circular sobre la educación de la juventud.
- 19 de marzo de 1959:* Con miles de enfermos participa en la audiencia del Papa Juan XXIII.
- 25 de marzo de 1959:* Celebra el 40° aniversario de la Congregación.
- 6 de agosto de 1959:* Continúa escribiendo las *Notas para una autobiografía*.
- 31 de agosto de 1959:* Parte de Roma para Zagreb acompañada de dos hermanas.
- 24 de septiembre de 1959:* Se dirige de Zagreb a Split, y luego, con la nave, a Vela-luka; el 25 de septiembre llega a Blato.
- 21 de octubre de 1959:* Deja para siempre Blato y la Casa Madre para regresar a Roma.
- 9 de diciembre de 1960:* Renueva y firma su testamento espiritual. En este mismo período termina también las *Notas para una autobiografía*.
- 23 de enero de 1961:* Apertura oficial del Capítulo General. María lee el acta de renuncia a una ulterior elección como Superiora General.
- 9 de febrero de 1961:* El Cardenal Valerio Valeri, Prefecto de la Congregación para los Religiosos, firma el decreto con el que María es nombrada Superiora General emérita.
- 1° de mayo de 1962:* Entrega a sus hermanas un nuevo Manual de oraciones para su uso en la Congregación.
- 1° de julio de 1966:* Las condiciones de María empeoran y el 6 de julio recibe la comunión en forma de Viático.
- 9 de julio de 1966, sábado:* Fallece serenamente a las 16,20 hrs.
- 13 de julio de 1966:* Es sepultada en el Cementerio de Campo Verano (Roma).
- 14 de mayo de 1969:* Autorización para el traslado de sus restos a la capilla de la Casa General.
- 8 de julio de 1969:* Traslado de los restos de Madre María.
- 28 de febrero de 1989:* Apertura del Proceso diocesano en el Vicariato de Roma.
- 21 de noviembre de 1989:* El cuerpo de la Sierva de Dios regresa a Blato.
- 5 de julio de 2002:* Decreto del Santo Padre Juan Pablo II sobre las virtudes heroicas. Madre María es proclamada “Venerable”.
- 20 de diciembre de 2002:* Promulgación del Decreto sobre el milagro. La Venerable María Petković puede ser proclamada “Beata”.

INDICE

PREMISA

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

PRÓLOGO

CAPÍTULO I. LA INFANCIA

Beneficios del Señor en el nacimiento y en la infancia

Los primeros sentimientos espirituales

La primera contemplación del Señor

La escuela elemental

Una grave enfermedad

Las amigas de infancia

El sueño que influyó en ella espiritualmente

CAPÍTULO II. LA JUVENTUD

Deseo de consagrarse a Dios

La llegada a Blato de las Siervas de la Caridad

Los primeros métodos educativos para su misión

La primera comunión

El día tan esperado

Una enfermedad mortal

Inclinación a la vida solitaria

Con su hermano Iván se dirige a Babina

Santa Rosa de Lima, su protectora y amiga espiritual

CAPÍTULO III. HACIA LA REALIZACIÓN DE SU VOCACIÓN

Devoción a la Bienaventurada Virgen María

Hija de María

Conocimiento del Obispo Mons. Marčelić

La llamada

El voto perpetuo de amor

La voz de Jesús desde la cruz

Una visión

Deseo de soledad

Las vacaciones en Babina

Su empeño por los niños de Babina

La vida espiritual en la soledad

Las pruebas y tentaciones del mundo

Inocencia y pruebas

La muerte de su padre

Amor por la pobreza

En lucha consigo misma por la doble vocación

La casa. El granero en llamas

La “voz”

CAPÍTULO IV. LA ORIENTACIÓN

De 1907 a 1927: Comienzo de su actividad para la gloria de Dios

Empeño por la construcción del Instituto
 La huida del mundo
 En el convento de clausura
 “Prostradiste”
 Intervalo
 La promesa
 La epidemia de “española” y la enfermedad mortal
 Curación milagrosa
 Reanuda su trabajo en Babina
 María Telenta
 Despedida de los niños de Babina
 Tormenta en el mar

CAPÍTULO V. LA CONGREGACIÓN Y LAS OBRAS

Hacia la fundación de la Congregación
 Inicio de la vida comunitaria
 El horario
 El obispo Marčelić
 La primera vez en Prižba
 Necesidad de un consejo
 Deberes y actividades
 El orfelinato
 Las nuevas vocaciones
 Necesidad de redactar las Constituciones
 Redacción y aprobación de las Constituciones
 La formación
 Fundación de la Congregación
 La primera vestición
 El primer Capítulo General
 Los primeros votos
 Vida espiritual
 Dificultades y consolaciones
 Curación de un niño enfermo
 La primera colecta de limosnas en Slavonija
 Reparación del hospital “Casa de la Salud”
 Ayuda del Papa Pío XI a la Congregación y al Orfelinato
 Las directivas y estímulos de Mons. Marčelić
 Ampliación de la Casa Madre
 Apertura de la primera Casa dependiente en Subotica
 La recolección de limosnas en Subotica
 Vida espiritual en los comienzos de la Congregación
 Obras y actividades de las Hermanas
 Crecimiento de la Congregación
 Imagen de la Congregación

APENDICE

TESTAMENTO ESPIRITUAL

CRONOLOGÍA

FOTOGRAFIAS

La n° 0 en colores, en la portada.

1. Panorama de Blato - Korčula (Croacia). El campanario permite individualizar la iglesia parroquial. A la izquierda, la Casa Madre de las Hijas de la Misericordia.
2. Casa natal de María, parte que da sobre la plaza frente a la iglesia parroquial.
3. La iglesia parroquial con la plaza. Al centro, el lugar de reunión de las reuniones públicas.
4. Antonio Petković Kovač y María Marinović, padres de María.
5. María, en primera fila, a los nueve años, en el matrimonio de su hermana Ivica. Detrás de ella la madre y, a su izquierda, los esposos.
6. María a los dieciocho años de edad.
7. Crucifijo ante el cual María rezaba en la casa paterna. Lo llevó consigo al convento y actualmente se encuentra en la Casa Madre de Blato.
8. Imagen del Sagrado Corazón que estaba en la cabecera de la cama en la casa paterna. Actualmente se conserva en la Casa Madre.
9. Mons. José Marčelić, obispo de Dubrovnik.
10. La Casa de Babina en 1919.
11. María con María Telenta, colegialas, en las Siervas de la Caridad, Blato.
12. Fachada de la Casa Madre de Blato.
13. Huérfanas en el comedor de la Casa Madre.
14. La casa de la familia Franulović en Prižba donde María se retiró el 2 de agosto de 1920 junto con María Telenta para escribir las primeras Constituciones.
15. Prižba. Los dos pinos donde María solía retirarse para escribir las primeras Constituciones.
16. Madre María de Jesús Crucificado y Sor Gabriela (María Telenta).
17. “El Nido” (Kolevka) en Subotica en 1923 ó 1924: la primera Casa dependiente.
18. Blato en 1928. Madre María entre las huérfanas.
19. Madre María con el primer grupo de hermanas que partieron a Argentina el 12 de marzo de 1936.

20. Madre María con las hermanas del segundo grupo que partieron a Argentina el 17 de abril de 1937.
21. Colegio “Inmaculado Corazón de María” en Castro, la primera Casa en Chile.
22. Madre María con las hermanas y un grupo de huérfanos en Tor Lupara (Roma).
23. Madre María durante su última visita a la Casa Madre de Blato (1959).
24. Madre María rodeada de algunas hermanas y novicias en la Casa General de Roma (1964-1965).
25. Madre María en los últimos tiempos de su vida terrenal.